7677

ANTOLOGIA

DE

POETISAS LIRICAS

TOMO II

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

BIBLIOTECA SELECTA DE CLÁSICOS ESPAÑOLES

ANTOLOGÍA

DE

POETISAS LÍRICAS

TOMO II

MADRID
TIPOGRAFÍA DE LA "REVISTA DE ARCH., BIBL. Y MUSEOS"
Olózaga, 1.—Teléfono 3.185.
1915

LS.C
A 6346

653560
15. 3-57

DOÑA MARÍA NIETO DE ARAGÓN

Dadas sus relaciones con el Marqués de Torres, con don Juan Vincencio de Lastanosa y con Uztarroz, opinamos que descendía de familia aragonesa, si bien parece que nació en Madrid y no en Aragón, pues en este caso es incomprensible que la omitiera su amigo Uztarroz en el *Aganipe,* donde cita hasta los ingenios más mediocres de su país. Su nacimiento puede fijarse hacia el año 1620, si no se quitaba primaveras en el de 1645 al decir que tenía "poca edad"; edad que no era la niñez, pues ya se hallaba casada entonces con don Francisco de Valdés, a quien el Rey hizo en el año 1649 Sargento mayor de Asturias. En un Ms. de la Nacional (1) se conservan algunas de las cartas que dirigió éste al cronista aragonés Juan Francisco Andrés de Uztarroz, fechadas en Madrid a 30 de enero, 20 de febrero, 19 de septiembre y 2 de octubre

(1) V.-170.

del año 1649; en ellas da noticias de la Corte, cuales son la llegada de los embajadores turcos, las bodas de Felipe IV y fiestas en el Retiro; en dicho manuscrito hay otras de doña María. Hermano de ésta debió de serlo don Rafael Nieto de Aragón, si no nos induce a error la igualdad de apellidos, tan expuesta a equivocaciones, quien compuso unos versos laudatorios, hallándose en el Perú, a la obra de Hipólito Olivares y Butrón, rotulada: *Concepción de María Purísima,* impresa en Lima por Jerónimo de Contreras, año de 1631.

I

A LA MUERTE DE LA REINA NUESTRA SEÑORA

CANCIÓN

Inunda la campaña Manzanares,
en llanto convertido el cristal puro
que en cóncavas cavernas detenía,
ya no campos alegres, mas ya mares
que cubren de tristeza con oscuro
color el prado ameno, que movía
blando Favonio cuando Dios quería.
La máquina celeste no retrata
hermosa y rica, pues así se ostenta
que a celebrar atenta
un sol divino su esplendor dilata,
porque el afecto, con razón doliente,
melancólico forma el accidente.

De verdes ovas se mostró cubierto
el cortesano río, no adornado
de púrpura marina o blanco lino;
con lloroso semblante el color muerto,
el undoso cabello desgreñado,
al húmido elemento abre camino,
errante, grave el paso y no contino,
la deidad de las aguas; ninfas bellas
desamparan sin orden sus moradas,
en lágrimas bañadas,
hiriendo por mil bocas las estrellas
cuando el dolor asido a la garganta
resonando en el pecho se adelanta.
Fúnebre norte fué la gran aldea,
farol, bien que sin luz, la casa augusta
del mejor mayoral, el gran Fileno,
que con sacros aromas toda humea,
debido culto cuanto oblación justa
al espíritu hermoso que sereno
desamparó inmortal el mortal seno.
El clamoroso llanto de la gente
fué rémora al camino del sagrado
coro más lastimado
por pérdida de todos igualmente,
que el mal que a todos toca es instrumento
no de consuelo, no, sí de tormento.
De suspiros el alma y de la pena
interrumpidas quejas despedía
en ronco son, y lágrimas al río
con abundante y dilatada vena;

la que habita las aguas, compañía
del humano concurso, sin desvío
concurre al llanto lastimoso y pío
repitiendo las gracias, los favores
con que al orbe animaba soberana,
Belisa, bien que humana,
que con su vista al prado daba flores,
con su respiración ámbar al viento
y brillante hermosura al firmamento.
El espíritu digno de alto imperio
manifestó sublime su belleza
con aspecto suave y con acciones;
aquél, serenidad del hemisferio;
éstas, constante basa y fortaleza
del reino que fundaba en corazones,
esfera de más ínclitos blasones
a quien no fué lucero en noche triste
del luminar mayor siempre asistida
con luz esclarecida
aunque fiero el león sus rayos viste,
siendo al náufrago puerto imaginado
que piadoso formaba su cuidado.
En ausencia del sol, alma del mundo,
el luminoso carro gobernando
los fogosos caballos reprimía
con prudente valor, saber profundo,
el amago de incendios desterrando;
de tal suerte los rayos despendía
que la noche vistió luces del día
por secretos conductos a la tierra;

cual errante elemento encaminaba
la paz, deidad que amaba
lo tirano, deshecho en justa guerra
su espumoso coral, torpe Leteo,
recuperando España su trofeo.
El uno transformarse en otro amante
ostentaba posible con su esposo,
esencia nueva de un amor perfeto,
inimitable vínculo constante,
causa suprema de Himineo dichoso.
Mas ¿cuándo dará al mundo igual sujeto
el soberano incircunscripto objeto?
¡Oh Hesperia!, felice eternamente
por sólo haber gozado en mortal lumbre
la que asiste en la cumbre
del solio de zafir y rubí ardiente,
al justo Jove deteniendo airado
cuando el rayo fulmina acelerado.
A la celeste flor si fresca rosa
dulce pompa de abril en su mañana,
a superior jardín donde florece
siempre la primavera deleitosa,
la traslada severa, como ufana
jardinera, la Parca que apetece
la cándida azucena, y le parece
que está tiranizada en lo terreno
sujeta al Aquilón, escarcha y nieve
que al candor guerra mueve
(caduco bien de tristes sombras lleno)

así la eclipsa a vista de su Oriente
discuento eterno del dolor presente.
Remuévanse del llanto los raudales
viendo ausente a Fileno en su partida;
aquí se pierde el hilo del consuelo;
aquí el amor y pena son iguales;
la luz a todos es aborrecida;
aquí culto Timantes con desvelo
en las ideas pinta el desconsuelo;
del nácar las dos perlas apartarse,
emulación del sol, el sentimiento
excede al pensamiento,
pues quiso amor en ellas retratarse,
y cuando estrellas son en noche esquiva,
en el alivio está la pena viva.
¡Oh! cómo diligente la memoria
muestra eterno el dolor del bien pasado,
señalando cruel, no lisonjera,
a Belisa gallarda, siendo gloria
de los vistosos campos, fatigado
cuando dejaba el monte y la más fiera
victoriosa en rendirse a la severa
jabalina fatal, y cuando Aurora
a las aves y flores despertaba
y gracia hermosa daba
a cuanto alienta el aire y Febo dora,
y el nombre de Belisa repetido
del Eco, alegre entonces y hoy gemido.
Canción, abate el vuelo, enfrena el llanto
al triste y tierno canto

porque en triunfo que el orbe y cielo aclama
trompa humilde será la propia Fama.

II

EPITALAMIO

El Monarca mayor, con frente augusta,
que de sus mismos rayos se corona
y con sólo el semblante el orbe enfrena
se eterniza divino, si perdona
al humilde rendido, y con robusta
diestra tonante, de piedad ajena
pone al soberbio en mísera cadena.
Arbitro universal de la campaña,
a todos su dictamen paz concede;
iguala, si no excede
(inaccesible gloria para España),
a Carlos siempre grande, vitorioso,
a Filipo prudente y al piadoso.
De tanto auspicio precursora bella
el águila imperial, con feliz vuelo,
en acciones paloma, al mundo envía
serenidad que aprueba el justo cielo,
del náufrago farol luciente estrella
de alegre Aurora que el horror desvía,
principio de la luz, alma del día;
en medio del invierno ya parece
que dulce primavera el prado viste;
aura suave asiste,
el Austro riguroso desvanece;

Astrea soberana con su Apolo
hacen dichosos uno y otro polo.
Esta, pues, Real ave, a cuya frente
tributa el sol brillantes resplandores,
como líneas al centro niveladas
de sus luces, ya más competidores,
veneración prestando al bello Oriente
del sublime candor, donde animadas
frescas rosas se ven, flores nevadas,
emblemas de hermosura y de pureza;
ésta, pues, el zafir claro destina
como prenda divina
para estabilidad de su grandeza
al Imperio español, y en este empleo
halló la posesión más que el deseo.
Con recíproco amor recibe ufano
el olmo en brazos a la vid yocunda
que con verdes caricias lisonjea
los esparcidos ramos, y fecunda
dulce néctar ofrece, que lozano
en pendientes racimos lo hermosea,
donde el pronto sentido se recrea,
y el discurso subiendo a lo invisible
en dichoso himineo, dilatado
halla el felice estado,
émulo del eterno en lo posible,
y deidades unidas, bien que humanas,
el tiempo las respeta soberanas.
Eterna duración siempre amorosa
a la présaga mente vaticina

un aliento que en dos no es dividido
aunque informa a los dos con peregrina
unidad bella de clavel y rosa,
lo caduco de flores suspendido,
efecto soberano, procedido
de causa superior, que la belleza
del etéreo pensil en él retrata;
la ley común dilata;
al fragante verdor ciñe firmeza;
los fugitivos años numerosos
lentos irán pasando venturosos.
Tú, que transformas uno en otro amante,
agradable deidad, niño animoso,
monarquías en almas dilatando,
no con vendados ojos imperioso,
no con puntas de plomo y de diamante,
no con ligeras alas igualando
a la veloz idea, mas con blando
suave rendimiento te presenta
al triunfo mayor de la hermosura,
donde vive segura
(si permiten dos soles vista atenta)
amante la razón; y así no ciego,
sin plumas y sin arco enciende el fuego.
Llega de las tres Gracias asistido,
con teas encendidas en la lumbre
de Fe, de Caridad y de Esperanza,
antorchas que conducen a la cumbre
de himeneo inmortal, que siempre unido
a causa incircunscripta, con bonanza,

corre el mar alterado sin mudanza;
llega, venerarás al varón fuerte
superior a los astros y a la fama
que la fortuna aclama
exento del imperio de la muerte,
a cuyo dilatado invicto pecho
cuanto rodea el sol le viene estrecho.
Purísima alma Venus, que gobiernas
a la perfeta unión, constante nudo
del celeste terreno derivado,
que dos en una carne formar pudo
con blandas ligaduras cuanto eternas,
renaciendo divino del costado
de aquel que debe ser él solo amado,
grata al consorcio asista tu presencia
déste que en tu defensa reservaste,
pues siempre en él hallaste
invencible valor, pronta asistencia,
siendo trueno su voz, rayo temido,
quien es como la esposa al prevertido.
De Cupidos hermosos coronada,
luces del firmamento militante,
su mesa se verá, casta Lucina,
nuevos Atlantes deste fuerte Atlante,
que con edad nestórea dilatada
al templo de la Fama se encamina,
haciéndose inmortal con la ruína
del pálido agareno ennoblecido;
la invidia, sin invidia de sus glorias,
publica sus vitorias,

triunfo sólo a tanto héroe concedido;
culto al bárbaro dando y justas leyes
aclamado será por Rey de reyes.
Con sacro anuncio aquel que errar no puede,
espíritu increado, en dulce llama
deifica, bajando a este himeneo;
de la fertilidad copia derrama
la magna conjunción; temida cede
a mayor conjunción, que por trofeo
sus efetos sepulta en el Leteo;
las alas candidísimas despliega
y al tálamo felice en torno asoma
la divina paloma,
sus dones esparciendo, y cuando llega
desaparecen las siniestras aves,
huyendo tristes y gimiendo graves.
¡Oh! ¡Cómo victoriosas resplandecen
del Lábaro triunfante las banderas,
por mano de progenie sucesiva
desta águila y león! Ya las postreras
del mundo incultas tierras se estremecen
al bramido fatal, espada viva,
sujetando feroz tu frente altiva;
como a la descendencia soberana
de la inmortalidad al arduo templo,
con el paterno ejemplo
el camino imposible se le allana,
formándose inmortal en sus acciones,
fijándose en estrellas los blasones.

Bellísima imperial ave, nacida
a remontadas aves, para reina,
culto honor del espacio transparente,
cuya bizarra pluma pule y peina
augusto el luminar, que preferida
dejan sus rayos al metal luciente,
tú sola puedes ver atentamente
la soberana luz que todo alumbra;
naturaleza próvida te asiste
que a las demás resiste
con perfección suprema que te encumbra;
ya el fénix, no problema ventilado,
que en águila se admira transformado.
Ven, deseada, ven donde te espera
olorosa de incienso y rica de oro,
España, como a norte de su gloria,
que en instrumento de la paz sonoro
el parche desterrado te venera,
dando nueva materia a nueva historia
en edades presente tu memoria;
ven a fundar imperio en corazones,
que el círculo visible es corto imperio;
deste y otro hemisferio,
sublime monarquía, te compones;
ven, pues, que tu presencia conseguida,
siempre será con votos pretendida.
En los cóncavos valles resonando
diligentes acentos amorosos
el Eco animará, que repetido
formen el nombre destos dos esposos;

enamoradas cifras enlazando
las flores, en sus hojas esculpido,
süaves mostrarán el apellido,
y en blandos troncos como en bronce duro
firme, vivo papel de la floresta
donde se manifiesta
desnudo de lisonja el amor puro,
se inmortalizará por soberana
la inscripción de Filipo y Marïana.
Canción nacida en brazos de mi afeto,
humilde abate el vuelo remontado
con que manifestaste tu conceto
en soberano objeto,
de pincel rudamente bosquejado;
en ti la voluntad sólo campea;
víctima poca en sacrificio humea.

ANÓNIMA

ESTAS COPLAS HIZO UNA DAMA A UN GRAN SEÑOR QUE ESTABA EN UN GOBIERNO, QUEJÁNDOSE DE QUE LA OLVIDABA (1)

Celio, yo llevo muy mal
esta mudanza de estilo,
excusa del cumplimiento
si habemos de ser amigos.
Quien retira la llaneza
hace lugar al desvío,
que nunca se avienen bien
el respeto y el cariño.
Amor con la gravedad
desvanece lo divino,
que sólo le finge Dios
las travesuras de niño.
No recibe mi fineza
el fuego de un sacrificio

(1) Atribuídas, sin mucho fundamento, a doña Antonia de Mendoza.

con el calor de obligado
y la luz de arrepentido.
Bien sabéis que cautivando
lo libre del albedrío
por seguir una fe, ciego,
ciega deidad eligimos.
Y sabéis que por vos fué
el engaño persuadido,
que deslumbró la razón
y dió calor al delito,
en éxtasis que juraron,
lisonjeando los sentidos,
unos desprecios del cielo
que disculpaba el delirio.
Ahora que obliga el tiempo
o que os figura el oficio
tan extraño a las pasiones,
tan severo al apetito,
entro a ver vuestro retrato
de mi alma en el retiro,
y como estáis sin antojos
no me parecéis el mismo.
Alcanzar a ver tan lejos
el riesgo de los bajíos,
es milagro en vuestros ojos,
maravilla en vuestro brío.
Cuando vamos embarcados
en un borrascoso abismo,
tratáis de salvaros solo
y dejarme en el peligro.

No, señor, juntos entramos
en el golfo del destino;
ni allá donde van las almas
habemos de dividirnos.
De hazañas gloriosas vuestras
serán heroicos principios
los agarenos despojos,
los alárabes cautivos.
Yo que en las felicidades
temerosa desconfío,
los parabienes os doy
y los pésames recibo.
¿Qué conveniencia me tienen
tantos aplausos festivos,
si os aclaman victorioso
y os he menester rendido?
Alegres voces celebran
vuestros triunfos repetidos
y tristes los embarazan
los ecos de mis suspiros.
Cuando fuérades á menos
excelencias reducido,
la voluntad para mí
sobrado de grande os hizo.
Ojalá nunca podáis
crecer, si por más altivo
cuanto fuérades mayor
habéis de ser menos mío (1).

(1) Bibl. Nac., Mss., M. 83, fols. 28 y 29.

DOÑA FELIPA ORTIZ DE ZÁRATE

A LA MUERTE DE MANUEL CORTIZOS

SONETO

¿Qué admiras, peregrino? ¿El fin preciso
en éste pudo ser inaccesible?
Si la vida es un punto indivisible,
¿quién vive que no muere de improviso?
No el destino, la muerte misma quiso
no detenerse en golpe tan sensible,
que con más plazo fuera muy posible
reducir el estrago a solo aviso.
Apagóse de un soplo ardiente llama
que al mundo tanta luz dejó extendida,
voz inmortal que su valor aclama.
¡Oh! ¡Quién viera en fortuna repetida
en su vida los siglos de su fama
y en su fin los aplausos de su vida! (1)

---

(1) *Rimas varias.* Ms. en 4.º, letra del siglo XVII, que perteneció a Sancho Rayón, y hoy a Mr. Archer M. Huntington.

SOR JERÓNIMA DE LA ASCENSIÓN

Nació en Tudela, y fueron sus padres Pedro de Agramont y Tello y Jerónima de Blancas; recibió el bautismo en la Colegial de aquella ciudad a 28 de septiembre del año 1605. Tuvo algunos hermanos, que entraron más adelante en religión. Gobernó su espíritu, cuando aún estaba en el siglo, el padre Francisco González Medrano, de la Compañía; más adelante, llevada de su fervor, tomó el hábito de Santa Clara en el convento de Tudela, a 25 de agosto de 1633. Sus virtudes, y en especial la resignación, fueron tan grandes, que "llegó a su noticia, estando en prima en el coro, la nueva de la muerte de su madre, y estuvo con tal fortaleza, que ni se turbó, ni dejó de proseguir con el Salmo que se decia". Elegida abadesa gobernó la comunidad con singular prudencia. Por mandato de su confesor escribió los *Exercicios espirituales*, obra que comenzó a 7 de noviembre de 1650; contienen párrafos dignos de

elogio, y no abundan en visiones ni revelaciones. Falleció a 11 de octubre de 1660 (1).

Á LA CIRCUNCISIÓN DEL NIÑO JESÚS

Aunque el amor no creció,
porque siempre fué *ab eterno,*
¿quién nos ha amado infinito
sin poder ser más ni menos?
Hoy se ven mayores muestras
dando su pequeño cuerpo,
porque el cuchillo ejecute
la ley, que es para los reos.
No atiende a lo que parece,
que quiere más mi remedio

(1) *Exercicios espirituales, que en el discurso de su vida, despues que tuvo uso de razon, hizo y exercito con el favor divino la Venerable Madre Sor Geronima de la Ascension, Religiosa y Abadesa que fue del Convento de Santa Clara de la ciudad de Tudela de Navarra. Escriviolos la misma de su mano y letra con viva mortificación suya, por precepto de obediencia de su Provincial el M. R. P. Fr. Miguel Gutierrez, Letor Iubilado, y Calificador del Santo Oficio de la Inquisicion, para consuelo y aliento de las almas pías. Y para mejor inteligencia hizo el dicho Padre la Introduccion, que se pondra al principio. Va dirigido a la Soberana Reyna de los Ángeles María, Señora Nuestra.*—En Zaragoça: Imprenta de Miguel Luna. Año 1661.

que su propia estimación,
que es condición de su pecho.
Jesús por nombre le ponen
porque no sea manifiesto,
que aunque pecador parece,
no es sino Redentor nuestro.
Es Jesús la melodía
y panal que da recreo,
que así le llamó Bernardo,
el regalado del cielo.
Jesús enamorado,
Jesús divino;
Jesús que das vida.
¡Ay, Jesús mío! (1)

(1) Obra antes citada.

SOR LUISA MAGDALENA DE JESÚS

EN EL SIGLO, DOÑA LUISA MANRIQUE, CONDESA DE PAREDES

Fué hija de don Luis Enríquez y doña Catalina de Luján. Nació en Nápoles a 25 de septiembre de 1604. Sus hermanos ocuparon altos puestos; don Fadrique fué castellano en Milán; don Diego, capitán en esta ciudad. Su hermana Francisca profesó en el convento de Santa Catalina, de Valladolid. Muy joven entró doña Luisa en Palacio al servicio de la reina doña Isabel, mujer de Felipe IV, quien la distinguió con su afecto. Contrajo matrimonio con don Manuel Manrique de Lara, conde de Paredes, y tuvo dos hijas; una de ellas casó con Vespasiano Gonzaga y heredó el Condado de Paredes; la otra, con el Marqués de Olías y Mortara. Habiendo tenido la desgracia de perder a su marido, tornó a Palacio, llamada por la Reina para que educase las Infantas. Más adelante pensó dedicarse exclusivamente a la salvación de su alma,

ingresando en una Orden religiosa; escogió la del Carmen Descalzo y tomó el hábito en el convento de Malagón. Allí desempeñó el cargo de Priora. Falleció a 18 de octubre de 1660 (1).

POESÍAS VARIAS DE LA VENERABLE MADRE LUISA MAGDALENA DE JESÚS, CARMELITA DESCALZA EN EL CONVENTO DE MALAGÓN: ANTES EXCELENTÍSIMA CONDESA DE PAREDES.

I

ROMANCE

DE LA CORRESPONDENCIA HUMANA A LOS FAVORES DIVINOS

Pensando está el corazón,
¡oh, buen Jesús!, cuánto os debo,

(1) Conf. *Vida, y muerte de la venerable Madre Luisa Magdalena de Jesús, Religiosa Carmelita Descalza en el convento de San Joseph de Malagón, y en el siglo, Doña Luisa Manrique de Lara, Excelentissima Condesa de Paredes, Aya de la Christianissima Reyna que fué de Francia, Doña María Theresa de Austria y Borbón. Obra posthuma del Reverendissimo Padre Fr. Agustin de Jesús María, Provincial que fué de los Carmelitas Descalzos. Sácala a luz D. Pedro Vidal de Florez y Sabedra. Dedícala a las Excelentissimas Señoras Condesa de Paredes Doña María Luisa Manrique Lara y Luián y a mi Señora la Marquesa de Malpica su hermana Doña Josepha Manrique Enriquez Gonzaga, nietas de la Venerable Madre Luisa.*—En Madrid: Por Antonio de los Reyes. Año 1705.

y en golfos de beneficios
se anega el conocimiento.
Las malas correspondencias
con que pago el amor vuestro,
para que las llore el alma
les falta a los siglos tiempo.
¿Qué esperanzas puede haber
de la enmienda de mis yerros,
si quiero curar los males
sin aplicar los remedios?
Conozco mis desvaríos
y mis tibiezas condeno,
suspiro por mejorarme
y nada procuro menos.
De vuestras misericordias
tan rodeado me veo,
que cuando de una me aparto
otra me sale al encuentro.
Tan grandes obligaciones
voces dan dentro del pecho,
pero duéleme la paga,
aunque la deuda confieso.
Las mercedes que recibo
no las entrego al silencio;
mas ¿qué importa el publicarlas
si con mis obras las niego?
Vuestra justicia en mis culpas
con justa razón la temo,
que hacen estas advertencias
más criminal el proceso.

¡Ay de mí!, Señor benigno,
si seréis jüez severo,
que muchas ingratitudes
apuran el sufrimiento.
Vuestra paciencia infinita
siempre la están compitiendo
continuas perseverancias
en antiguos desconciertos.
Vos, como dueño piadoso,
disimuláis sentimientos;
yo, como bárbaro esclavo,
por eso mismo me atrevo.
Con auxilios soberanos
me reparáis en mis riesgos;
yo me arrojo a los peligros
con locos atrevimientos.
Ya con entrañas de padre
al bien me estáis persuadiendo;
ya con manos liberales
me dais lo que no merezco.
Y yo, diferente en todo,
llego a ser tan avariento,
que al dejar por Vos mis males
no sé desasirme dellos.
A costa de vuestra vida
tengo a la gloria derecho,
y yo con nuevos pecados
os crucifico de nuevo.
Y, finalmente, Dios mío,
siempre los dos procedemos:

yo como el peor del mundo,
Vos como el mejor del cielo.

II

ROMANCE

¡Qué breves que son, Dios mío,
las horas que estoy con Vos,
y qué largas le parecen
a mi inquieto corazón!
Que mal os puedo encubrir
la tibieza de mi amor,
cuando tan despacio llego
donde tan de priesa estoy.
¡Qué de tiempo malgastado
vanamente al mundo doy,
de quien sólo desengaños
espero por galardón!
¡Y qué de tiempo me falta
para el estudio, Señor,
de aquella profunda ciencia,
quién sois Vos y quién soy yo!
Y cuando queréis leerme
tan importante lección,
¡qué de contrarios halláis
que impiden este favor!
Un escuro entendimiento
de libre imaginación,
humilde en el entender
y altivo en la presunción.

Una voluntad rebelde
con villana obstinación,
fácil á cualquier empleo,
ingrata sólo con Dios.
Una memoria, retrato
de tal representación,
que es sólo de lo que mira,
mas de lo que espera, no.
Contradiciendo mis dichas
cuando se oponen á Vos,
me llevan al mayor daño,
me apartan del bien mayor.
Pero no desmaya el alma
en tanta contradicción,
porque Vos para vencerme
todopoderoso sois.

III

OCTAVAS

¡Ay, Dios! ¡Quién fuera tal que os agradara
y tan dichoso fuera que os sirviera,
que por Vos á sí mismo se dejara
y por daros su vida la perdiera!
¡Quién sólo a vuestros pies descanso hallara
y tanto en amor vuestro se encendiera,
que todo a tus afectos entregado
venciera al Serafín más abrasado!
Siendo Vos mi principio y fin dichoso
reconoceros debe mi bajeza,

y de un Rey y Señor tan poderoso
¿quién puede resistirle a la grandeza?
Sois fiel Amante, sois leal Esposo;
no es justo que apetezca otra belleza;
todo me debo á Vos, buscad el modo,
mi Dios, para que sea vuestro todo.

Haced en mí, dulcísimo Señor,
vuestra divina y santa voluntad,
que siendo de la mía vencedor,
gozaré la mayor felicidad:
tratadme con blandura o con rigor;
usad de la justicia o la piedad;
si alcanzo que de mí os agradéis,
no os queda mayor dicha que me deis.

Los bienes que de Vos he recibido,
que el número al contarlos ha faltado,
piden del corazón agradecido
las veras, la fineza y el cuidado:
muchas las culpas son que he cometido,
grandes los beneficios que he olvidado,
y estas luces que al alma se le ofrecen
todas en mi tibieza se escurecen.

Pues yo para vencerme estoy cobarde,
vencedme Vos con poderosa diestra,
de vuestra omnipotencia haciendo alarde,
para bien mío y para gloria vuestra;
el auxilio eficaz, Señor, no tarde,
ejecutor de la ventura nuestra;
pues lo que Vos queréis eficazmente
villana resistencia no consiente.

IV

DÉCIMAS

Señor, cuando os llego á hablar
no sé cierto qué pedir,
si vida para servir
o muerte para gozar.
Yo os quisiera asegurar,
y vivo temo perderos;
muerto no podré ofenderos;
mas dejaré de serviros;
en fin, no acierto a pediros;
haced que acierte a quereros.

No hay dicha como la vida
en serviros empleada,
ni cosa más desdichada
que una vida mal vivida.
En duda tan conocida
que Vos elijáis espero;
la vida y la muerte quiero,
pero con tales reparos,
que, si vivo, he de obligaros,
y he de gozaros si muero.

Señor mío, haced en mí
vuestra santa voluntad,
que toda mi libertad
os entrego desde aquí;
de Vos vida recibí,

quitádmela si queréis;
sólo os pido que me deis
que nunca mi gusto hagáis,
que si el vuestro ejecutáis
lo más conveniente haréis.

V

ROMANCE

EN LOS PRIMEROS DESENGAÑOS DE UN ALMA

Sabed, Señor, que me muero,
aunque muy bien lo sabéis
que me muero por quereros
tanto como Vos queréis.
Mirando vuestra grandeza,
de mirarla me admiré,
perdíme en su abismo, y luego,
ignorando, me gané.
Advertida en la experiencia,
confieso con firme fe
que de Vos entiendo menos
cuando más pienso que sé.
Las divinas perfecciones
de vuestro inmutable ser,
sólo vuestro entendimiento
las alcanza a comprender.
Estas grandes maravillas
que en vuestras obras se ven,
son una muestra pequeña,
de lo que podéis hacer.

¡Oh! ¡Qué dichosos que somos
en tener un Dios que es
sabio, santo y poderoso,
todo para nuestro bien!
Con sabiduría inmensa
remediáis el mal que veis,
queriendo vuestra bondad
y obrando vuestro poder.
Si esto sólo en Vos se halla,
decidme, Señor: ¿en quién
buscaba yo bienes cuando
fuera de Vos los busqué?
Pero no me lo digáis,
que yo lo confesaré:
aparentes los quería
y el mundo los da tal vez.
Término breve se goza,
distancia apenas se ve
de llegar a poseerlos
y volverlos a perder.
Esto he conocido ahora
que a vuestra luz los miré;
ya los verdaderos pido,
Cristo mío, a vuestros pies.

Adonde habéis de darme nuevo ser
y en aquel Pan divino,
posesión de tesoros infinitos,
donde sólo se gozan
seguros bienes y cumplidas glorias.

VI

ROMANCE

Más quiero yo a Jesucristo,
con tormentos y fatigas,
que no á vos, mundo engañoso,
con vuestras pompas altivas.
Más quiero verme a sus pies
humildemente rendida,
que en vuestra mayor grandeza
tener la primera silla.
Más quiero ofrecerle á El
las tiernas lágrimas mías,
que gozar vuestros regalos,
que admitir vuestras caricias.
Con Dios no espero tristezas;
sin Dios no espero alegrías;
pena con Dios gozo es;
gozo sin Dios es mentira.
Quien quiere aparentes gustos,
promesas del mundo admita;
quien busca seguros bienes,
tome su Cruz y a Dios siga.
Si del reino de los cielos
es difícil la conquista,
también los premios son largos
también es corta la vida.
Los bienes que el mundo ofrece,
quien más de cerca los mira,

tan limitados los halla,
que se le pierden de vista.
Los consuelos que hay en Dios,
cuando a la Cruz nos convida,
quien más pesada la lleva
mayores los averigua.
Llegad, almas, a entender
esta soberana enigma:
que está en la pena la gloria
y en los trabajos la dicha.

VII

ROMANCE

A LAS PERFECCIONES DE LA BONDAD DE DIOS

Ahora que mis potencias
gozan una breve paz,
y de Ti, Sol de Justicia,
luces recibiendo están,
de tu bondad infinita
quisiera, Señor, contar
si lo más de lo que alcanzo
lo menos de lo que hay.
Lo grande de tu saber,
lo admirable del obrar,
mi silencio lo venera,
esos cielos lo dirán.
¡Oh, qué bueno eres, bien mío;
qué bueno fuiste y serás,

sin que pueda haber mudanza
por toda la eternidad!
Para padre, ¡qué amoroso!;
para amigo, ¡qué leal!;
para Señor, ¡qué clemente!,
y para Dios, ¡qué cabal!
Blando cuando persüades;
cuando mandas, eficaz;
cuando castigas, piadoso;
cuando premias, liberal.
Cuando te enojas, ¡qué justo!,
¡qué fácil en perdonar!,
¡qué acertados tus decretos!,
¡qué recto tu Tribunal!
Si niegas lo que deseo,
si lo que pido me das,
todo es en Ti providencia,
todo es en Ti santidad.
Si caigo, con pies veloces
me vienes á levantar,
y si Tú no me tuvieras
nunca en pie pudiera estar.
Si estoy enfermo me curas
con dulzura celestial,
siendo médico y salud
en accidentes de pan.
Si todo el mundo me deja,
Tú siempre conmigo estás,
y con dobladas caricias
consuelas mi soledad.

Cuando te ausentas de mí
no es desvío, es amistad,
que te escondes por deberme
que yo te vaya a buscar.
Si al corazón temeroso
desmaya la sequedad,
con lágrimas le regalas,
que al alma sustento dan.
Porque el mal no me acobarde
ni el bien me pueda dañar,
Tú perfeccionas el bien
y disminuyes el mal.
Lo que haces, lo que eres,
dirélo con brevedad:
eres Dios, como Dios obras;
no queda que decir más.

VIII

ROMANCE

A UNA IMAGEN DEL SALVADOR, HERMOSÍSIMA

Dulcísimo Jesús mío,
cuya beldad soberana
los Querubines admira,
los Serafines abrasa.
Vuestro divina hermosura
cortamente dibujada,
dichosamente suspende
y tiernamente regala.

Ese mirar apacible,
que es piedra imán de las almas,
castos deseos incluye
y puros amores causa.
La majestad del semblante,
que a la mansedumbre iguala,
aumentando está respetos
donde esfuerza confianzas.
Esa mano celestial
tesorera de la gracia,
mercedes ofrece a todos,
siempre liberal y franca.
Siendo lo menos de Vos
esto que la vista alcanza,
lo menos de Vos, Señor,
para dar mil glorias basta.
Los ojos que a verlo llegan
en dichas tan bien logradas,
con atención os adoran,
con lágrimas os alaban.
Suspenso el entendimiento
repite con tiernas ansias:
si esto siente quien os mira,
¿qué sentirá quien os ama?
La voluntad codiciosa
de gozar venturas tantas,
antiguas pérdidas llora,
de nuevos empleos trata.
Todo a Vos quiere rendirse,
y en esta divina tabla

asegurar los peligros
de las borrascas humanas.
Gozando está la memoria
felicidades dobladas,
cuando del retrato hermoso
al original se pasa.
Porque al vivo se presenta
la perfección de la estampa
lo piadoso de las obras,
lo dulce de las palabras.
Parece que os estoy viendo
en el pozo de Samaria
cuando de beber pedisteis
para ofrecer mejor agua.
O en la mesa de Simón,
donde con enigmas sabias
fué de Vos tan defendida
la pecadora más santa.
O cuando, compadecido
de la adúltera acusada,
su abogado os reconocen
los que jüez os buscaban.
También, Señor, os propone
esa modestia sagrada
diciéndole al Centurión:
"Yo iré a curarle en su casa."
Y en aquel sermón famoso,
cuando de un monte a la falda
enseñasteis a los hombres
lo que es bienaventuranza.

Que llame, que pida y busque
estáis persuadiendo al alma
por que reciba, si pide,
y para que entre, si llama.
Que sois Pastor verdadero,
que sois vida deseada,
que sois camino seguro
manifestáis con luz clara.
¡Oh, celestial prototipo
desta imagen soberana,
dadme aliento con que pueda
eternamente alabarla!
Pero callar es mejor,
porque la verdad agravia
del divino trato vuestro
quien mal vive y bien os habla.

IX

ROMANCE

DE UN PECADOR TOMANDO EL CRISTO PARA MORIR

En hora buena vengáis,
Soberano Rey del cielo,
a ser mi abogado ahora
para ser mi juez tan presto.
Que en este apretado trance,
después que presente os tengo,
ni teme la muerte el alma,
ni siente su mal el cuerpo.

En efecto, Señor mío,
sois amigo verdadero,
y no me queréis dejar
en el mayor de mis riesgos.
Tanto de veros me animo,
que, a no parecer soberbio,
dijera que en este punto
ni aun mis propias culpas temo.
Mas, ¿por qué no lo diré,
si en vuestros merecimientos
se fundan mis esperanzas
y se deshacen mis miedos?
Nada en mis obras confío,
que humildemente confieso
fueron las malas sin tasa,
las buenas con mil defectos.
Muy loco estuviera yo
si al desengaño más cierto
con la pena a que me obliga
no me obligara a ser cuerdo.
Pequé, Señor, de palabra,
en obras y pensamientos,
esclavo de mis antojos
y libre a vuestros preceptos.
Los pasos que di en la vida
desde los años primeros,
siempre de Vos me apartaron
siendo Vos mi propio centro.
Oyendo vuestra doctrina
y viendo mis desconciertos,

fuí para escucharos sordo,
y para mirarme ciego.
Tan detenido en seguiros,
tan tardo en obedeceros,
que el primer día que os busco
es de mi vida el postrero.
Pero nada me acobarda
como a vuestros pies me veo,
que la más fiera borrasca
nadie la teme en el puerto.
Claro está, Señor, que a quien
en tal sagrado se ha puesto,
ofenderle no podrán
los poderes del infierno.
El sol de justicia sois;
mas yo confiado espero
que a la sombra desta Cruz
se os encubrirán mis yerros.
Y aunque los echéis de ver,
aquí en cinco llagas tengo,
para huir vuestros castigos,
las puertas de mi remedio.
Sin turbación ni desmayo
de mis pecados me acuerdo,
porque es mayor vuestro amor
aunque son muy grandes ellos.
Conmigo estáis, buen Jesús;
no me dejéis, Jesús bueno;
pues es verdad que sois mío
y que nací para vuestro.

Los horrores de la muerte
ya me van acometiendo;
Jesús, pues que sois mi vida,
concededme más aliento,
no para que se dilate
pagar el debido feudo,
sino para repetir,
Jesús, vuestro nombre tierno.
Que así se regala el alma
oyendo estos dulces ecos,
que duda si podrá hallar
gloria mayor en el cielo.
Pero ya faltan las fuerzas,
ya voy la vista perdiendo,
ya se han caído los brazos
y se ha levantado el pecho.
Ya sólo en el corazón,
Jesús, pronunciaros puedo;
ya, Señor, en vuestras manos
este espíritu encomiendo.

X

JACULATORIAS

A CRISTO NUESTRO SEÑOR, SACADAS DE ALGUNOS SENTIMIENTOS DE SAN AGUSTÍN

Jesús, Tú lo mandaste,
que el ánimo inquieto
sea para sí mismo
castigo y escarmiento.

Jesús, Tú preveniste,
con soberano acuerdo,
que todo lo posea
el que te está sujeto.
Jesús, Rey soberano,
¡qué apacible es tu Imperio!,
¡qué süave tu yugo!,
¡qué dulces tus preceptos!
Jesús, cuando te adoro
y cuando amarte quiero,
ganancias infinitas
hallo en tan digno empleo.
Jesús, tal gloria causa
tu trato afable y tierno,
que en gustos repetidos
se anegan los deseos.
Jesús, quien de servirte
hace el debido aprecio,
ni sabe pedir más
ni puede querer menos.
Jesús, quien sólo trata
de tenerte contento,
cuando menos le busca
más asegura el premio.
Jesús, el frecuentarte
hace el deleite feo,
y para los pecados
quita el consentimiento.
Jesús, sólo te pierde
el pecador tan necio

que te deja y se aparta
o tímido, o protervo.
Jesús, ¿de quién a quién
va, quien de Ti va huyendo,
si no de un Dios piadoso
al mismo Dios severo?
Jesús, suma clemencia,
como el herido ciervo
busca la fuente pura,
yo tu costado abierto.
Jesús, fuera de Ti,
todo estoy violento;
pero ¡qué maravilla,
si eres mi propio centro!
Jesús, fuego divino,
abrásame secreto
en lo interior del alma,
para mayor incendio.
Jesús, tesoro mío,
en Ti todo lo tengo,
por Ti todo lo alcanzo,
en Ti todo lo espero.

XI

OCTAVAS

"DEUS MEUS ET OMNIA"

Yo ¿para qué nací, para alabaros,
para serviros y reconoceros,

para, como a mi fin, siempre buscaros;
para, como a mi bien, nunca perderos;
como a principio mío debo amaros;
como a Señor Supremo, obedeceros;
pues ¿qué penas, qué daños no merezco
si no os amo, ni busco, ni obedezco?
Sois de mi bien origen soberano,
soy de mi perdición causa primera,
yo para el corazón, dueño tirano;
Vos para el alma, gloria verdadera;
en mí mismo me pierdo, en Vos me gano;
soy mi peligro, y sois mi propia esfera,
y no me dejo á mí, ni a Vos me llego;
¿quién vió con tanta luz hombre tan ciego?

SOR MARÍA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

Natural de Aracena, provincia de Sevilla. Fué hija de Juan Payán Daza y de doña Ana Valera de Cárdenas.

Recibió el bautismo a 27 de enero de 1604. Educóse con Sor María de la Concepción, tía suya, religiosa de muchas virtudes, y luego en el palacio de los Duques de Béjar, quienes la distinguieron con su afecto. El Duque, según parece, era algo, y aun más que algo, aficionado a galanteos y aventuras callejeras: "su corazón fogoso salía a respirar, o a suspirar, por las esquinas, puertas y ventanas de las casas ajenas. Sentía amarguísimamente la Duquesa que con sus pasiones despertase las voluntades dormidas y diese que censurar a sus vasallos... apenas vía que en llegando la noche salía el Duque a rondar, cuando se le cubría el corazón de tristeza. Viala la niña así afligida, y llegaba a consolarla echándola los brazos al cuello".

Viuda a los pocos años la Duquesa, tomó el

hábito del Carmen Descalzo en Sevilla, y María hizo voto de castidad, recibiendo luego el velo de religiosa Tercera de Santo Domingo. Ya profesa, fueron muchas sus revelaciones, profecías y apariciones de almas bienaventuradas que la trataban con gran familiaridad: Santa María Magdalena de Pazzi la dió un pellizco para que se acordase de ella; profetizó a sus hermanas de hábito que jamás les faltaría chocolate el día que vistiesen una imagen de Nuestra Señora. Por su discreción fué elegida para fundar un convento de su Orden en Sevilla, donde sufrió persecuciones de algunas beatas poco cimentadas en la caridad. Murió en Sevilla, tan santamente como había vivido, á 7 de enero de 1660.

LIRAS

En el huerto abundoso
de la cruel pasión de mi amado,
mi corazón penoso
todo le hallé engolfado
y allí de sus tormentos lastimado.
Buscando a mi querido
halléle, por mi mal, todo azotado;
como es jardín florido,
su cuerpo maltratado
parecía un clavel diciplinado.

Las agudas espinas
que su cabeza hermosa taladraban
brotaban rosas finas,
con que la hermoseaban,
aunque al manso Cordero lastimaban.
Los dos claros luceros
que a su divino rostro luces daban,
dos nublados severos
vi que los eclipsaban,
con que ya a su hermosura amortiguaban.
Dos lirios vi en sus labios,
sus mejillas brotaban mil violetas,
los alhelíes varios
entre blancas rosetas
de aquel cielo son luz, sol y planetas.
Las cuatro rojas fuentes
y el estanque que sale del costado
corren tan vehementes
por el ameno prado,
que le dejan teñido y matizado.
A este huerto llama
Cristo Jesús al alma su querida
cuando en su amor la inflama;
si está descaecida,
con esta fruta dulce la convida.
El árbol de la vida,
como está destas aguas tan regado,
da fruto sin medida
tan rico y sazonado,
que a Dios con él le pagan de contado.

Aliéntese la Esposa
que quiere de su Esposo ser traslado,
no sea melindrosa,
llegue y coma un bocado,
que ya la cruz lo amargo le ha quitado.
Cobrará nuevo brío,
que es fruta de calor y de sustancia,
desecha todo frío,
destierra la ignorancia
y engendra en la virtud perseverancia (1).

(1) *La Venerable Madre Sor María de la Santíssima Trinidad, religiosa de la tercera Orden de Santo Domingo, natural de la villa de Arazena en el Arçobispado de Seuilla. Prodigiosa en vida, y admirables virtudes. Escrita por el Padre Fray Antonio de Lorea. Dedicada a la Excelentíssima Señora doña María Petronila Niño Enriquez, Porres y Guzmán, Condesa de Villaumbrosa.*— En Madrid, por Francisco Sanz. Año M.DC.LXXI.

DOÑA FRANCISCA PÁEZ DE COLINDRES

SÁTIRA EN OVILLEJO EN TIEMPO DE FELIPE IV Y EL CONDE-DUQUE, SIENDO PRESIDENTE DE CASTILLA CASTEJÓN, EN OCASIÓN DE QUERER QUITAR EL USO DE LOS GUARDAINFANTES. AÑO DE 1651.

A el casi Presidente,
que en su boca ermitaño trae un diente;
a el buen hijo del siglo,
que siempre tuvo cara de un vestiglo,
ministro vigilante
que destierra otra vez el guardainfante,
salud, si puede dársela un doliente,
dama que mucho siente
verse tan descurrida
que parece visión de la otra vida,
si bien mujer honrada
que anduvo de jubón abigarrada
sin publicar ni descubrir el pecho
que a todo vicio sirve de cohecho.

Por cierto, amigo mío,
que ha sido este orden nuevo desvarío,
que las bien puestas faldas
no son escandalosas como espaldas
lucientes, blancas, tersas y bruñidas,
tiranas de las bolsas y las vidas,
ni pechos despechados,
salsa que pone el diablo a los pecados,
a quien con gran donaire un caballero
llamaba el pecadero.
En Galicia los trajes
incultos, toscos, pobres y salvajes,
muy bien los visteis cuando
fuisteis en Lugo obispo venerando,
antídoto no son de la lujuria,
pues en aquel país tiene más furia;
de que se sigue que en aquesta tierra
no es causa el guadainfante desta guerra.
Mala gente son hombres y mujeres
propia pensión a ilícitos placeres.
Aquí las burlas dejo
y me transformo en uno del Consejo;
a lo que atiende un grave presidente,
si es sabio y es prudente,
es a tener contento
con sobra el pueblo de mantenimiento,
y a precios moderados
porque vivan los pobres descansados;
cuidado y más cuidado,
quien llega a tal estado,

grandes ministros, graves presidentes
en puestos eminentes
letrados, oidores,
caballeros, señores
que con santos intentos
a la virtud como al ejemplo atentos,
espejo habían de ser de los mortales,
y la causa son ya de tantos males,
pues son escandalosos,
descarados, ladrones y viciosos
y sin guardar la ley,
sin miedo a la justicia, a Dios ni al Rey,
están públicamente divertidos
de sus mismas torpezas poseídos;
y a sus amigos dando
lo que a los negociantes van quitando,
y aun se atreve el deleite mal nacido
al gremio consagrado y escogido,
a cuya imitación al precipicio
se arrojan los demás a todo vicio;
no se le da castigo
al homicida ni al infiel testigo,
no se castiga el logro ni la usura
ni contra el ladrón hay judicatura;
ya no hay segura honra
porque cualquiera al prójimo deshonra;
ya sin restitución
de hacienda, ni opinión,
todo se vende, todo se compone,
y el dinero es quien todo lo dispone.

El blasfemo y perjuro
entre sus culpas vive más seguro;
gozan los ignorantes
los puestos que eran de los sabios antes;
trocáronse los frenos:
a los malos dan premios, y los buenos
al olvido entregados,
a un rincón viven siempre vinculados.
No hay vergüenza ni miedo;
todo es fraude, traición, maldad y enredo;
allí el hechizo al albedrío doma
y aquí se explaya el vicio de Sodoma;
los templos se profanan
y opiniones malditas honor ganan;
triunfa la simonía
y ocupa gran lugar la hipocresía;
la adulación en los sermones vale
y con mitra y capelo honrada sale;
ya se ve desterrada
la verdad evangélica y sagrada,
que con seña divina a toda gente
reprehende los vicios libremente.
Estáse en su impiedad el necio ateo,
ya con mil honras el infame hebreo,
ya los facinerosos,
su amparo tienen en los poderosos;
ya solos andan llenos de dineros,
gariteros, bufones lisonjeros,
y ya las alcahuetas
van usurpando nombre de discretas.

En esto, pues, advierta,
quien desea tener la gloria cierta,
el premio y el castigo en esta vida
hacen que una república esté unida,
abundante, gloriosa,
temida, respetada y victoriosa.
Este es de Dios gobierno
y lo demás es cosa del infierno;
éste es divino medio
y quien a todo mal nos da remedio.
Cuando España perdida
y de tantos pecados ofendida
está a civiles guerras entregada,
de tantos enemigos fatigada
y con desdicha infausta
de gente y de dineros tan exhausta
y todos desollados,
los alientos perdidos y aun quitados,
dais en los guardainfantes;
no causan ellos daños semejantes,
cáusalos la malicia
y que no se administra bien justicia.
Nadie mira al derecho
sino a cómo tendrá mayor provecho;
vos a vuestro sobrino,
que cierto es un célebre pollino,
título queréis ver antes de un año,
y a fe que no lo extraño,
pues tan sagaz maestro
de paje de un obispo como diestro,

adulador de fama,
que conde mi señor al conde llama,
subisteis a tal puesto
en que os miro mareado y descompuesto;
haced lo que os he dicho, sin fatiga,
que es consejo de amigo y aun de amiga,
o Provisor os volveré a Plasencia,
que aún no sois para ello en mi conciencia,
y de diamantes os quitad la rosa
que traéis por anillo, que no es cosa;
volvedla a la sobrina,
porque es para prelado cosa indina.
Mirad que es mortal quien os engaña
y que saber morir es grande hazaña;
pues de sólo un momento
pende el eterno premio o el tormento,
y si una vez se yerra
no hay remedio en el cielo ni en la tierra;
no es bien que en vanidades sumergidos
tengáis vuestros sentidos
sin la justa memoria
de que es un soplo toda humana gloria;
mirad que la grandeza
anda enferma de vahídos de cabeza;
advertid que es prestada
y que ayer fuisteis poco más que nada.
Prevenid la caída
y no será con eso tan sentida;
mirad que no quisisteis a Navarro,
y temo que ha de ser vuestro catarro,

y porque no pequéis ya de ignorancia
de quién os da este aviso de importancia,
yo me llamo, señor, no hagáis melindres.
DOÑA FRANCISCA PÁEZ DE COLINDRES (1).

(1) Biblioteca Nacional.—Mss. núm. 17.525, fols. 255 a 257.

DOÑA MARÍA DE ZAYAS Y SOTOMAYOR

Casi en absoluto se desconoce la biografía de esta insigne novelista. El mismo Alvarez Baena, que con tanta diligencia buscó noticias de los hijos de Madrid, no pudo precisar el año en que nació doña María de Zayas, ni quiénes fueron sus padres; solamente llegó a conjeturar que acaso fuera hija de don Fernando de Zayas y Sotomayor, caballero del hábito de Santiago, nacido en el año 1566.

Una de las mayores dificultades con que he tropezado en mis investigaciones es ser bastante comunes en Madrid, y en el siglo XVII, el nombre y apellido María de Zayas; una así llamada falleció a 19 de enero de 1661; otra murió a 26 de septiembre del año 1669, y en su testamento, otorgado ante Bartolomé Mazón a 23 de septiembre de dicho año, se reconoce hija de don Diego de Zayas y doña Inés de Valdés; era viuda de Pedro de Valcázar y Alarcón; dejó por heredero al licenciado Alonso Martínez, de la Capilla Real

A fines del año 1624, don Francisco Ordóñez de Lara fué procesado por haber dado muerte en Málaga a don José de Aguirre, y entre los

testigos que declararon figura una esclava llamada Fátima, cuya dueña era *doña María de Zayas* (1).

No cabe duda que la novelista fué hija de don Fernando de Zayas y Sotomayor; según su partida bautismal, existente en la iglesia de San Sebastián, de Madrid, fué bautizada a 12 de septiembre de 1590; su madre se llamaba Catalina de Barrasa.

El capitán don Fernando de Zayas y Sotomayor nació en Madrid, y fué bautizado en la parroquia de San Sebastián a 9 de noviembre de 1566. Era hijo de don Francisco de Zayas, natural de la villa de Los Santos de Maimona, junto a Zafra (Extremadura), vecino de Madrid, y de doña Luisa de Zayas, madrileña.

Don Fernando tomó el hábito de la Orden de Santiago en el año 1628; comenzaron las informaciones en virtud de una provisión dada a 18 de febrero de dicho año, y fueron aprobadas a 12 de mayo. Entre los testigos que declararon figura Gil González Dávila (2).

Más adelante fué nombrado corregidor de la

---

(1) *Por Don Francisco Ordóñez de Lara y Alonso de Contreras Lozano. En el pleyto con Doña Eluira de Aguirre.*—Impr. s. l. n. a.

11 hojas en folio.

Bibl. Nac.—*Papeles Varios*. C. 100, núm. 40.

(2) Archivo Histórico Nacional. *Pruebas de los Caballeros de Santiago*, leg. 768, núm. 119.

encomienda de Jerez de los Caballeros, perteneciente a la Orden de Santiago, a 6 de agosto de 1638; sucedió en tal cargo a don Antonio de en que murió.

Que doña María de Zayas residió en Madrid, si no toda, la mayor parte de su vida, es cosa indiscutible, como también que tuvo estrecha amistad con la poetisa doña Ana Caro Mallén de Soto. El hecho de haberse publicado sus novelas en Zaragoza inclina a sospechar que viviese algunos años en esta ciudad. No he podido averiguar con toda certeza si fué o no casada, ni el año en que murió.

Si doña María de Zayas es la misma que estuvo casada con Juan Valdés, falleció en Madrid a 19 de enero de 1661 (1).

CANCIÓN EN ELOGIO DE FRANCISCO DE LAS CUEVAS

Quisiera, pluma mía,
que de deidad un resplandor tuvieras,
para que en este día,
a pesar de la invidia, te excedieras;
pluma de Homero fueras
que tanto el mundo alaba,
o aquesta lira maravilla octava.

(1) Parroquia de San Sebastián, libro II de difuntos, folio 253.

Dijera de Fenisa,
Apolo desta edad, milagro nuevo,
cuanto miro preciso
en su elocuencia y a su genio debo;
mas contigo me atrevo
para que se presuma,
si hay cortedad, que sólo está en la pluma.
De Castilla tesoro
es poco, pues llamarle Fénix puedo;
mas si al celeste coro
no subo su alabanza, corta quedo.
Sol le llamo, y no excedo
la gloria que merece,
pues tanto en sus fortunas resplandece (1).

(1) *Experiencias de amor y fortuna. A Frei Lope Felix de Vega Carpio, por el Licenciado Francisco de las Cuevas.*—Madrid: Por la viuda de Alonso Martín. Año 1626.

DOÑA JACINTA MARÍA DE MORALES

SONETO A SAN PEDRO MÁRTIR

El pecho herido, la cabeza abierta,
luchando con la última agonía,
la fe de Pedro, que expirando ardía,
dió de su gran fervor noticia cierta.
La voz turbada ya, la mano yerta,
lámina hizo del hielo en que escribía,
con excelente sangre que vertía,
sacros misterios que a explicar acierta.
¡Oh, tú, que más allá de lo posible
predicación muriendo ejercitaste,
negándote en lo humano a lo sensible!
Tú el renombre de mártir conquistaste,
pues del sitio en que heroico padeciste
tan eminente cátedra fundaste (1).

---

(1) *Biblioteca de Autores Españoles,* t. XLII, página 545.

EUTERPE

AL MARQUÉS DE SAN FELICE,
EN NOMBRE DE LAS NUEVE

SONETO

Imitando de Lope la dulzura,
de Góngora lo culto mejorado,
de Tarsis en conceptos celebrado,
de Hortensio lo luciente en sombra oscura;
de Zárate, fecundo en la cultura;
de Silveira en las voces y en lo hinchado,
de Quevedo en lo grave y lo salado,
de Leonardo en lo propio y la hermosura,
todos en ti se miran excedidos,
famoso aragonés del Pindo Atlante,
por ti de nuevo al orbe prelucidos.
Tú, que en láminas puras de diamante
tus escritos verán esclarecidos,
a enana presunción, pompa gigante (1).

---

(1) *Poema trágico de Atalanta, y Hipomene. Por Don Iuan de Moncayo y Guerrea, Marques de San Felices.*—En Zaragoça. Por Diego Dormer. Año 1656.

DOÑA ANA ATAIDE

SONETO A LA FÁBULA DE ATALANTA E HIPOMENES

Al uniforme són de tu instrumento,
que con lo dulce de tu voz encanta,
su curso suspender pudo Atalanta,
nunca más natural en lo violento.
De Hipomenes seguida excedió el viento,
rastro no dando de su breve planta
la verde selva en ligereza tanta,
pues vino a serlo más que el pensamiento.
Toscos serán los mármoles de Paro
y roncos los clarines de la Fama
para sólo aplaudir tu nombre claro:
tu nombre, que el Parnaso Apolo aclama,
Apolo aragonés, en todo raro;
eco del trueno, aliento de la llama (1).

---

(1) Hállase en los preliminares de la obra antes citada.

LAURA MAURICIA

I

ROMANCE AMOROSO

A lágrimas y a silencios
reducida, Elisio, el alma,
modo le falta a la queja,
de referirte mis ansias.
No tiene la voz acento,
no encuentra el labio palabras;
todo la pena lo oprime,
todo el dolor lo embaraza.
La causa, ¡ay de mí!, es tan triste,
es tan fuerte la desgracia,
que no mata padecida
porque mate imaginada.
Los suspiros desde el pecho
ternísimamente exhalan
fuego, que a los ojos míos
comunica en vivas llamas.
Estos de mis sentimientos
veras y extremos declaran;

atiende, Elisio, a mis ojos,
pregúntales lo que pasa.
Mas al corazón te envían,
no saben decirte nada;
no es mucho que aquesta vez
le falten lenguas al agua.
Mi afecto, amigo, te explique
la desdicha más extraña,
que si ha de volver al pecho
no importa del pecho salga.
No para buscarme alivios,
para negociarme lástimas
dispensa mi mal conmigo;
que en razones mal formadas
yo propio, ¡ay, cielo!, te informe;
valor y aliento me falta,
que expiró, ¡terrible lance!,
la generalmente amada.
Deidad mentida en mujer:
en pocos años de dama
muchos lustros de hermosura;
¿quién duda que ésta fué Laura?

II

ROMANCE A UN RUISEÑOR QUE LLEVABA LIGA EN UN PIE

¿De quién huyes, avecilla,
si vuelas a tu peligro,

haciendo la diligencia
las partes de tu destino?
No pares, y de tus plumas
los matizados aliños
defensa a tu vida sean
más que hermosura y vestido.
Libre vas, mas ¡desdichado!
tu vida llevas de un hilo
presa; ¡ay, dulce ruiseñor,
qué poco vuela un rendido!
Contra los hados ¿qué importan
ajenas voces o avisos?
Tú el sepulcro te buscaste,
tú te das la muerte mismo.
Discretísimo has andado
en mostrar que si has huído
no es por vivir de cobarde,
sino por morir de fino.
Que amante, sin duda, eres,
con esta acción nos ha dicho,
pues cuando burlas la fuerza
no te excusas de cautivo.
La propia liga que traes
te sirve de precipicio
por ostentar tu firmeza,
que no te excusa a los grillos.
Mas que la desconfianza
de tu dueño te ha ofendido
tanto, que para perderte
intentas lo fugitivo,

no por librarte, si acabas
alentado y vengativo,
probando que las violencias
irritan los albedríos (1).

(1) *El desdeñado más firme, primera parte. Ofrecida a la Excelentissima Señora doña Luisa Maria de Meneses, Condesa de Portalegre, Marquesa de Gouea.*

Impresa sin indicación de lugar ni de año.

La dedicatoria, firmada en París a 30 de Mayo de 1655.

SOR ISABEL DE JESÚS

Nació en Toledo a 21 de septiembre del año 1611.

Muy joven todavía, enamoróse de un primo suyo que vivía en la misma casa, amor que refiere ella misma con suma ingenuidad: "Era tanto el embeleso que traía con sus gracias y habilidades, como de cantar, tocar, danzar, muy galán y entendido, que esto me llevaba; y ahora conozco era el infierno, que, con el seguro de parentesco, nos dejaban solos; y ¡qué mal seguro!, que éstos son ladrones caseros, y que no fuí nunca lerda para lo malo" (1). Una vez que se curó de este enamoramiento, comenzó a tener visiones y a sufrir accidentes cardíacos. En medio de estas y otras enfermedades, tomó el hábito de la Tercera Orden del Carmen, y fijó su residencia en Paterna; más adelante regresó a Toledo. Sus visiones eran continuas: "Una noche, dice, me

(1) *Tesoro del Carmel*, pág. 5.

cogieron dos en figura de hombres, con gran fuerza, cada uno de su brazo, y no tenían las caras espantosas; antes se mostraron afables, y me dijeron esto: "¿Para qué has huído de nosotros? "¿Piensas que los hombres no sabemos y podemos "consolarte?" (1). Falleció a 29 de junio de 1682.

I

DEL ALMA ENAMORADA A SU ESPOSO

Hermosos ojos serenos,
laberintos del amor
en cuyas luces dichosa
se pierde el que los miró.
En la guerra de la ausencia
prisionera vuestra soy,
adondo vivo contenta,
dichosa con mi dolor.
Vuestra divina hermosura
es la causa de mi amor,
que amar lo perfecto es dicha
y amar lo imperfecto no.

II

LETRA A LA SOLEDAD

Centro del alma, soledad divina,
vivo retrato de la paz eterna
adonde la armonía que se alterna
con silencio continuo se convida.

(1) *Tesoro del Carmelo*, pág. 223.

Farol del que a la luz de Dios camina,
puerto feliz del que en el gusto invierna,
retórico silencio que gobierna
y mudo desengaño que encamina (1).

(1) *Tesoro del Carmelo... vida que de si dexó escrita, por orden de su confesor, la venerable Madre Isabel de Jesus... Sacale a luz su Confessor el R. P. Fr. Manuel de Paredes.*—En Madrid. Por Julián de Paredes. Año 1685.
Págs. 631 y 632.

SOR MARCELA DE SAN FÉLIX

En uno de los períodos más borrascosos de su vida conoció Lope de Vega a una hermosa cómica, a quien La Barrera hace natural de un pueblo de Sierra Morena, y muy luego trabó con ella relaciones amorosas. Sucedía esto por los años 1596 a 1597. Llamábase la amante del Fénix doña Micaela Luján, si bien la solía dar aquél, especialmente en sus versos, el nombre de *Camila Lucinda,* y celebróla con entusiasmo en varias composiciones, cual es en una epístola que se halla con *El peregrino en su patria,* donde así lamenta la ausencia pasajera de su amiga:

No suele el ruiseñor en verde selva
llorar el nido de uno en otro ramo
de florido arrayán y madreselva
con más doliente voz que yo te llamo,
ausente de mis dulces pajarillos,
por quien en llanto el corazón derramo.

Fruto de aquellos amores fueron Marcela, nacida en Toledo a principios del año 1605, y el malogrado Lope Félix, que nació un año después.

Lope, que en medio de sus extravíos, hijos más bien de un alma afectuosa que de groseras pasiones, nunca dejó de mostrarse noble y bondadoso, profesó a Marcela ternísimo cariño. Por ella no se desdeñaba de acudir al Duque de Sessa, su leal amigo, pidiéndole regalos con que mimarla.

Otras veces comunicaba al Duque los sustos que le proporcionaba un enamorado de su hija, cuya honestidad guardaba tanto como él descuidaba la suya propia:

"Señor, yo he tenido grandes disgustos, porque una noche de éstas, a las doce, me quisieron matar; valióme mi advertimiento y el mostrar ánimo. He sabido la causa, que procede de aquel pícaro que quería por fuerza inquietar mi casa por esta niña" (1).

Nada más que diez y seis años contaba Marcela cuando resolvió dejar el mundo, pensamiento que debió hallar favorable acogida en Lope, quien veía los riesgos a que se hallaba expuesta una hija ilegítima, muy obsequiada de amadores y con los no muy edificantes ejemplos que la daba su padre. Elegido para ello el convento de Trinitarias Descalzas de Madrid, acudió Lope, como

(1) *Nueva biografía de Lope de Vega*, por don Cayetano Alberto de La Barrera. Tomo I de las *Obras de Lope de Vega* publicadas por la Real Academia Española. Pág. 328.

siempre, al Duque de Sessa, quien se obligó, a 23 de enero del año 1622, ante el escribano Juan de Piña, a dar 1.000 ducados para el dote de Marcela y a pagar las propinas acostumbradas en las profesiones de monjas (1).

Tomó el hábito Marcela el día 13 de febrero de dicho año, habiéndose obligado Lope a pagar al convento durante el noviciado 50 ducados y un cahiz de trigo. Una vez que hizo la profesión, Lope, en vez de entregar los 1.000 ducados que había prometido, constituyó un censo de 555 reales impuestos sobre todos sus bienes a favor de las Trinitarias; salieron como fiadores de esta obligación Cristóbal de Guardo, beneficiado en San Ginés, de Madrid, y Alonso Pérez, padre del célebre Montalbán.

Lope, que asistió a la profesión de Marcela, experimentó una de las más intensas emociones de su vida, y luego describió tan conmovedora escena en una epístola a don Francisco de Herrera, bellísima y llena de suave melancolía:

Sale Marcela, y perdonad, os ruego,
si el amor se adelanta, que quien ama
juzga de las colores como ciego.

---

(1) *Escritura hecha por Lope de Vega y el Duque de Sessa sobre el dote de Sor Marcela de San Félix cuando entró en religión.* Obra citada, págs. 659 y 660.

No vi en mi vida tan hermosa dama,
tal cara, tal cabello y gallardía;
mayor pareció a todos que su fama.
Ayuda a la hermosura la alegría,
al talle el brío, al cuerpo, que estrenaba
los primeros chapines aquel día.
Marcela, las mejillas encendidas
y bañada la boca en risa honesta,
miróme a mí para apartar dos vidas;
y el alma a tanta vocación dispuesta,
con una reverencia dió la espalda
a cuanto el mundo llama aplauso y fiesta;
y ofreciéndole al Niño la guirnalda
de casta virgen, abrazó su Esposo,
besándole los ojos de esmeralda.
Cerró la puerta el cielo a mi piadoso
pecho, y llevóme el alma que tenia...
de que no fueron mil estoy quejoso.
Bañóme un tierno llanto de alegría,
que mis pocas palabras y turbadas
con sentimiento natural rompía (1).

Marcela vivió dichosa en tan plácido retiro, donde la visitaba con frecuencia su padre, cuya misa oía muchas veces. En aquella soledad, que con tal sentimiento describió en uno de sus romances más inspirados, debió considerar los be-

(1) Epístola a don Francisco de Herrera Maldonado. Publicado en *La Circe*, año 1624

neficios que Dios la había hecho y los tristes dejos de las pasiones humanas, que tantos amargaron la existencia de su padre. Y cuando éste fallecía en agosto de 1635, Marcela presenció desde las celosías del convento el inmenso gentío que acompañaba el cadáver del gran poeta nacional que condensó en sus obras dramáticas todos los recuerdos y todos los ideales patrios.

Consagrada a la oración y a la poesía vivió el resto de su larga vida. Fué dos veces Ministra; la segunda en 1668, cuando se acordó construir la actual iglesia, cuyas obras no empezaron hasta junio de 1673 (1).

Falleció en el año 1688, dejando notables frutos de su ingenio y hermosos ejemplos de virtudes que imitar.

I

ROMANCE A UNA SOLEDAD

En ti, soledad amada,
hallaba mi compañía;
en ti los días son glorias,
en ti las noches son días.

(1) *La sepultura de Miguel de Cervantes. Memoria escrita por encargo de la Real Academia Española y leída á la misma por su Director el Marqués de Molins.*—Madrid, imp. de M. Rivadeneyra, 1870.

En ti cogí de mi amor
con abundancia excesiva,
fértil cosecha del alma
dulce agosto de mi vida.
En ti gocé de mi Esposo
las pretendidas caricias,
los halagos sin estorbos,
los regalos sin medida.
En ti vide su belleza,
aunque en tiniebla, divina.
¡Con cuánta razón me prende,
con cuánta causa cautiva!
En ti con los imposibles
satisface mi codicia:
que con lo posible, amor
nunca llena su medida.
En ti me vi felizmente
muy negada y muy vacía
de criaturas y afectos,
y muy lejos de mí misma.
En ti gocé libertad
de tanto precio y estima,
que darlo todo por ella
no será paga cumplida.
En ti celebro, mi Esposo,
en aquel dichoso día,
en amoroso himeneo
las bodas de mi alegría.
En ti estuve tan gozosa,
contenta y entretenida,

que no podré encarecer
lo menos que en ti sentía.
En ti, con dichas tan grandes
las horas, noches y días
dulcemente se pasaban,
instantes me parecían.
En ti ¡qué corto mi sueño
y qué larga mi vigilia!
¡Qué penoso fué el descanso!
¡Qué gustosa la fatiga!
En ti le dije a mi amante
lo tierna que le quería,
lo mucho que me obligaba
lo poco que le servía.
En ti le solicitaba
con finezas y caricias
a que me diese su amor,
pues el mío conocía.
En ti pudo conocer
cómo le estaba rendida
mi alma, que está colgada
de su voluntad divina.
En ti le pedí su unión
con ansias de amor tan vivas,
que no sé si le obligaron;
El lo sabe y El lo diga.
En ti procuré entregarle
tan por suya el alma mía,
los sentidos y potencias,
que El los mande y El los rija.

En ti también le ofrecí
serle fiel y agradecida,
correspondiente a su amor
y por todo extremo fina.
En fin, en ti le ofrecí
todo cuanto yo tenía,
a todo lo que anhelaba,
todo cuanto apetecía.
En ti le di de mi amor
la posesión tan cumplida,
que ninguno me ha quedado
para nadie en esta vida.
En ti conocí del suyo
la gran fuerza y valentía,
lo ardiente con que me enciende,
lo activo con que me anima.
En ti le vi, liberal,
intentar hacerme rica;
que derramando sus dones
pudo saciar mi codicia.
Mas no me doy por contenta,
que mi afecto a más aspira,
y sólo El mismo podrá
dar satisfacción cumplida.
Así, soledad amada,
causa de todas mis dichas,
después que tú me faltaste
me ha faltado la alegría.
Cercóme la confusión,
el afán y las fatigas;

todo me aflige y congoja
y causa melancolía.
Las criaturas me estorban,
los apetitos me irritan,
los afectos me atormentan,
y las pasiones se avivan.
Tempestades se levantan,
brama el mar, y la barquilla
grande tormenta padece,
de las olas combatida.
¡Ay, soledad, deseada
de mi alma y pretendida!
cada vez que te exprimento,
tengo de ti más estima.
¡Oh, si gozara de ti
lo que durara mi vida,
a quien triste muerte llamo
sin tu presencia querida!
¡Quién hablará dignamente,
con lengua humana y tardía,
de tus grandes perfecciones,
agrado y soberanía!
¡Qué de santos engendraste!
En ti con vida divina
en frágil barro vivieron
innumerables cuadrillas.
La pureza, la oración,
la contemplación divina
tus hijos son, soledad;
de ti nacen, tú los crías.

¿Qué virtud no se alimenta
con tus pechos y caricias?
¿Quién deja de estar contento
si te busca y te codicia?
Tú causas los desengaños,
y a la verdad solicitas,
para que, usando su fuerza,
atropelle a la mentira.
Haces del destierro patria,
y sacas con valentía
a las almas que te aman
de la opresión de sí mismas.
Y por no ofenderte más
con ignorancias tan mías,
no diré en tus alabanzas
lo mucho que se ofrecía.

II

VILLANCICO A LA PROFESIÓN DE LA HERMANA ISABEL DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

No pudo Amor
hacer tu dicha mayor.
Hoy que al más dichoso lazo
el alma, Isabel, ofreces,
y de tu Esposo mereces
el dulce mental abrazo,
y a su divino regazo
entregas tu hermoso abril,

pues para lograr gentil
tanta repetida flor,
no pudo Amor
hacer tu dicha mayor,
más nobleza has adquirido,
pues con ilustre renombre,
de su dulcísimo nombre
te vales para apellido.
El favor que has conseguido
no es de mano temporal,
y así con afecto igual
eterno será el favor,
que no pudo Amor
hacer tu dicha mayor.
Esa bella juventud
que a tu Esposo has consagrado,
aseguras en su agrado
no menos que la quietud.
El dote de la virtud
te hizo de tan buena estrella,
pues para con El es ella
la prenda de más valor,
no pudo Amor
hacer tu dicha mayor.
A tu entendimiento unida
tu fortuna corresponde,
pues quien a Dios le responde
sin duda es bien entendida;
de los riesgos de la vida
tu discurso te previno

y la elección del camino
fué de tu ingenio primor,
que no pudo Amor
hacer tu dicha mayor.
Liberal de tus riquezas
con tu Esposo procediste;
cuerda diligencia hiciste
para lucir la pobreza;
a pesar de la belleza
sus aliños moderaste
y con ánimo dejaste
todo su ambicioso error,
que no pudo Amor
hacer tu dicha mayor.
Vive, pues, enamorada
de quien lo merece tanto
¡oh, bella Isabel!, en cuanto
dure esta breve jornada,
y pues que ya asegurada
de los humanos desvelos
de todo el sol de los cielos
atiendes al resplandor,
que no pudo Amor
hacer tu dicha mayor.

III

AL BUEN EMPLEO DEL TIEMPO

ROMANCE

¡Oh! ¡Cuánto pierde quien pierde
el preciosísimo tiempo!

¡Oh! ¡Cuánto gana quien gana
sus instantes y momentos!
Toda la plata y el oro
y diamantes de más precio
no valen lo que un instante
que se gasta para el Cielo.
¡Oh tiempo, riqueza suma!
A quien te estima yo creo
que ni un solo respirar
no le exhale sin provecho.
¡Oh infelicísima vida,
la que he gastado sin miedo
de la cuenta que he de dar
del instante más pequeño!
Las coronas y las mitras
y aun las aras, es cierto
que son la misma desgracia
si desperdician el tiempo.
¡Oh! ¡Si licencia les dieran
a los que gastaron, necios,
el tiempo sin granjear,
que volvieran a sus cuerpos!
Con provechosa codicia,
divinamente avarientos
guardarían los instantes
como antes los dineros.
Para adquirir y ganar
vivimos este destierro,
y nuestros censos y juros
son los espacios del tiempo.

Depende una eternidad
de sólo un instante incierto;
pues ¿cómo se pasa instante
sin dar pasos a lo eterno?...

IV

A UNA AUSENCIA DE DIOS

Ausente de mis ojos,
regalada esperanza,
sin mí no puedes irte,
pues no llevas el alma.
Belleza por quien muero
y vivo enamorada,
¿por qué, mi Bien, te ausentas
cuando presente abrasas?
¡Ay, dulce Amado mío!
si tu piedad es tanta,
¿cómo no te enternecen
mis amorosas ansias?
¿Por qué morir me dejas
con ausencia tan larga,
cuando con más finezas
tierno me regalabas?
Cuando yo presumía
verme más levantada
al cielo de tu amor,
con desvíos me bajas.
Cuando más encendida
pudiste ver la llama,

con desdenes tan tristes
pretendes apagarla.
Cuando con mayor dicha
tu presencia gozaba,
tus regalos sentía
con mayor abundancia.
Cuando con más afectos
a tu unión anhelaba,
me veo sola y triste
tan lejos de gozarla.
Cuando con tal ternura
mi amor te requebraba,
significando Tú
que desto te agradabas.
Cuando yo de alegría
gozaba en abundancia
por tu apacible trato
lleno de gloria tanta.
Cuando mis esperanzas
tanto se remontaban,
que ya por posesiones
pudiera bien juzgarlas.

. . . . . .

Cuando el estar conmigo,
Esposo de mi alma,
que eran deleites tuyos
creía confiada.
Cuando en otras mil cosas
que dejo de contarlas,

para tenerte siempre
Tú mismo me alentabas.
Ahora, Dueño mío,
con ausencias me acabas,
con desvíos me afliges,
con rigores desmayas.
Confieso que te doy
ocasión por mil causas
para que te desvíes
con aspereza tanta,
pero bien sabes Tú,
mi bien y mi esperanza,
que serte esposa fiel
desea toda el alma.

V

ROMANCE DE UN ALMA QUE TEMÍA DISTRAERSE AL SALIR DE UN RETIRO

Dulce querido mío,
hechizo de mi alma,
si enamorarme intentas
ya estoy enamorada.
Si pretendes, mi Bien,
con amorosas trazas,
con cautelas divinas,
probar mi fe y constancia,
excesiva es la prueba,
más parece amenaza,

pues dice que mi amor
admitirá mudanza.
Aunque Tú niegues luego
tu presencia a mi alma,
estará firme en todo
con la misma constancia.
Aunque por tus desdenes,
desvíos y amenazas,
crezcan las aflicciones
sin término ni pausa;
aunque no quede en mí
señal de que me amas,
me tendrás, vida mía,
guardando tus espaldas.
Aunque me diga todo
que me tienes dejada
y que dejar la empresa
puedo por olvidada,
tierna te buscaré
desde la noche al alba,
desde el alba a la noche,
sin dar fin a mis ansias.
Es muy grande el incendio
en que yace mi alma
para que se consuma
aunque le cerquen aguas.
Tú, que en mi corazón
vives como en tu casa,
sabes de mis amores
los efectos y causas.

Sabes que es ya tan tuyo
que en Ti sólo descansa,
en Ti sólo se alegra,
y lo demás le cansa.
Sabes que por tenerte
mil suspiros exhala,
mil congojas padece
con infinitas ansias.
Pues hallado una vez
el bien que deseaba,
¿cómo le ha de olvidar
por más que le combatan?
Si con dulces violencias
tus amores me enlazan,
tus caricias me obligan,
tu hermosura me mata;
si sabes que me tienes
cautiva y hechizada,
y de amor por tus ojos
ardiendo en vivas llamas,
y que dejando yo
tu soledad sagrada,
y en volviendo a la aldea
mitigaré mis ansias;
que el continuo tropel
de criaturas tantas,
con las ocupaciones
apagarán la llama,
y si Tú te retiras
y haces ausencias largas,

faltará la memoria
de finezas pasadas,
  y sin ella, el afecto
es fuerza tenga pausa,
y todo el bien se acabe
en voluntad templada;
  si yo de presumida,
con loca confianza
esperara en mis fuerzas,
sin duda me faltaran;
  pero si pongo en Ti
todas mis esperanzas,
¿quién ha de persuadirme
que se han de ver frustradas?
  ¿Tengo yo de pensar
que de burlas me amas?
¿que por juego acaricias?
¿por donaire regalas?
  Y después, Dueño mío,
que con veras tan claras,
con finezas tan tuyas,
me obligas y dilatas,
  no puedo yo creer
que amistad tan fundada
acabe un accidente,
en fin, tan leve causa,
  pues en Ti presumida
y en tu amor alentada,
prometo a tu belleza
que no ha de haber mudanza.

Tu esposa fiel seré,
mi Bien, aunque te vayas,
y ausentes tantas veces
cuantas te doy el alma.
Y aunque tu sierva inútil,
tu puntual esclava,
estaré practicando
tu voluntad sin falta.
¿Ha de faltar tan presto
tanto amor, sin más causa
que volver a la aldea
a servir en tu casa?
Bien sé yo, Señor mío,
que ha de sentir el alma
el que en breves instantes
has de comunicarla.
Y es fuerza que eche menos
las horas regaladas
que en tan dulces coloquios
en tus brazos pasaba.
Bien sé que he de decir
¡ay, soledad amada!
donde con tanta gloria
de mi Esposo gozaba,
y que con tierno llanto,
en memorias pasadas
pasaré de tu ausencia
noches tristes y largas;
pero en quererlo Tú
toda fatiga para,

todo afecto se niega
y toda queja es vana.
No sé si a fuer de necia
estoy tan confiada,
que te he de amar ahora,
mi Bien, con más ventajas,
y que no ha de ser parte
toda la astucia humana
del que afecta oponerse
para entibiar mi alma.
Afile su agudeza
y primorosas trazas,
que armado con la fe
hollaré su arrogancia.
Con esto, Dueño mío,
no haya más amenazas,
no mates con temores
a quien de amores matas.

VI

EL JARDÍN DEL CONVENTO

En estas verdes hojas
que aquesta fuente riega
con agua de mis ojos,
que suya no la lleva,
contemplo, Amado mío
tu grande providencia,
tu beldad soberana,
y tu hermosura inmensa.

También, por el contrario,
conozco mi vileza,
mi imperfección sin par,
mi descuido y tibieza,
pues las hojas y flores
que crecen tan apriesa,
con sus calladas voces
significan mis menguas,
y siempre que las miro
parece que me enseñan
que yo sola en el mundo
soy la que nunca medra.
Miro del cinamomo
aquella copia inmensa
de su olorosa flor
que tanto nos deleita.
Parece que a porfía
la multitud afecta
llevarse de las flores
la palma de belleza.
En las guardadas rosas
a quien espinas cercan,
de tus hermosas llagas
la memoria refrescan.
Los vistosos jazmines
en su candor ostentan
lo lindo de tus manos
y liberal franqueza,
porque sin aguardar
que los cojan por fuerza,

ellos se dan al suelo
sin hacer resistencia.
Acuérdame tu olor
la fragante mosqueta,
tan linda entre las flores
y tan noble en sí mesma.
El clavel estimado
tu sangre representa,
y por esto merece
le traten con decencia.
De tus hermosos labios,
del coral dulce afrenta,
su cárdeno color
me muestran las violetas.
Majestuosa siempre
la cándida azucena,
tu bellísimo cuello
venturoso semeja.
La fecunda retama,
tan rubia como bella,
de tus cabellos de oro
me da memorias tiernas.
Muestra por abrazar
la siempre verde yedra;
a que busque tu unión
provoca mi tibieza.
Procurando ascender,
si presumida trepa,
humilde se aprisiona,
que de amante se precia.

Misericordia y paz
este olivo me enseña
que siempre las procure
por costosas que sean.
Las rojas clavellinas
y minutisas bellas,
de imitar tu color
parece que se precian.
Pero el bizarro lirio,
con gravedad modesta,
porque a él te comparas
más ufano campea.
Y la suave albahaca,
símbolo de pureza,
su verdor apacible
nuestra esperanza alienta.
Clavelones, adorno
de las últimas fiestas,
enseñan que la muerte,
como terrible, es cierta.
Recuerdo de humildad
es la hierba doncella,
aunque vistosa y grave
no sale de la tierra.
Los amargos ajenjos
me enseñan a que tenga
mortificado el gusto
y al apetito venza.
El robusto alhelí
que el invierno no seca,

me fuerza que haga rostro
a toda la aspereza.
El funesto ciprés,
aunque árbol de tristeza,
provoca a devoción
y soledad enseña;
y la del nombre dulce,
felicísima hierba
que de Santa María
nos acuerda y recrea.
Las ásperas ortigas
intratables y fieras,
en igualar mi agrado
presumen competencia.
Entre todas las flores,
puede la gigantea
pretender por amante
que alaben tus finezas.
Del sol enamorada
siempre mirarle intenta,
y por vueltas que da
de seguirle no cesa.
¡Oh cómo reprehende
el descuido y tibieza
con que busco, Dios mío,
a tu amable presencia!
Los árboles copados
alegres manifiestan
los sazonados frutos
que el justo le presenta.

Las abundantes parras,
alegres manifiestan
que a tu sangre Real
accidentes le prestan.
Mis años mal gastados
me acuerda aquesta higuera,
pues ha crecido tanto,
y yo estoy tan pequeña.
Y habiéndonos plantado
en esta santa tierra,
casi en un mismo tiempo
mil ventajas me lleva.
El riguroso invierno
con su mucha pereza,
os quita los vestidos
y deja en gran pobreza;
tolerando rigores,
y sufriendo inclemencias,
me enseñáis, apacibles,
a que tenga paciencia.
Con suave agasajo
la hermosa primavera
siempre os sirve gustosa
de madre y camarera.
De la Resurrección
parece nos da nuevas,
cuando sin menoscabo
nos tornen nuestra tierra.
Los árboles y plantas,
las flores y las hierbas

publican tu hermosura
y dicen tu grandeza.
Todos, Señor, me animan,
me enseñan y me fuerzan
a que te sirva y ame,
te alabe y te engrandezca.

VII

LIRAS AL DESACATO QUE SE HIZO AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

¿Quién dará a mi cabeza
agua que satisfaga al sentimiento mío?
¿Quién a mis tristes ojos
fuentes de lágrimas, que rindan por despojos
de una sangrienta guerra
que hace a su Dios, la vil, la infame tierra?
¡Oh amantes Serafines!
¡Oh espíritus alados! Si lo visteis,
¿cómo al brazo cruel no destruísteis?
¡Oh sacrílega mano!
¡Oh pérfido deicida! ¡Oh vil tirano!
¡Oh villana osadía!
¡La tema contra Cristo así porfía!
Su crueldad alentaron
las furias que a Plutón acompañaron,
de su consejo son tus sinrazones,
pues con tu Criador te descompones;
profanar presumió tu atrevimiento

al misterio más dulce;
no eterno afecto, furioso te conduce
para indecencias fieras.
¡Y que sufra tal Dios que allí no mueras!
¡Que saliese con vida
habiéndonos robado la comida
que su sustancia encierra
de Dios todo su ser, los bienes de la tierra!
Como su caridad es demasiada,
así lo es su paciencia y extremada
deste Señor piadoso,
que pudo confundir al alevoso,
de la esfera del fuego,
fulminando mil rayos deshacello
y la ceniza infame en el abismo,
esta hazaña contara al judaísmo.
¡Oh sufrimiento inmenso!
¿Cómo de mí no salgo si lo pienso?
¿Cómo el seso no quita
ver que sufra tan poco quien te imita?
Pues no te considero
si de cualquier afán quejarme quiero.
¡Oh mi solo Maestro,
enséñame esa ciencia en que eres diestro!
Y tú, alevosa mano,
¿dónde pusiste a Dios? ¿Cómo, inhumano,
pudiste hacerle tan enorme ultraje?
¿Por haberse vestido nuestro traje?
¿Por eso, ¡oh fementido!
su tremenda deidad has ofendido?

En triste mar de culpas y pecados
parece que nos vemos anegados.
¡Quién en tantos enojos
deshecho el corazón diera a los ojos!
¡Oh suma majestad, bondad inmensa!
¿Quién pudiera excusaros tanta ofensa
con que nuestra maldad, bárbara y loca
vuestra grande piedad así provoca?
No castiguéis, severo, ofensas tales
con la repetición de aquestos males;
no se vea otro igual al que se ha visto.
Padre, mirad la cara a vuestro Cristo.

VIII

ENDECHAS

A UNA TRAZA AMOROSA PARA PERFECCIONARSE UN ALMA

Pastor de mi alma,
dulce prisión mía,
escucha la traza
de aquesta cautiva.
Muchos años ha
que paso los días
con mucha aflicción,
penas y fatigas,
por verme que soy
la imperfección misma.
Descuidada en todo,
poco recogida,
y viendo, Señor,

que traigo una vida
llena de defectos,
por extremo tibia,
busqué mi remedio,
procuré mi dicha
en Ti, que eres fuente
y abundante mina
de todo el consuelo
con copia infinita,
si buscar se sabe
con amor y estima.
Acordéme, Amado,
que dado te había
todas mis potencias,
el alma y la vida,
sin que haya cosa
que tenga por mía;
y esta dulce entrega
fué toda mi dicha,
y por estas cosas
que poco valían,
me diste, Señor,
la riqueza misma,
todos los tesoros
y soberanía
que venera el Cielo
y el justo codicia.
Así que ya tengo
tu vida por mía,
lo mismo tu alma

y esencia divina,
y de aquí adelante
diré presumida,
aunque humildemente
y reconocida:
ya tengo yo alma
pura, santa y limpia,
y lo mismo puedo
decir de la vida.
Ya se me ausentó
la que antes tenía,
fea y sin adorno,
pobre y mal vestida;
yo no soy traidora,
falsa ni atrevida,
ni malogro el tiempo
ni digo mentiras,
porque tengo un alma
la cosa más linda,
la más agraciada
y digna de estima,
que es fuerza que a Dios
le agrade y le sirva,
le contente en todo,
que es la mayor dicha (1).

(1) El ms. original de las poesías de sor Marcela se guarda en el convento de Trinitarias de Madrid. Hemos utilizado una copia que existe en la biblioteca de la Real Academia Española.

DOÑA ANA FRANCISCA ABARCA DE BOLEA

Nació en Casbas, pueblo situado en las montañas de Jaca, en el año 1623 o 1624. Fué hija de don Martín Abarca, barón de Siétamo, y doña Ana de Mur; nieta de don Martín Abarca de Bolea, quien publicó en el año 1578 el *Orlando determinado;* hermana del Marqués de Torres, caballerizo de Felipe IV.

A los tres años entró en el convento cisterciense de su lugar, donde profesó muy joven. Desempeñó el cargo de abadesa durante los años 1672 a 1676. En el de 1679 se publicó su libro intitulado *Vigilia y octavario de San Juan,* en cuyo *Prólogo al discreto lector* hay no pocos datos biográficos de doña Ana.

I

LIRAS A UNAS VIRUELAS

Su nombre perdió el mal, Clorinda hermosa,
pues se muestra con vos tan cortesano,
que a vuestra blanca mano

no se atreve a llegar, y es justa cosa
que de su mano aleve
la vuestra no se manche, que es de nieve.
Mostróse a los principios atrevido;
probó a rendiros con mostrarse fuerte;
amenazó con muerte,
mas quedó, conociéndoos, tan rendido,
que en ver vuestra belleza
huye, teme y olvida su fiereza.
Vuestros dos, descansando, hermosos soles
sin duda, de matar cuando miraron,
el calor retiraron,
y sus bellos y alegres arreboles
en flechas convertidos,
hieren su mismo dueño inadvertidos.
Del humor que se exhala de la tierra
se hace la nube condensada, y luego
con arrogancia el fuego
al contrario elemento le hace guerra,
y en vez de darle abrazos,
con rayos a la nube hace pedazos.
Esas que en vos, Clorinda, eran centellas,
si olvido, por pasados, sus rigores,
ocultos resplandores
entre celajes muestran ya de estrellas,
y, aunque lo oculta el velo,
en vuestro cuerpo están como en su cielo,
a vuestro cuerpo de marfil nevado
de lisonja le sirve y hermosea,
si bien a otros afea,

pues es marfil de mármol taraceado,
que el rosicler vistoso
de las viruelas le hace más hermoso.
No se atrevieron, aunque tan osadas,
a vuestro rostro, por no darle enojos,
que de esos bellos ojos
temieron con rigor ser castigadas,
y porque a esa hermosura
pretendella afear fuera locura (1).

II

ROMANCE A UNA FUENTE

Fuente que en círculo breve
presumes de gran caudal,
si tus principios observas
no te precipitarás.
Considera que, mendiga
en diverso mineral,
con anhelos de grandiosa
te nos quieres ostentar.
Rica de bienes ajenos
todos nos dicen que estás,
que usurpas cual poderoso
a los pobres el caudal.
De ambiciosa te calumnian,
mas tú te puedes quejar,

(1) Páginas 160 a 162. Forma parte de la novela *Fin bueno en el mal principio.*

pues ves no te agradecemos
el gran gusto que nos das.
Recién nacida se ofrece
a clausura tu humildad;
no son acciones de niña,
aunque sean en agraz.
Parecímonos las dos;
mas en proseguir está
la fineza, fuente amiga;
no des pasos hacia atrás.
Dicen que envidias te quieren
de esta huerta desterrar,
que hasta en raudales ofende
lo claro de la verdad.
Que eres en todo sabrosa
no hay quien lo pueda dudar,
que fuente en huerta de monjas,
¿quién duda que tendrá sal?
Aunque estás puesta en la pila
no te quieren bautizar
con nombre, más desde hoy
eres fuente del Peral.
Uno guarda tus espaldas,
pero aunque te haga amistad,
es imposible que tú
le dejes de murmurar.
Mas de cosario a cosario
muy poco perdido habrá,
que te la juran sus hojas
con desquite general.

En mí has visto claramente
que te trato la verdad,
siendo más clara que tú,
que no es poco ponderar.
Quédate adiós, que ya es tiempo
de comer y de almorzar,
donde probaré tus aguas
brindando a todo zagal (1).

(1) *Vigilia y octavario de San Juan Baptista. La escribió... Doña Ana Francisca Abarca de Bolea Mur y Castro.*—Zaragoza, 1679.

VIOLANTE DO CEO

Nació en Lisboa, a 30 de mayo de 1601. Fué hija de Manuel da Silveira Montesino y de Elena Franco. Dedicóse al estudio con tal fervor, que llegó a ser versadísima en ciencias, literatura y lenguas. Aunque dotada de excelentes condiciones para la poesía, no pudo sustraerse al mal gusto dominante, y en sus versos se mostró con frecuencia gongorina y afectada. Por uno de esos misterios impenetrables del corazón humano, sin tener vocación religiosa profesó en el convento de la Rosa, Orden de Santo Domingo, en Lisboa, a 29 de de agosto de 1630. Allí hizo casi la misma vida de seglar, recibiendo visitas de personas distinguidas en la sociedad o en la república literaria, y consagrada a sus estudios. Murió a 28 de enero de 1693.

I

ROMANCE

¡Oh! Cesen ya los remedios
que para vivir me aplican,
que quien de celos se muere
no es bien que muriendo viva.

Dejen ya de importunarme
cansadas filosofías,
que nunca males del alma
de Esculapio necesitan.
Deponga las diligencias
quien mi vida solicita,
que apresurarme la muerte
es sólo una muerte viva.
Con la muerte rigurosa
las desdichas se terminan,
que si no es dicha la muerte
es la postrera desdicha.
Vivir con celos y penas
mal se puede llamar vida,
que vida con que se muere
es sólo una muerte viva.
Muera quien amando tanto
mereció tan poca dicha,
que en vez de correspondencias
exprimenta tiranías.
Muera quien idolatrando
la causa más peregrina,
adquirió sólo desdenes
con firmes idolatrías.
Muera quien, siendo constante,
fué tan mal correspondida,
que tributando verdades
adquirió sólo mentiras (1).

(1) *Rimas varias*, pág. 127.

II

QUEJAS A SALICIO

¿Cómo pensaré, Salicio,
que te lastiman mis penas,
si cuando más las conoces
más los alivios me niegas?
¿Cómo tus falsas palabras
juzgaré por verdaderas,
si al fin a tantos engaños
desmienten las evidencias?
Amar, y negar alivios,
son dos razones opuestas,
que piedad y tiranía
nunca corrieron parejas.
Si me confiesas amor,
si adoración me confiesas,
¿cómo descubro delitos
cuando presumo finezas?
Tres veces se murió el día,
tres siglos ha que estoy muerta,
sin que premitas al alma
la gloria de ver tu letra.
¿Qué amor, ingrato, es el tuyo,
si con tan injustas muestras
tiranías ejecutas
cuando prometes clemencias?
U deja de asigurarme
u de maltratarme deja,

que tras esperadas glorias
son más sintidas las penas.
Y si por desconfiarme
tus palabras no respetas,
advierte que mis pesares
son de tu verdad ofensas.
No lo que dices agravies,
no lo que afirmas desmientas,
que al fin con lo que me matas
tu mismo valor afrentas.
U siempre firme me anima,
u cruel me desalienta,
que no es bien que la inconstancia
tanta perfección ofenda.
Mas ¡ay!, que muy bien alcanzo
que son venturas ajenas
tantos favores de burlas,
tantos agravios de veras.
Bien sé que no te permiten
amorosas asistencias
usurpar horas al gusto
para pagar una deuda.
¡Ay! ¡Qué mal hace, Salicio,
quien entre ciertas sospechas
adoraciones publica,
perseverancias ostenta!
Mas ya que tú mismo dices,
entre ficciones discretas,
que enriquece un desdichado
con lo que un dichoso deja,

no niegues a mis desdichas
esta divida riqueza,
que quien lo mucho no alcanza,
con lo que es poco se alegra (1).

III

ROMANCE

Huíd de amor, zagalejas;
huíd si vivir queréis,
que verme morir amando
escarmiento os puedo ser.
No fiéis de sus caricias,
no de sus gustos fiéis,
que cual sirena engañosa
regala para ofender.
Huíd de sus tiranías,
que, disfrazadas, tal vez
áspides son entre flores,
si flores al parecer.
En los tormentos que paso
cerca el ejemplo tenéis;
miradme y veréis, zagalas (2),
este enemigo quién es.
Mirad la tristeza mía
y en ella conoceréis

(1) *Rimas varias*, págs. 174 a 177.
(2) En el original dice *zagales*.

su tirano maltratar,
mi continuo padecer.
Mirad mis lágrimas tristes
y en su corriente veréis
deste tirano lo injusto,
deste traidor lo cruel (1).

(1) *Rimas varias de la madre soror Violante del Cielo.*—Roan, 1646. Págs. 120 y 121.

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

Esta ilustre poetisa (1) nació en 1651 en San Miguel de Nepantla, alquería que dista doce leguas de Méjico, si bien algunos han creído que en Ameca-Ameca, por haber sido allí bautizada. Fueron sus padres don Pedro Manuel de Asbaje, natural de Vergara (Vizcaya), y doña Isabel Ramírez de Cantillana, hija de españoles. Desde sus tiernos años demostró un talento privilegiado y una sed ardiente de aprender. A los tres sabía leer, y a los diez y siete poseía extensos conocimientos de todas las ciencias, como lo demostró en un examen ante los varones más sabios de Méjico. Muy joven entró en el palacio del Marqués de Mancera, virrey de Méjico. Después profesó en el convento de San Jerónimo, acon-

---

(1) La principal fuente biográfica de sor Juana Inés de la Cruz es la aprobación que a las obras de ésta dió el padre Diego Calleja en Madrid a 12 de septiembre de 1689, donde refiere la vida de la *Décima musa*.

sejada por el padre Antonio Núñez, jesuíta. En su celda, que más bien parecía una Academia, tenía una rica biblioteca, y se dedicaba con ahinco al estudio, sobre todo de la poesía; mantenía con los literatos contemporáneos una activa correspondencia; recibía encargo de componer obras dramáticas, y era obsequiada con valiosos regalos. Los primeros escritos que imprimió fueron unos *Ejercicios devotos para los nueve días antes de la Purísima Concepción,* y unos *Ofrecimientos para el Santo Rosario;* varios villancicos suyos se publicaron en los años 1677 a 1688, pero fué sin el consentimiento de la autora. Cuando el Marqués de Mancera se disponía a regresar a España, sor Juana envió a la mujer de éste un tomo de poesías, las cuales salieron a luz en el año 1689, con el extravagante título de *Inundación Castálida.* En el de 1690 se imprimió la impugnación del sermón de las finezas de Cristo, predicado por el padre Antonio Vieyra; en ella demuestra nuestra poetisa la inmensa erudición que poseía. El Obispo de la Puebla dió a esta refutación el título de *Carta Athenagórica,* y puso al frente de ella una carta suya con el seudónimo de *Filotea de la Cruz;* en las siguientes ediciones es denominada: *Crisis sobre un sermón de un orador grande entre los mayores.* Sor Juana, en sus últimos años, movida por las exhortaciones del padre Antonio Núñez, vendió sus libros y se dedicó a la oración y al recogimiento. Murió a 17

de abril del año 1695, acometida de una epidemia que hizo estragos en la ciudad.

Es imposible negar que sor Juana tuvo facultades poéticas extraordinarias, pues, si bien es cierto que participó del mal gusto reinante en la época, acertó a sobreponerse a él en muchas ocasiones y componer versos llenos de fuego, versos en que late una pasión no soñada ni fingida, sino real, como de quien había vivido en el palacio del virrey Mancera rodeada de amadores. El conceptismo que los afea en ocasiones no obsta para que varias de sus composiciones sean de las que siempre se leen con placer, y merezcan figurar entre las piezas selectas de la literatura castellana (1).

---

(1) *Invndacion Castalida de la vnica poetisa, mvsa Dezima, Soror Jvana Ines de la Cruz, Religiosa professa en el Monasterio de San Geronimo de la Imperial Ciudad de Mexico. Qve en varios metros, idiomas y estilos, Fertiliza varios assumptos: con elegantes, svtiles, claros, ingeniosos, vtiles versos: para enseñanza, recreo, y admiracion. Dedicalos a la Excelentissima Señora Doña Maria Luisa Gonçaga Manrique de Lara, Condesa de Paredes, Marquesa de la Laguna, y los saca a luz D. Juan Camacho Gayna, cavallero del Orden de Santiago.*—En Madrid. Por Juan Garcia Infanzon. Año de 1689.

Segundo tomo de las Obras de soror Juana Ines de la Cruz, monja professa en el monasterio del Señor San Geronimo de la ciudad de Mexico... Impresso en Barcelona, por Joseph Llopis. Año 1693.

Cnf. Menéndez y Pelayo, *Antología de poetas hispano-*

I

SONETO

CELEBRA A UN GRADUADO DE DOCTOR

Vista tus hombros el verdor lozano,
joven, con que tu ciencia te laurea,
y puesto en ello dignamente sea
índice de tus méritos ufano.
Corone tu discurso soberano
la que blanda tus sienes lisonjea,
insignia literaria, en quien se emplea
el flamante sepulcro de un gusano.
¡Oh, qué enseñanza llevan escondida
honrosos los halagos de tu suerte
donde despierta la atención dormida!
Pues ese verde honor, si bien se advierte,
mientras más brinda gustos a la vida,
más ofrece recuerdos a la muerte.

---

americanos, t. I, págs. LXVI a LXXV. Francisco Pimentel, *Historia crítica de la poesía en México*. México, 1892. Págs. 235 a 287.

Pimentel cree que las composiciones amorosas de sor Juana Inés no responden a desengaños verdaderos; trátase únicamente de retórica más ó menos artificial.

Es notable en todos conceptos la monografía que recientemente ha consagrado a sor Juana el distinguido literato mexicano don Amado Nervo, con el título de *Juana de Asbaje* (Madrid, 1910).

II

SONETO

EN QUE DA MORAL CENSURA A UNA ROSA
Y EN ELLA A SUS SEMEJANTES

Rosa divina, que en gentil cultura
eres con tu fragante sutileza
magisterio purpúreo en la belleza,
enseñanza nevada a la hermosura.
Amago de la humana arquitectura,
ejemplo de la vana gentileza,
en cuyo ser unió naturaleza
la cuna alegre y triste sepultura.
¡Cuán altiva en tu pompa presumida
soberbia, el riesgo de morir desdeñas,
y luego, desmayada y encogida,
de tu caduco ser das mustias señas!
Con que, con docta muerte y necia vida,
viviendo engañas y muriendo enseñas.

III

SONETO

QUE CONSUELA UN CELOSO, EPILOGANDO LA SERIE
DE LOS AMORES

Amor empieza por desasosiego,
solicitud, ardores y desvelos;
crece con riesgo, lances y recelos,
susténtase de llantos y de ruego.

Doctrínanle tibiezas y despego,
conserva el ser entre engañosos velos,
hasta que con agravios o con celos
apaga con sus lágrimas su fuego;
su principio, su medio y fin es éste:
pues ¿por qué, Alcino, sientes el desvío
de Celia, que otro tiempo bien te quiso?
¿Qué razón hay de que dolor te cueste?
Pues no te engañó amor, Alcino mío,
sino que llegó ya el término preciso.

IV

SONETO

EN QUE SATISFACE UN RECELO CON LA RETÓRICA DEL LLANTO

Esta tarde, mi bien, cuando te hablaba,
como en tu rostro y tus acciones vía
que con palabras no te persuadía,
que el corazón me vieses deseaba:
y amor, que mis intentos ayudaba,
venció lo que imposible parecía,
pues entre el llanto que el dolor vertía
el corazón deshecho destilaba.
Baste ya de rigores, mi bien, baste;
no te atormenten más celos tiranos,
ni el vil recelo tu quietud contraste
con sombras necias, con indicios vanos;
pues ya en líquido humor viste y tocaste
mi corazón deshecho entre tus manos.

V

SONETO

DE UNA REFLEXIÓN CUERDA CON QUE MITIGA EL DOLOR DE UNA PASIÓN

Con el dolor de la mortal herida
de un agravio de amor me lamentaba,
y por ver si la muerte se llegaba
procuraba que fuese más crecida.
Toda en el mal el alma divertida,
pena por pena su dolor sumaba,
y en cada circunstancia ponderaba
que sobraban mil muertes a una vida.
Y cuando al golpe de uno y otro tiro
rendido el corazón daba, penoso,
señas de dar el último suspiro,
no sé con qué destino prodigioso
volví en mi acuerdo y dije: ¿Qué me admiro?
¿Quién en amor ha sido más dichoso?

VI

SONETO

QUE CONTIENE UNA FANTASÍA CONTENTA CON AMOR DECENTE

Detente, sombra de mi bien esquivo,
imagen del hechizo que más quiero,
bella ilusión, por quien alegre muero,
dulce ficción, por quien penoso vivo.

Si al imán de tus gracias atractivo
sirve mi pecho de obediente acero,
¿para qué me enamoras lisonjero,
si has de burlarme luego fugitivo?
Mas blasonar no puedes satisfecho
de que triunfa de mí tu tiranía;
que aunque dejas burlado el lado estrecho,
que tu forma fantástica ceñía,
poco importa burlar brazos y pecho
si te labra prisión mi fantasía.

VII

SONETO

QUE DA MEDIO PARA AMAR SIN MUCHA PENA

Yo no puedo tenerte ni dejarte,
ni sé por qué al dejarte o al tenerte
se encuentra un no sé qué para quererte,
y muchos sí sé qué para olvidarte.
Pues ni quieres dejarme ni enmendarte,
yo templaré mi corazón de suerte
que la mitad se incline a aborrecerte,
aunque la otra mitad se incline a amarte;
si ello es fuerza querernos, haya modo,
que es morir el estar siempre riñendo;
no se hable más en celo ni en sospecha,
y quien da la mitad no quiera el todo;
y cuando me la estás allá haciendo,
sabe que estoy haciendo la deshecha.

VIII

LIRAS

QUE EXPRESAN SENTIMIENTOS DE AUSENTE

Amado dueño mío,
escucha un rato mis cansadas quejas,
pues del viento las fío,
que breve las conduzca a tus orejas,
si no se desvanece el triste acento,
como mis esperanzas, en el viento.
Oyeme con los ojos,
ya que están tan distantes los oídos
y de ausentes enojos
en ecos de mi pluma mis gemidos,
y ya que a ti no llega mi voz ruda,
óyeme sordo, pues me quejo muda.
Si del campo te agradas,
goza de sus frescuras venturosas,
sin que aquestas cansadas
lágrimas te detengan enfadosas;
que en él verás, si atento te entretienes,
ejemplo de mis males y mis bienes.
Si al arroyo parlero
ves, galán de las flores en el prado,
que amante y lisonjero
a cuantas mira intima su cuidado,
en su corriente mi dolor te avisa
que a costa de mi llanto tiene risa.

Si ves que triste llora
su esperanza marchita, en ramo verde
tórtola gemidora,
en él y en ella mi dolor te acuerde
que imitan con verdor y con lamento,
él mi esperanza, y ella mi tormento.
Si la flor delicada,
si la peña, que altiva no consiente
del tiempo ser hollada,
ambas me imitan, aunque variamente,
ya con fragilidad, ya con dureza,
mi dicha aquélla, y ésta mi firmeza.
Si ves el ciervo herido
que baja por el monte acelerado,
buscando, dolorido,
alivio al mal en un arroyo helado,
y sediento al cristal se precipita,
no en el alivio, en el dolor me imita.
Si la liebre encogida
huye medrosa de los galgos fieros,
y por salvar la vida
no deja estampa de los pies ligeros,
tal mi esperanza en dudas y recelos
se ve acosada de villanos celos.
Si ves el cielo claro,
tal es la sencillez del alma mía;
y, si de luz avaro,
de tinieblas emboza el claro día,
es con su oscuridad y su inclemencia
imagen de mi vida en esta ausencia.

Así que, Fabio amado,
saber puedes mis males sin costarte
la noticia cuidado,
pues puedes de los campos informarte,
y pues yo a todo mi dolor ajusto,
saber mi pena sin dejar tu gusto.
Mas ¿cuándo ¡ay, gloria mía!
mereceré gozar tu luz serena?
¿Cuándo llegará el día
que pongas dulce fin a tanta pena?
¿Cuándo veré tus ojos, dulce encanto,
y de los míos quitarás el llanto?
¿Cuándo tu voz sonora
herirá mis oídos delicada,
y el alma, que te adora,
de inundación de gozos anegada,
a recibirte con amante prisa
saldrá a los ojos desatada en risa?
¿Cuándo tu luz hermosa
revestirá de gloria mis sentidos,
y cuándo yo dichosa
mis suspiros daré por bien perdidos,
teniendo en poco el precio de mi llanto,
que tanto ha de penar quien goza tanto?
¿Cuándo de tu apacible
rostro alegre veré el semblante afable
y aquel bien indecible,
a toda humana pluma inexplicable?
Que mal se ceñirá a lo difinido
lo que no cabe en todo lo sentido.

Ven, pues, mi prenda amada,
que ya fallece mi cansada vida
de esta ausencia pesada.
Ven, pues, que mientras tarda tu venida,
aunque me cueste su verdor enojos,
regaré mi esperanza con mis ojos.

IX

LIRAS

QUE DAN ENCARECIDA SATISFACCIÓN A UNOS CELOS

Pues estoy condenada,
Fabio, a la muerte, por decreto tuyo,
y la sentencia airada
ni la apelo, resisto, ni la huyo,
óyeme, que no hay reo tan culpado
a quien el confesor le sea negado.
Porque te han informado,
dices, de que mi pecho te ha ofendido,
me has, fiero, condenado,
y pueden en tu pecho endurecido
más la noticia incierta, que no es ciencia,
que de tantas verdades la experiencia.
Si a otros crédito has dado,
Fabio, ¿por qué a tus ojos se lo niegas?
y el sentido trocado,
de la ley, al cordel mi cuello entregas,
pues liberal me amplías los rigores
y avaro me restringes los favores.

Si a otros ojos he visto,
mátenme, Fabio, tus airados ojos:
si a otro cariño asisto,
asístanme implacables tus enojos,
y si otro amor del tuyo me divierte,
tú, que has sido mi vida, me des muerte.
Si a otro alegre he mirado,
nunca alegre me mires ni te vea;
si le hablé con agrado,
eterno desagrado en ti posea,
y si otro amor inquieta mi sentido,
sáquesme el alma tú, que mi alma has sido.
Mas supuesto que muero
sin resistir a mi infelice suerte,
que me des sólo quiero
licencia de que escoja yo mi muerte;
deja la muerte a mi elección medida,
pues en la tuya pongo yo la vida.
No muera de rigores,
Fabio, cuando morir de amores puedo;
pues con morir de amores
tú acreditado y yo bien puesta quedo;
que morir por amor no es de culpada;
no es menos muerte, pero es más honrada.
Perdón, en fin, te pido
de las muchas ofensas que te he hecho
en haberte querido;
que ofensas son, pues son a tu despecho,
y con razón te ofendes de mi trato,
pues que yo con quererte te hago ingrato.

X

REDONDILLAS

EN QUE DESCRIBE RACIONALMENTE LOS EFECTOS IRRACIONALES DEL AMOR

Este amoroso tormento
que en mi corazón se ve
sé que lo siento, y no sé
la causa porque lo siento.
Siento una grave agonía
por lograr un devaneo,
que empieza como deseo
y pára en melancolía.
Y cuando con más terneza
mi infeliz estado lloro,
sé que estoy triste e ignoro
la causa de mi tristeza.
Siento un anhelo tirano
por la ocasión a que aspiro,
y cuando cerca la miro
yo misma aparto la mano.
Porque si acaso se ofrece
después de tanto desvelo,
la desazona el recelo
o el susto la desvanece.
Y si alguna vez sin susto
consigo tal posesión
que cualquier leve ocasión
me malogra todo el gusto.

siento mal del mismo bien
con receloso temor,
y me obliga el mismo amor
tal vez a mostrar desdén.
Cualquier leve ocasión labra
en mi pecho de manera
que el que imposibles venciera
se irrita de una palabra.
Con poca causa ofendida
suelo en mitad de mi amor
negar un leve favor
a quien le diera la vida.
Ya sufrida, ya irritada,
con contrarias penas lucho;
que por él sufriré mucho
y con él sufriré nada.
No sé en qué lógica cabe
el que tal cuestión se pruebe,
que por él lo grave es leve
y con él lo leve es grave.
Sin bastantes fundamentos
forman mis tristes cuidados
de conceptos engañados
un monte de sentimientos.
Y en aquel fiero conjunto
halla, cuando se derriba,
que aquella máquina altiva
sólo estribaba en un punto.
Tal vez el dolor me engaña
y presumo, sin razón,

que no habrá satisfacción
que pueda templar mi saña.
Y cuando a averiguar llego
el agravio por que riño,
es como espanto de niño
que pára en burlas y juego.
Y aunque el desengaño toco,
con la misma pena lucho
de ver que padezco mucho
padeciendo por tan poco.
A vengarse se abalanza
tal vez el alma ofendida,
y después, arrepentida,
tomo de mí otra venganza.
Y si al desdén satisfago
es con tan ambiguo error,
que yo pienso que es rigor
y se remata en halago.
Hasta el labio desatento
suele, equívoco tal vez,
por usar de la altivez,
encontrar el rendimiento.
Cuando por soñada culpa
con más enojo me incito,
yo le acrimino el delito
y le busco la disculpa.
No huyo el mal ni busco el bien,
porque en mi confuso error,
ni me asegura el amor,
ni me despecha el desdén.

En mi ciego devaneo,
bien hallada con mi engaño,
solícito el desengaño
y no encontrarlo deseo.
Si alguno mis quejas oye,
más a decirlas me obliga
porque me las contradiga,
que no porque las apoye.
Porque si con la pasión,
algo contra mi amor digo,
es mi mayor enemigo
quien me concede razón.
Y si acaso en mi provecho
hallo la razón propicia,
me embaraza la justicia
y ando cediendo el derecho.
Nunca hallo gusto cumplido,
porque entre alivio y dolor
hallo culpa en el amor
y disculpa en el olvido.
Esto de mi pena dura
es algo del dolor fiero,
y mucho más no refiero
porque pasa de locura.
Si acaso me contradigo
en este confuso error,
aquel que tuviere amor
entenderá lo que digo.

XI

OTRA LETRA

Afuera, afuera, ansias mías,
no el respeto se embarace,
que es lisonja de la pena
perder el miedo a los males.
Salga el dolor a las voces
si quiere mostrar lo grande,
y acredite lo insufrible
con no poder ocultarse.
Salgan signos a la boca
de lo que el corazón arde,
que nadie creerá el incendio
si el humo no da señales.
No a impedir el grito sea
el miramiento bastante;
que no es amor muy valiente
que no quebranta la cárcel.
El que su cuidado estima
sus sentimientos no calle,
que es agravio del motivo
no hacer del dolor alarde.
Mayor es que yo mi pena,
y esto supuesto, más fácil
será que ella a mí me venza
que no que yo en ella mande.

XII

ROMANCE

CON QUE EN SENTIDOS AFECTOS PRELUDE AL DOLOR DE UNA AUSENCIA

Ya que para despedirme,
dulce, idolatrado dueño,
ni me da licencia el llanto
ni me da lugar el tiempo,
háblente los tristes rasgos,
entre lastimosos ecos
de mi triste pluma, nunca
con más justa causa negros.
Y aun ésta te hablará torpe
con las lágrimas que vierto,
porque va borrando el agua
lo que va dictando el fuego.
Hablar me impiden mis ojos,
y es que se anticipan ellos,
viendo lo que he de decirte,
a decírtelo primero.
Oye la elocuencia muda
que hay en mi dolor, sirviendo
los suspiros de palabras,
las lágrimas de conceptos.
Mira la fiera borrasca
que pasa en el mar del pecho,
donde zozobran turbados
mil confusos pensamientos.

Mira cómo ya el vivir
me sirve de afán grosero,
que se avergüenza la vida
de durarme tanto tiempo.
Mira la muerte que esquiva
huye porque la deseo,
que aun la muerte, si es buscada,
se quiere subir de precio.
Mira cómo el cuerpo amante,
rendido a tanto tormento,
siendo en lo demás cadáver
sólo en el sentir es cuerpo.
Mira cómo el alma misma
aún teme en su ser exento
que quiera el dolor violar
la inmunidad de lo eterno.
En lágrimas y suspiros,
alma y corazón a un tiempo,
aquél se convierte en agua
y ésta se resuelve en viento.
Ya no me sirve de vida
esta vida que poseo,
sino de condición sola
necesaria al sentimiento.
Mas ¿por qué gasto razones
en contar mi pena, y dejo
de decir lo que es preciso
por decir lo que estás viendo?
En fin, te vas... ¡Ay de mí!
dudosamente lo pienso;

pues, si es verdad, no estoy viva,
y si viva, no lo creo.
¿Posible es que ha de haber día
tan infausto, tan funesto,
en que sin ver yo las tuyas
esparza sus luces Febo?
¿Posible es que ha de llegar
el rigor a tan severo,
que no ha de darle tu vista
a mis pesares aliento?
¿Que no he de ver tu semblante,
que no he de escuchar tus ecos,
que no he de gozar tus brazos
ni me ha de animar tu aliento?
¡Ay, mi bien; ay, prenda mía,
dulce fin de mis deseos!
¿Por qué me llevas el alma,
dejándome el sentimiento?
Mira que es contradicción
que no cabe en un sujeto
tanta muerte en una vida,
tanto dolor en un muerto.
Mas ya que es preciso ¡ay triste!,
en mi infelice suceso,
ni vivir con la esperanza
ni morir con el tormento,
dame algún consuelo tú
en el dolor que padezco,
y quien en el suyo muere,
viva siquiera en tu pecho.

No te olvides que te adoro,
y sírvante de recuerdo
las finezas que me debes,
si no las prendas que tengo.
Acuérdate que mi amor,
haciendo gala del riesgo,
sólo por atropellarlo
se alegraba de tenerlo.
Y si mi amor no es bastante,
el tuyo mismo te acuerdo,
que no es poco empeño haber
empezado ya en empeño.
Acuérdate, señor mío,
de tus nobles juramentos,
y lo que juró tu boca
no lo desmientan tus hechos.
Y perdona si en temer
mi agravio, mi bien, te ofendo;
que no es dolor el dolor
que se contiene en lo atento.
Y adiós, que con el ahogo
que me embarga los alientos,
ni sé ya lo que te digo
ni lo que te escribo leo.

XIII

SONETO

EFECTOS MUY PENOSOS DE AMOR Y QUE NO POR GRANDES IGUALAN CON LAS PRENDAS DE QUIEN LOS CAUSA

¿Vesme, Alcino, que atada a la cadena
de amor, paso en sus hierros aherrojada
mísera esclavitud, desesperada,
de libertad y de consuelo ajena?
¿Ves de dolor y angustia el alma llena,
de tan fieros tormentos lastimada,
y entre las vivas llamas abrasada
juzgarse por indigna de su pena?
¿Vesme seguir sin alma un desatino,
que yo misma condeno por extraño?
¿Vesme derramar sangre en el camino
siguiendo los vestigios de un engaño?
Muy admirado estás. Pues ¿ves, Alcino?
más merece la causa de mi daño.

XIV

LIRAS

EXPRESA EL SENTIMIENTO QUE PADECE UNA MUJER AMANTE DE SU MARIDO MUERTO

A estos peñascos rudos,
mudos testigos del dolor que siento,

que sólo siendo mudos
pudiera yo fiarles mi tormento,
si acaso de mis penas lo terrible
no infunde lengua y voz en lo insensible,
quiero contar mis males,
si es que yo sé los males de que muero;
pues son mis penas tales,
que, si contarlas por alivio quiero,
le son una con otra atropellada,
dogal a la garganta, al pecho espada.
No envidio dicha ajena,
que el mal eterno que en mi pecho lidia
hace incapaz mi pena
de que pueda tener tan alta envidia:
es tan mísero estado en el que peno,
que como dicha envidio el mal ajeno.
No pienso yo si hay glorias,
porque estoy de pensarlo tan distante,
que, aun las dulces memorias
de mi pasado bien, tan ignorante
las mira de mi mal el desengaño,
que ignoro si fué bien y sé que es daño.
Esténse allá en su esfera
los dichosos, que es cosa en mi sentido
tan remota, tan fuera
de mi imaginación, que sólo mido
entre lo que padecen los mortales
lo que distan sus males de mis males.
¡Quién tan dichosa fuera
que de un agravio indigno se quejara!

¡Quién un desdén llorara!
¡Quién un alto imposible pretendiera!
¡Quién llegara de ausencia o de mudanza
casi a perder de vista la esperanza!
¡Quién en ajenos brazos
viera a su sueño y con dolor rabioso
se arrancara a pedazos
del pecho ardiente el corazón celoso,
pues fuera menor mal que mis desvelos
el infierno insufrible de los celos!
Pues todos estos males
tienen consuelo o tienen esperanza,
y los más son iguales,
solicitan o animan la venganza,
y sólo de mi fiero mal se aleja
la esperanza, venganza, alivio y queja.
Porque ¿a quién sino al Cielo,
que me robó mi dulce prenda amada,
podrá mi desconsuelo
dar sacrílega queja destemplada?
Y él, con sordas rectísimas orejas,
a cuenta de blasfemias pondrá quejas.
Ni Fabio fué grosero,
ni ingrato, ni traidor; antes amante
con pecho verdadero.
Nadie fué más leal ni más constante;
nadie más fino supo en sus acciones
finezas añadir a obligaciones.
Sólo el Cielo envidioso
mi esposo me quitó; la Parca dura

con ceño riguroso
fué sólo autor de tanta desventura.
¡Oh Cielo riguroso, oh triste suerte,
que tantas muertes das con una muerte!
¡Ay dulce dueño amado!
¿Para qué te vi yo? ¿Por qué te quise,
y por qué tu cuidado
me hizo con las venturas infelice?
¡Oh dicha fementida y lisonjera,
quién tus amargos fines conociera!
¿Qué vida es esta mía
que rebelde resiste a dolor tanto?
¿Por qué necia porfía,
y en las amargas fuentes de mi llanto
atenuada, no acaba de extinguirse,
si no puede en mi fuego consumirse?

XV

ENDECHAS

EXPRESA, AÚN CON EXPRESIONES MÁS VIVAS, EL MISMO ASUNTO

Agora que conmigo
sola en este retrete
por pena o por alivio
permite amor que quede.
Agora, pues, que hurtada
estoy un rato breve
de la atención de tantos
ojos impertinentes,

salgan del pecho, salgan
en lágrimas ardientes
las represadas penas
de mis ansias crueles.
Afuera ceremonias
de atenciones corteses,
alivios afectados,
consuelos aparentes.
Salga el dolor de madre
y rompa vuestras puentes
del raudal de mi llanto
el rápido torrente.
En exhalados rayos
salgan confusamente
suspiros que me abrasen,
lágrimas que me aneguen.
Corran de sangre pura
que mi corazón vierte,
de mis perennes ojos
las dolorosas fuentes.
Dé voces mi dolor
que empañen, indecentes,
esos espejos puros
de la esfera celeste.
Publique con los gritos
que ya sufrir no puede
del tormento inhumano
las cuerdas inclementes.
Ceda al amor el juicio
y con extremos muestre

que es sólo de mi pecho
el duro presidente.
En fin, ¡murió mi esposo!
Pues ¿cómo indignamente
yo la suya pronuncio
sin pronunciar mi muerte?
¿El sin vida, y yo animo
este compuesto débil?
¿Yo con voz y el difunto?
¿Yo viva cuando él muere?
No es posible; sin duda
que con mi amor, aleves,
o la pena me engaña
o la vida me miente.
Si él era mi alma y vida,
¿cómo podrá creerse
que sin alma me anime,
que sin vida me aliente?
¿Quién conserva mi vida
o de adónde le viene
aire con que respire
calor que la fomente?
Sin duda que es mi amor
el que mi pecho enciende
estas señas que en mí
parecen de viviente.
Y como en un madero
que abrasa el fuego ardiente
nos parece que luce
lo mismo que padece;

y cuando el vegetable
humor en él perece,
nos parece que vive,
y no es sino que muere,
así yo en las mortales
ansias que el alma siente,
me animo con las mismas
congojas de la muerte.
¡Oh! ¡De una vez acabe,
y no cobardemente;
por resistirme de una,
muera de tantas veces!
¡Oh! ¡Caiga sobre mí
la esfera transparente,
desplomados del polo
sus diamantinos ejes!
¡Oh! ¡El centro en sus cavernas
me preste oscuro albergue,
cubriendo mis desdichas
la máquina terrestre!
O el mar entre sus ondas
sepultada me entregue
por mísero alimento
a sus voraces peces.
Niegue el sol a mis ojos
sus rayos refulgentes,
y el aire a mis suspiros
el necesario ambiente.
Cúbrame eterna noche,
y el siempre oscuro Lete

borre mi nombre infausto
del pecho de las gentes.
  Mas ¡ay de mí! que todas
las criaturas, crueles,
solicitan que viva
porque gustan que pene.
  Pues ¿qué espero? Mis propias
penas de mí me venguen,
y a mi garganta sirvan
de funestos cordeles,
  diciendo con mi ejemplo
a quien mis penas viere:
aquí murió una vida
porque un amor viviese.

XVI

SONETO

PROSIGUE EN SU PESAR Y DICE QUE AUN NO QUISIERA ABORRECER TAN INDIGNO SUJETO, POR NO TENERLE ASÍ AÚN CERCA DEL CORAZÓN

Silvio, yo te aborrezco y aun condeno
el que estés de esta suerte en mi sentido,
que infama el hierro al escorpión herido
y a quien lo huella mancha inmundo el cieno.
  Eres como el mortífero veneno
que daña a quien lo vierte inadvertido,
y en fin, eres tan malo y fementido
que aun para aborrecido no eres bueno.

Tu aspecto vil a mi memoria ofrezco,
aunque con susto me lo contradice,
por darme yo la pena que merezco;
pues cuando considero lo que hice,
no sólo a ti, corrida, te aborrezco,
pero a mí por el tiempo que te quise.

DOÑA CATALINA FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA

Religiosa en el convento de Sancti Spiritus, de Alcaraz.

AL DESHACERSE LA MADRE JUANA INÉS DE LA CRUZ DE SUS LIBROS Y SOCORRER CON SU PRECIO A LOS POBRES

SONETO

De cuatro mil volúmenes sabidos
es esta sepultura librería,
dentro los dicta una pavesa fría,
todos a un desengaño resumidos.
El desengaño es que de entendidos
acercaron al dueño el postrer día;
mas vida eterna de los mismos fía
a limosnas de pobres reducidos.
Saquemos desto que es la ciencia vana
fiebre del juicio y frenesí del labio,
pues fué sin ella más discreta Juana.

Y del perdido estudio en desagravio
practiquemos, que en esta escuela humana
quien sabe amar a Dios sólo es el sabio (1).

(1) *Fama, y obras posthumas del Fénix de Mexico, décima Musa, poetisa americana, sor Juana Inés de la Cruz.*—Madrid. En la Imprenta de Manuel Ruiz de Murga. Año 1700.

MARIA JACINTA DE ABOGADER Y MENDOZA

DÉCIMAS AL CORTARSE EL CABELLO LA MADRE JUANA INÉS DE LA CRUZ

Crece con altos descuellos
esta mujer singular,
tomando para estudiar
la ocasión de los cabellos.
Parca de sus rizos bellos
corta la madêja tierna:
¡digna acción de quien gobierna
su discurso a mejor suerte,
dar a los cabellos muerte
por adquirir fama eterna!
La raya que considera
hasta dónde la limita,
es al impulso que incita
estadio de su carrera.
Corren la prescrita esfera
los cabellos rubicundos;

Julia, con ecos fecundos
que dulcemente respira,
hiriendo su acorde lira,
tiene corridos dos mundos.
Por adquirir tanta gloria
cercena el pomposo vicio,
que si es de memoria indicio
perpetua deja memoria.
Y por que sea notoria
con más crecidos aumentos,
advirtiendo violentos
estos adornos profanos,
cambió pensamientos vanos
a divinos pensamientos.
Con la falta del cabello
pierde las fuerzas Sansón,
y de nuestra Julia son
más activas con perdello.
Sansón de un prodigio bello
padece humanas violencias;
Julia, de las sacras ciencias;
con que en varios instrumentos,
aquél canta sentimientos
y ésta doctas influencias (1).

(1) *Fama, y obras posthumas del Fenix de Mexico, decima Musa, poetisa americana, Sor Juana Ines de la Cruz.*—Madrid: En la Imprenta de Manuel Ruiz de Murga. Año 1700.

DOÑA SILVIA MONTESER

SONETO A SAN JUAN DE DIOS

¿Qué buriles, qué plumas, qué pinceles
en láminas, en rasgos, en colores,
de dos virtudes ínclitos honores
decir podrán, aunque se muestren fieles?
Consigue una, en las ansias más crueles,
ser de María consuelo en sus dolores;
merece otra, en los últimos ardores,
fortuna que eterniza sus laureles.
De esta y aquella dicha las victorias
semejante una y otra las venero,
ambas gozando eternos los pensiles.
¿Qué mucho, pues, a vista de esta gloria
no basten, no, según las considero,
ni plumas, ni pinceles, ni buriles? (1).

---

(1) *Justa literaria, certamen poetico... en la solemne quanto deseada canonizacion del Pasmo de la Caridad, San Juan de Dios.*—Madrid. Impr. de Bernardo de Villadiego. Año de MDCLXXXXII. Pág. 103.

SOR CATALINA DE JESÚS Y SAN FRANCISCO

Nació en la villa de Santorcaz a principios de abril del año 1639. Fueron sus padres Bartolomé García, natural de Anchuelo, y Catalina Fernández. Huérfana a los pocos años, vivió en Alcalá con una tía suya, y apenas cumplió los quince se casó con don Juan Bernique, médico valenciano, quien luego ejerció su profesión en Trillo, Loranca y Torrejón de Ardoz. Viuda ya en el año 1661, pasado algún tiempo recibió el hábito de Tercera de San Francisco. En 1671 fundó en Alcalá un colegio para doncellas pobres. Falleció a 7 de noviembre de 1677. Hijo y biógrafo suyo fué fray Juan Bernique.

SUMERGIDA EN UN ABISMO DE MELANCOLÍAS, TRISTEZAS Y DESOLACIONES DE ESPÍRITU, PARA ANIMARSE A LA CONFIANZA EN DIOS Y ALIENTO DE SU INTERIOR

Corazón, que en desalientos,
sin poder batir las alas
ni atender a tu Dios, mueres
al eco de mis palabras.

¿Quién causa tu caimiento?
¿Dónde tu valor se halla,
y aquella esperanza firme
que en otro tiempo gozabas?
¿Dónde está tu libertad?
¿Quién la tiene aprisionada?
La que de Padre te alienta
en esclavitud te arrastra.
En Dios hay misericordia
y de juez no hallaste nada;
sus finezas lo confirman,
cuando tú eras más ingrata.
Ea, vuelve, arde y suspira
y muere en aquella llama
que en otro tiempo el amor
con fomentos levantaba.
Muere y descansa; muriendo
y aumentando tu esperanza,
podrás imitar al fénix
que de ti mesma renazcas.
No vuelvas a la prisión;
vuela, camina y descansa
en confianza y amor,
que son tus mejores alas (1).

(1) *Idea de perfeccion, y virtudes. Vida de la V. M. y sierva de Dios Catalina de Iesus y San Francisco... Escrita por el padre Iuan Bernique.* — En Alcalá. Por Francisco Fernández. Año de 1693.

DOÑA ISABEL CORREA

Poetisa judía, celebrada por su erudición, que fué notable, pues supo las lenguas griega, latina, francesa, italiana y castellana, y conocía a la maravilla los autores clásicos.

Estuvo casada con don Nicolás de Oliver y Fullana, caballero mallorquín, sargento mayor en la guerra de Cataluña, y coronel de Infantería al servicio de Holanda contra Francia; éste, acaso por descender de judíos, se circuncidó y tomó el nombre de Daniel Judá, lo cual no le impidió gozar de la protección de Carlos II, a quien ofrecía casi todos los años un opúsculo de los que escribía sobre asuntos muy diversos; redactó gran parte de la Geografía Blaviana, rotulada *Atlas del Mundo,* vasta compilación que se publicó en Amsterdam en los años 1659 a 1672 y consta de diez volúmenes. Doña Isabel, aunque nació, según parece, en Lisboa, residió la mayor parte de su vida en Amsterdam, donde asistía a la academia poética fundada por don Manuel de

Belmonte, y tuvo grande amistad con el poeta Miguel de Barrios (1).

En el Archivo Histórico Nacional se conserva un proceso contra Justa Correa, descendiente de judíos portugueses y vecina de Pastrana (Guadalajara), donde ejercía el oficio de estanquera del tabaco. Con ella vivía, en 1680, una sobrina suya, llamada Isabel Correa, soltera, quien ignoramos si fué o no personaje distinto de la poetisa.

El Pastor Fido fué traducido al castellano, antes que por doña Isabel, por Cristóbal Suárez de Figueroa, quien modificó tanto su versión en la edición del año 1609, que hizo pensar a los señores Gayangos y Vedia, en su traducción de Ticknor (III, 543 y 544), si el autor de ambas era el mismo o persona distinta.

Las versiones de Figueroa son más fáciles y elegantes que la de doña Isabel, quien sigue con más fidelidad el texto original.

FRAGMENTO DE "EL PASTOR FIDO"

¡Oh!, bella edad dorada,
cuando era del mundo, infante tierno,
cebo la leche, y cuna el bosque arbusto;

(1) De Miguel o Daniel Leví de Barrios trata Menéndez y Pelayo en su *Historia de los heterodoxos españoles*, t. II, págs. 617 y 618.

donde el seno materno
de la res, abrigaba descuidada
y libre el recental, sin algún susto;
cuando el agreste hierro, no limado
de la malicia, en su primer estado,
aun no temía el mundo,
ni pensamiento inmundo
de la razón cubría el sol hermoso,
que agora tenebroso
con sombras de mortíferos errores
ofusca de su luz los resplandores;
ni en destierro de grado
no iba instimulado
de su codicia errante peregrino,
a extraña tierra, el mar turbando el pino.
Aquel soberbio y vano,
aquel inútil, frívolo sujeto,
de engaño y ambición monstruo tirano,
honor del vulgo insano,
indignamente dicho noble afeto,
aun no tiranizaba en tanta calma
entonces libre, a nuestra pobre alma;
no eran descuidados
nuestros cuidados, no, de los cuidados
que a la conciencia tiran sus arpones;
de verdaderos gustos y pasiones
nacían exquisitos,
siempre reglados nuestros apetitos.
La fe por ley pasaba,
el alma bien nacida procuraba

que sin tantos respetos,
con cándidos afetos,
aquélla fuese en guarda
de santa honestidad, sencilla guarda.
Entonces con lisura de inocencia
al prado y a la linfa
de ledo arroyo, en pies de la decencia
el pastor con la ninfa
en varios caracoles se alegraba
al son de la pizarra que alternaba.
Entonces, himeneos de la hermosa
boca cogía (cuanto vergonzosa)
casto el beso gracioso,
más dulce, más tenaz y más sabroso.
Uno solo gozaba, nada esquiva
de amor la rosa viva,
pero el que robado, por lascivo,
hallaba siempre esquivo,
fiero desdén en la beldad venusta,
en lago o selva arbusta.
Un solo nombre era contraído
de amante y de marido,
cuanto agora distinto
en esta edad, vicioso laberinto.
¡Oh siglo! Río en cuanto
con tu inmunda corriente impetuosa
el bien del alma santo
nos arrancaste, tórbida y viciosa,
enseñando a nutrir, inexorable,
la sed de los deseos insaciable.

Tu insidia, simulada,
cual red astuta en nudos enlazada,
a quien celan las flores,
de su griega canción bellos primores.
Tal el pecado encubres
de impúdicas acciones cuando cubres
los lascivos intentos, estimando
que el cauto parecer esté pasando
plaza de la bondad, virtud que exalta
y que a nosotros conocer nos falta.
Y nada se te da, y aun juzgas honra
á la misma deshonra,
como el hurto de amor, apetecido
en su misma maldad, quede escondido.
Mas, tú, espíritu egregio,
en nuestros pechos forma
vero honor, de alma grande don precioso
¡oh! rector del que, regio,
tanto dosel y cetro grave informa,
cuanto le aplaude al mundo poderoso.
Ven a ilustrar aquesta
árida playa de virtud honesta,
pues su ámbito en vicios condensado,
sin ti no puede ser beatificado.
Con tu estímulo santo,
concita a la que deja en daño tanto
voluntad de seguirte castamente,
torciendo el rumbo de la antigua gente.
Esperemos que el mal término haga,
con la esperanza fiel que nos halaga;

aguardemos que venga el sol cadente,
fénix a renacer en el Oriente,
pues cuando el cielo menos luz fulmina
más el día esperado se avecina (1).

(1) *El Pastor Fido, poema de Baptista Guarino. Traducido de Italiano en metro Español y illustrado con reflexiones por doña Isabel Correa.* En Amsterdam, Por Juan Ravenstein. Año M. DC. XCIV.

DOÑA GREGORIA FRANCISCA DE SALAZAR

CANCIÓN

Ya que oriental ocaso luminoso,
como alba, como fénix, renacida,
entre uno y otro resplandor te advierte;
ya que el Cielo traslada hoy al glorioso
búcaro racional la dulce vida,
¡oh Virgen bella, que vertió la muerte!,
intenta que se inserte
tu hermosura en su luz, pues trono alado
las angélicas plumas componiendo,
hoy te compulsan, te remontan, siendo
gracia el original, gloria el traslado;
copia siendo tan propia,
que en lo fecundo aún repitió el ser copia.
Sube al Cielo veloz, siendo el humano
primero polvo que a la luz se entrega,
que plumas calza y que hasta el sol las tiende,
cuyo encarnado resplandor ufano
ilumina los orbes donde llega,

purpurea las alas con que asciende
el sol, pues te pretende
tornasolar la púrpura al ropaje,
y al modo que hacia Edom la deidad pura
vió elevar su sangrienta vestidura,
escondiendo la luz en el celaje,
así de gracia lleno
la gloria te doró el purpúreo seno.
Sube, pues, y no el oro de tu frente
le debas al zafir, sino a la humana
divina luz, que te previno aurora,
bien así como él, cuyo luciente
madrugador indicio a la mañana
los rosicleres que lo anuncian dora;
desde aquella fiel hora,
siendo ya reina, siendo ya palacio,
gloriosa te aclamó uno y otro polo,
pues la humana deidad en ti, no sólo
la frente iluminó, sino el espacio,
porque fuese tu vuelo
del Cielo gloria y de la patria cielo.
"¿Quién es ésta que asciende a la eminencia?"
pregunta ciego; y le responde mudo:
"Hoy el Cielo al zafir, a quien prefieres."
Callando habló, pues sólo la elocuencia
inexplicable del silencio pudo
hallar el modo de decir quién eres.
¡Oh, qué bien sellar quieres
los labios y las plumas en tu historia!,
pues no hay inmensa voz que a medir baste

si no es la de la gracia que te hallaste
junto a Dios, la medida de tu gloria;
pero ¿cómo el zafiro
intenta que hoy la luz incluya al giro?
Empero, ¡oh canción!, cuantos
vuelos fiaste á la atrevida pluma
suspende, porque no al subir presuma
que le abrasen de gloria incendios tantos,
ni presuma al bajar que su eficacia
aneguen tantos piélagos de gracia (1).

(1) *Coronada historia, descripcion laureada, del mysterioso Genesis, y principio Augusto de... la milagrosa Imagen de Maria Santissima de Gracia desta Nobilissima Ciudad de Granada. Por el R. Padre Fray Juan de la Natividad.*—En Granada, en la Imprenta Real, por Francisco de Ochoa. Año de 1697. Págs. 218 y 219.

SOR MARIANA SALLENT

Nació en Borja en el año 1665. Fueron sus padres don Francisco Sallent, médico de aquella población y doña Catalina Trasobares. En 1675 tomó el hábito de Santa Clara en el convento de religiosas de Borja, y profesó acabado el noviciado. Fué elegida Abadesa más adelante y tuvo fama de virtuosa. Una hermana suya, llamada Teresa, vivió en el mismo convento. Falleció en el año 1703.

I

A SANTA CLARA

Extática madre mía,
sagrado, hermoso embeleso
del afán de mis amores,
del imán de mis deseos.

Tranquilo, profundo, alegre
piélago, donde el afecto
funda en los mismos peligros
la inmunidad de los riesgos.
Embarcación peregrina
que al són de plácidos vientos
duerme en las cándidas velas
la fatiga de los remos.
Enigma dichoso, a cuyo
tierno corazón vinieron,
ancho el mar de la bonanza,
y el de la tormenta estrecho.
Primavera, en cuyo verde
confín, el Favonio lento
pimpollos peina, que nunca
desgreña enojado el cierzo.
Bella azucena del valle
que entre rosados bostezos
fragante saluda al sol
el ámbar de tus alientos.
Rubia coronada espiga,
que al montón dorado, terso,
de tus trojes, viene a ser
el orbe angosto granero.
Oliva especiosa, a cuyo
luciente licor debieron
prudentes lámparas, claros,
inextinguibles incendios.
Frondosa vid, que de opimos
fértiles sacros sarmientos,

vino de vírgenes puras
rinde en lagares eternos.
Rico vaso, a cuyo limpio
cristal confiesan sin ceño,
ya sus envidias el Ganges,
ya sus olvidos el Hermo.
Pájaro noble, que al dulce
pico le ofreces por cebo
jazmín, cuya planta inundan
perlas de amoroso riego.
Risco firme, en cuyo largo,
grande, heroico sufrimiento,
jamás le volvió el suspiro
tristes alivios el eco.
Filomena, que enamoras
el jardín en cualquier tiempo;
si cantas, con tu dulzura;
si callas, con tu silencio.
Parque donde cada flor
da al Esposo, en dosel fresco,
alfombras para el coturno,
coronas para el cabello.
Inclita, feliz Atlante,
a cuya mano el Supremo
augusto Señor le fía
la esfera de sus imperios.
Aguila, cuyos castizos,
claros, sublimes polluelos,
con lince pestaña cuentan
los rayos al mejor Febo.

Seráfica luz, en cuya
flamante hoguera pretendo
que ardan de mi amor los cortos,
tibios, humildes inciensos...

II

MÍSTICOS AFECTOS DE SANTA CLARA

Suavísimamente herida
del alto garzón flechero,
sacrificaba en deliquios
lo que gozaba en silencios.
Y postrada a la razón
de tan dulces sentimientos,
examinaban sus ansias
la duda de sus afectos.
¿Qué afecto es éste, decía,
que lo entiendo y no lo entiendo?
Peno, y parece que gozo;
gozo, y parece que peno.
¿Qué ardor abrasa del frío
corazón la esfera, siendo
del mismo ardor el ardor,
la llama y el refrigerio?
¿Qué es esto que en mí produce
tristes y alegres extremos?
Tormentos en lo que logro,
glorias en lo que padezco.

¿Qué achaque es éste que deja
tan desairado el remedio,
que con la dolencia sano,
con la medicina muero?
¿Qué fuego es éste que arde
al contrario de otros fuegos,
pues con suspiros lo apago
y con lágrimas lo enciendo?
¿Qué mal es éste que tiene
de bien tantos privilegios,
que con él endulzo todo
lo que sin él adolezco?
¿Qué suave volcán es éste,
en cuya piedad encuentro
templado búcaro al labio
la llama con que me quemo?
Yo fabrico mi dolor
del mismo bien que poseo,
pues tengo aquello que lloro,
y lloro aquello que tengo.
Yo del arpón las heridas
tanto temo y reverencio,
que de las flechas me animo,
y de las flechas me altero.
Yo elijo quejarme, y callo,
pareciéndome que ofendo
con el rumor de la queja
los altares del respeto.
Yo quiero callar, y en dulces
quejas prorrumpo, entendiendo

que lisonjea a la aljaba
el dolor con que me quejo... (1).

(1) *Vida de nvestra Seráfica Madre Santa Clara. Que escrivía sor Mariana Sallent, Monja profesa en el Religiosíssimo convento de Santa Clara de la Ciudad de Borja. Dedicada al Santo Christo del Coro del mismo Convento.*—En Zaragoza, por Domingo Gascón. Año 1700.

DOÑA JUANA JOSEFA DE MENESES

CONDESA DE ERICEIRA

Nació en Lisboa en 17 de septiembre de 1651. Fué su padre don Fernando de Meneses, segundo conde de Ericeira. Recibió una educación esmerada. El padre Antonio de Mello le enseñó Humanidades. Contrajo matrimonio con su tío, don Luis de Meneses, autor de la *Historia de Portugal restaurado,* y fué madre de don Francisco Javier de Meneses, quien llegó a ser Teniente general del ejército portugués y se distinguió como escritor, pues, además de la *Henriqueida,* compuso otras obras en prosa y verso. Protegieron mucho a doña Juana la reina de Inglaterra, doña Catalina, tía de Juan V de Portugal. Habiendo ésta, en su viudez, regresado a su patria, la nombró su Camarera mayor. Los últimos años de su vida los pasó aquejada de perlesía y de otras enfermedades. Murió a 26 de agosto de 1709.

VANIDAD DE LAS COSAS DEL MUNDO

¿Qué es de los Reyes, donde la corona
un siglo existe, veinte lustros dura,
si el tiempo, que las vidas no perdona,
encubre a muchos aún la sepultura?
La muerte, que sus timbres abandona,
trofeos hurta siempre a la ventura;
pues ¿qué serán del tiempo en vituperios
los Reyes, si aun acaban los imperios?

El que a la dicha en hado peregrino
de la fortuna el patrocinio alcanza,
y por sellar del bien el descamino
con verde piedra cuenta su esperanza,
no contrastó de un infeliz destino
último fin, que aun cuando en mar bonanza,
no pudo (o sacrificio fuese, o voto)
el hilo de la red más que el de Cloto.

La hermosura, lisonja apetecida,
flor adulada al viso de una aurora
que en la blancura de una tez bruñida
un purpúreo arrebol blando colora,
del cabello y los ojos presumida,
en oro, en luz, en su hemisferio dora,
del tiempo y de lo frágil de su suerte
aun la vida se acaba sin la muerte.

El Filis, presunción imaginaria,
hipócrita beldad que el garbo ostenta,
hallando siempre la razón contraria,
sólo de negaciones se alimenta.

Varia naturaleza, copia varia
de vanidad, que agrados representa,
escarmentada por su propio daño,
empezando ignorancia, acaba engaño.
¡Cuántas, ya de la Fábula o la Historia,
bellas y sabias, merecieron dinas
los templos, donde ofrece la memoria
culto a las perfecciones peregrinas!
Y en lo inconstante de una vanagloria
ceden estimaciones a rüinas,
que en aplausos del mundo fementido
es la memoria de hoy, mañana olvido.
¿Dónde bellezas, dónde presunciones
que al mundo hicieron repetida guerra
y fueron ultrajando otros blasones,
llanto del mar, estrago de la tierra,
hoy se esconden, si apenas los borrones
de su fama en olvido el polvo encierra,
y sólo deja su retrato escrito
en voz del desengaño o del delito?
El valor, que en aplausos generosos
con acciones heroicas se acredita,
y erigiendo trofeos victoriosos
al orbe vastos ámbitos limita,
¿es más que una venganza, que en furiosos
vislumbres de la cólera se excita?
Y sólo se distingue, si lo adviertes,
muerte que se compone de otras muertes.
Que el polvo que en victorias esparcido
vuela en fama ruidosa en voz extraña

y en monumento al mundo construído,
debe a la Historia aplausos de una hazaña,
gimiendo dice que en eterno olvido
otro polvo le cubre, otra campaña,
no reparando, de poder desnudos,
la espada yerros, golpes los escudos.
¿Qué se hicieron de héroes eminentes
a que el orbe tembló, la Historia aclama,
trofeos nobles, triunfos excelentes,
que en el clarín sonaron de la Fama?
Volaron sin laureles permanentes,
cúbrelos del ciprés funesta rama,
que graba de la tierra en lo profundo
que a quien mundos faltaban faltó el mundo.

.....

Lo que pasó no vuelve, y la futura,
tímida, incierta, frágil esperanza,
aun cuando para dichas se apresura,
seguridad en ellas nunca alcanza,
y volando la pena o la ventura
con veloz giro, rápida mudanza,
iguala con sus términos fatales
bienes que son, a los que fueron males.
La instable rueda que á elevada planta
erige pedestal, base construye,
rápida mueve, altiva se adelanta
a hacer penalidad, gloria que influye.
Nunca dura aquel bien que alegre canta,
que en cláusulas del llanto sustituye

con el triste gemido, donde aúna
quejas el Tiempo, estragos la Fortuna.

.....

A nadie perdonó del tiempo duro,
sordo martillo, que con golpe incierto
ínclita torre, sublimado muro
deshace en silencioso desconcierto.
Nadie de albor que amaneció, seguro
se debe prometer esplendor cierto,
que, indiferente, al pobre o al monarca
devana el hilo el huso de la Parca.

Pasará el tiempo, llegarán los días
en que el Cielo fulmine por señales
de último fin a locas osadías
desquicios de los ejes celestiales.
Temblará el mundo al ver cenizas frías
reproducir cadáveres fatales
que encuentren, de su pena en las querellas,
a incendio de dolor, llanto de estrellas (1).

---

(1) *Despertador del alma, al sueño de la vida. En voz de un advertido desengaño...* En Lisboa.—M. DC. XCV.

SOR ANA DE SAN JOAQUIN

Sor Ana de San Joaquín nació en Villafranca (Navarra), en julio de 1668. Fueron sus padres don Juan Ximénez de Maquiriain, secretario en Roma del Marqués de Heliche, y doña Antonia Martínez de Sarasa. A 16 de abril de 1697 tomó el hábito del Carmen en el convento de Santa Ana, de Tarazona. Murió a 19 de marzo del año 1731.

I

GLOSA

Muda elocuencia de amor
halla el pecho en su fatiga
para que el afecto diga
la expresión de su dolor.
Así facundo el rigor
de mi corazón herido,
toda en ansias me liquido
cuando tu Deidad ausente
sólo la digo elocuente
con un continuo gemido.

Imán de mi amor tu cielo
me trae en dulce violencia,
atormentando la ausencia
la actividad de mi anhelo;
afanada en el desvelo,
pegado al polvo mi rostro,
amante humilde me postro,
protestando en mis sollozos
que sólo en eternos gozos
anhelo ver vuestro rostro.

¡Oh! ¡Si el invierno erizado
de este rigor se pasase,
y la voz dulce escuchase
la tórtola de su Amado!
Pero si amor, retirado,
aún mi tormento consiente,
dejad, Señor, que lamente
tanta ausencia, pues lo mismo
será mirar al abismo
que a vuestra tórtola ausente.

Al recordar tu belleza
mi corazón se derrama,
líquida cera, a la llama
de vuestra ardiente fineza;
del quebranto a la grandeza
ni aun leve suspiro ahorro,
pues del estadio que corro
de inefable sentimiento,
para aliviar el tormento
sólo el gemir es socorro.

II

OTRAS

Del divino amor herida
un alma en cierta ocasión,
aumentar quiso la llaga
renovando su dolor.
Queriendo quejarse, calla,
mal versada en la expresión,
e impugnando su silencio
la hizo versista el Amor.
Atenta a su dulce Dueño,
de ausente penas le dió,
hallando en su misma pena
prendas de su posesión.
Su pan, de día y de noche,
ansias y gemidos son,
descansando en el penar
de su amorosa pasión.
Con sosegada inquietud,
sedienta por más dolor,
ni de arriba, ni de abajo,
nada quiere sino amor.
En esta dulce violencia
sólo le aflige, ¡ay dolor!,
los riesgos de que algún yerro
temple tan dichoso ardor.
Aquí suspendió la Musa,
y en acorde oposición,

subiendo el amor de punto,
consonancia hizo el temor.

III

COPLAS

Yo soy la serranita
que de mirar al sol
sus rayos me pusieron
trigueño mi color.
Mas ¿cómo, mi Dios,
estoy en tinieblas
sintiendo tu ardor?
La ausencia de mi Amado
herida me dejó,
y aunque jamás le he visto
el alma me robó.
Por muerta me doy,
pues sin poseerle
ya no vivo yo.
Sabiendo que me ama
sin término su amor,
le busco cuidadosa
en su misma pasión.
Aquí es mi dolor,
que pena de muerte
le costó mi amor.
Llegóse a mí una ciega
y a fe me aseguró

con un cuerpo de Cristo
que en un disfraz le vió.
Sin duda, Señor,
andáis con rebozos
porque os hallé yo.
Un cierto amigo suyo
lo mismo confirmó
y admirando el exceso,
un *verbum caro* echó.
Y es admiración
durmiendo descubra
las trazas de un Dios.
Creyendo sus palabras
como la fe de Dios
llegué a dar en el blanco
objeto de mi amor.
Aquí presa estoy,
libertad no quiero,
que esto busco yo (1).

(1) *Vida exemplar y doctrinal de la Venerable Madre Ana de S. Joaquin, Religiosa Carmelita Descalza en el Convento Religiosissimo de Santa Ana de la ciudad de Tarazona. Escrita por el padre Buenabentura de Arevalo Carmelita Observante.*—En Pamplona, en Oficina de Joseph Joachin Martinez. Año de 1736.

SOR GREGORIA FRANCISCA DE SANTA TERESA

Nació en Sevilla a 9 de marzo de 1653. Fueron sus padres don Diego García de la Parra, bachiller en Jurisprudencia, y doña Francisca Antonia Queinoge, hija de flamencos, y de aquel matrimonio nacieron diez hijos. Uno de ellos, Marcos, entró en el Carmen, y también su hermana Ursula. Lo mismo hizo Gregoria a los quince años, tomando el hábito en el convento de Sevilla, donde obtuvo los cargos de Priora y Maestra de novicias.

Según dice Torres Villarroel, aprendió latín sin haber estudiado Gramática, sólo por gracia divina.

En el año 1706 salió a fundar un monasterio de su Orden en la Puente de Don Gonzalo, el cual rigió algún tiempo. Volvió a su patria, donde murió santamente a 27 de abril de 1736. Escribió su biografía, farragosa como todas las de

aquella época, el extravante don Diego de Torres Villarroel (1).

El Marqués de Válmar ha escrito de sor Gregoria:

"Se distingue por la exaltación mística. Todas las impresiones de la vida cobran en su ánimo un carácter intenso de espiritualidad y amor divino... Y lo singular es que su afán de morir, aunque vivo y profundo, nada tiene de amargo y de sombrío. No emana del desaliento de la vida, ni de los tormentos del desengaño; es el ansia de subir a la mansión beatífica de los justos, de gozar de la presencia de Dios sin velo y sin distancia." (2)

Menéndez y Pelayo formuló su juicio en estas palabras:

---

(1) *Vida exemplar, virtudes heroicas, y singulares recibos de la V. Madre Gregoria Francisca de Santa Theresa, Carmelita Descalza, en el convento de Sevilla: en el siglo Doña Gregoria Francisca de la Parra Queinoge. Escrita por el Doct. Don Diego de Torres Villarroel de el Gremio, y claustro de la Universidad de Salamanca, y su Cathedrático de Mathemáticas, &c. Quien lo dedica á las... Madres Carmelitas descalzas de dicha ciudad.*—En Salamanca: En la Imprenta de la Santa Cruz, por Antonio Villarroel y Torres, s. a.

La dedicatoria fechada a 6 de diciembre de 1738.

Un vol. en 4.º de 452 págs., con el retrato de sor Gregoria Francisca.

(2) *Poetas líricos del siglo XVIII*, t. I, pág. XXII. (*Biblioteca de Autores Españoles*; t. LXI).

"Hermanos de tales versos [de Marcela de San Félix] se dirían los de la sevillana sor Gregoria de Santa Teresa, por más que falleciera en 1735. Era una alma del siglo XVI, y ni del prosaísmo del suyo ni del conceptismo del anterior hay apenas huellas en sus romances, tiernos y sencillos." (1)

I

MÁNDALE A UNA ALMA RESISTA A DIOS, Y SE QUEJA AMOROSAMENTE

¡Rigorosa obediencia!,
precepto casi impío,
que por guardar mi vida
me priva de la vida con que vivo.
¿Cómo podré apartarme
de el único bien mío
que es alma de mi alma
y centro venturoso donde animo?
Que no piense, me mandan,
¡oh rigor excesivo!,
en quien es dulce dueño
de mi ser, mis potencias y albedrío.
De quien de mis potencias
tiene todo el dominio,

(1) *De la Poesía mística*, pág. 64. (*Estudios de crítica literaria*.—Madrid, [illegible])

¿cómo podré alejarme,
si toda mi alma tiene allá en sí mismo?
Proposición muy dura
para mi afecto fino,
que a finezas amantes
responda con tibiezas y desvíos.
Si el conservar mi vida
es el fin y el motivo,
mi más dichoso fin
serán de amor desmayos y deliquios.
Feliz fuera mi suerte
si, tirano divino,
a impulsos de su brazo
cortase de mi vida el débil hilo.
Mas ¡ay!, que la obediencia
a que me sacrifico,
en nueva lid guerrea
contra mi afecto y sentimiento mismo.
Obedecer pretendo,
mas como es infinito
el objeto que adoro,
salir no puedo de su inmenso abismo.
Procuro divertirme,
y cuanto veo y miro
es incentivo al alma
y es nuevo fervor a los sentidos.
Y zozobrando amante,
me veo en el conflicto
de hacerle resistencia
a la fuerza y poder el más activo.

A cuyo fuerte imperio,
a cuyo brazo invicto,
se estremecen los montes
y se rinden los altos obeliscos.
Pues ¿cómo podré yo,
pobre, vil gusanillo,
negarme al amor fuerte
de tan sabio y robusto poderío?

II

LA PASTORCILLA

Una humilde pastorcilla
esta mañana salió
a la soledad de un monte
en busca de su pastor.
—Querido amante, le dice,
¿cómo es posible, señor,
que viva yo con alivio
estando ausente de vos?
Ablándente, pastor mío,
las lágrimas con que hoy
en aquesta soledad
os busca mi corazón.
Y pues me le habéis herido
con las saetas de amor,
no despreciéis mis gemidos,
dad alivio a mi dolor.
Estando con estas ansias
el amoroso pastor,

que gustoso la escuchaba,
de esta manera le habló:
—Amada y querida esposa,
no me he ausentado, no, no;
ocultéme para ver
la firmeza de tu amor.

III

EL PAJARILLO

Celos me da un pajarillo
que remontándose al Cielo
tanto en sí mismo se excede
que deja burlado el viento.
Enamorado del sol,
sus plumas bate ligero,
y escalando el aire bajo
toca la región del fuego.
¡Oh, quién imitar pudiera,
juguete hermoso del viento,
de tu natural impulso
el acelerado vuelo!
Mi amor ansioso te sigue
con impacientes afectos,
que es dura prisión del alma
la cárcel triste del cuerpo.
Del sol más supremo soy
mariposa, en cuyo incendio
deseo abrasarme cuando
sus luces, amante, bebo.

Avecilla soy en jaula
que al ver del sol los reflejos,
son sus gorjeos endechas,
son sus trinados lamentos.
Envidio tu libertad
y abrasándome tus celos
quisiera ser salamandra
para vivir en tu fuego.
Los rayos del sol divino
hieren en mi amante pecho,
siendo halago en la prisión
lo que en la prisión tormento.
Vuelas feliz, pajarillo,
cuando yo presa me quedo,
y viendo que al Cielo subes
me llevas el alma al Cielo.
Por amante y por cautiva
dos veces, presa, padezco;
¡oh, quién quebrantar pudiera
de las cadenas el hierro!
¡Quién de aqueste lazo débil
deshiciera el nudo estrecho
y con más ardiente impulso
te excediera en el empeño!
Ese luminar celeste
es de tu amor el objeto,
que simplemente te eleva
negado el conocimiento.
Mas yo, que conozco y amo
sol de mayor hemisferio,

formo de mis ansias plumas,
y de mis suspiros vuelos.
En lo inmenso de sus luces,
cuanto más miro me anego,
que en golfos de claridad
se absorbe el entendimiento.
Sus lucientes resplandores
me excitan rápido vuelo,
y detiéneme la liga
del vital unido aliento.
¡Oh tú, que con blandas plumas
giras el vago elemento!
Sube más alto si puedes
y serás mi mensajero.
Darás de mis tristes penas
un amoroso recuerdo
a la luz inaccesible
del Sol de justicia eterno.
Dile que sus resplandores
me tienen de amor muriendo,
porque a la luz de mi fe
descubro sus rayos bellos.
Que en ellos me engolfo tanto
cuanto en ellos más me ciego;
que es gloria quedar vencida
del imposible a que anhelo.
Dile que de mí se duela,
que rompa el vital aliento,
que desate las prisiones
de tan dilatado tiempo.

Que el mirarle por resquicios
es del amor más tormento,
pues al herirme sus rayos
más me abraso y más me quemo.
Que del todo los descubra
corriendo el cándido velo,
para que lo goce el alma
del todo y al descubierto.
Pajarillo, si de amor
has gustado los efectos,
lastímate de mis ansias,
duélete de mis tormentos.
Mi libertad solicita
con mi dulce amante dueño,
y de tus alas me presta
plumas que vuelen al centro.
Salga de esta dura cárcel,
de este largo cautiverio,
donde triste gimo y lloro
mi prolongado destierro.
Donde, advirtiendo tu dicha,
tan infeliz te contemplo
cuanto es mi amor impaciente
y más divino mi objeto.

IV

EL AMOR DIVINO

Aquel profundo abismo
del Sumo Bien que adoro,

donde el alma se engolfa
y es su dicha mayor el irse a fondo;
aquella luz divina
que en arrebol forzoso
ilumina y abrasa,
purfica, aniquila y causo gozo;
aquel aire delgado,
silbo blando, amoroso,
que el corazón penetra
y la mente levanta a unirse al todo;
aquel bien que en sí mismo
por soberano modo,
con infinito exceso
es del alma el objeto más hermoso;
aquella luz inmensa,
aquel divino soplo,
cuanto a Sí más me une
menos alcanza mi ignorancia el cómo.
En este, pues, inmenso
piélago en que me gozo,
cuando más sumergida,
menos penetro y más y más me engolfo.
Perdida mi memoria,
mi entendimiento absorto,
mi voluntad se rinde
y dulcemente en mar de amor zozobro.
El alma desfallece,
y en agone dichoso
en cada aliento aspira,
y aspira a entrarse en centro más glorioso.

En suspensión suave,
en desmayo amoroso,
sentidos y potencias
se pierden y se ganan en Dios sólo.

V

LA ZAGALEJA

Cuando alegre el alba ríe,
una amante zagaleja
llora en aquel arrayal
y tiernamente se queja.
Suspiros exhala ardientes
entre amorosas endechas,
que penetrando los cielos
enternecen las estrellas.
Por las fuentes de sus ojos
aquestos ecos resuenan,
llevando el compás el llanto
y el contrapunto la pena.
¡Ay de mí, que mi destierro
se dilata y atormenta,
juzgando ser imposible
de gozar mi amada prenda!
Al gusto toda insensible
sólo me asisten tristezas,
soledades me acompañan
y lágrimas me alimentan.
En Babilonia cautiva,
lloro con lágrimas tiernas

la ausencia de mi querido
y de mi patria la ausencia.
¡Oh, mi Dios! ¡Oh gloria mía!
Vea de este rostro, vea
esta alma que os adora,
la alegría sempiterna.
Mis gemidos amorosos
a vuestros oídos sean
aceptos; mirad, Amado,
que desfallecen de fuerzas.
Aquí, exhalando un suspiro,
con abundancia de perlas,
siendo dogal el dolor,
rinda el aliento a la pena.
Reclinada sobre un tronco
y cesando las querellas
en un silencio hablador
al mar de amor dió las velas (1).

(1) *Vida exemplar, virtudes heroicas, y singulares recibos de la V. Madre Gregoria Francisca de Santa Theresa, Carmelita Descalza, en el convento de Sevilla: en el siglo Doña Gregoria Francisca de la Parra Quenoge. Escrita por el Doct. Don Diego de Torres Villarroel.*—En Salamanca: En la Imprenta de la Santa Cruz, por Antonio Villarroel y Torres. Sin año. La Dedicatoria fechada a 6 de diciembre de 1738.

DOÑA JUANA TERESA DE NORONHA

SONETO EN ELOGIO DE SOR MAGDALENA GLORIA

Lusitana Minerva, el aplaudirte
en el deseo cabe y no en el arte,
pues ¿quién ha dignamente de loarte,
si vence nuestra esfera el definirte?
Si el ponderarte, lauros es ceñirte (1)
y es ofenderte, en fin, el imitarte,
desempeñe la deuda de alabarte
la suspensión dulcísima de oirte.
A cuantas heroínas hoy aclama
la antigua tradición, la nueva historia
hoy todas calla y a ti sola aclama;
pues fénix digna de inmortal memoria
tu bella pluma en alas de la Fama,
si de un sexo es envidia, al otro es gloria (2).

---

(1) En el original: *Si al ponderarte, de lauros es ceñirte.*

(2) *Brados do desengano contra o profundo sono do esquecimento. Por Leonarda Gil da Gama.*—Lisboa, MDCCXXXIX.

SOR MAGDALENA EUFEMIA DA GLORIA

Nació en Cintra a 11 de mayo de 1672, y profesó en el convento de la Esperanza, en Lisboa, Orden de San Francisco, a 25 de marzo de 1688. Escribió sus obras con el seudónimo de Leonarda Gil da Gama. Ignórase la fecha de su muerte; sólo consta que vivía aún en el año 1759.

I

ROMANCE

Este infierno en que se abrasa
corazón, vida y sosiego,
y más en llamas se enciende
cuanto más se abrasa en hielos,
bien se ve que son celos
que a inquietudes fulminan
iras, ceños.
Esta encendida pasión,
frenético ardor violento
que da de pesar mil siglos
en un instante de acuerdo,
bien se ve que son celos

que en suspiros arrojan
rayos, truenos.
Esta abrasadora llama
que miré dichoso un tiempo
para que hoy llore en estragos
lo que he reído en extremos,
bien se ve que son celos;
desaciertan y atinan,
linces ciegos.
Esta olvidada memoria,
este dormido desvelo,
desdén que todo es cariño,
rencor que todo es afecto,
bien se ve que son celos
que enfurecen, desmayan
vidas, pechos.
Este huir de lo que vivo
y buscar lo de que muero,
decir y callar la queja,
arder y helarme el incendio,
bien se ve que son celos
que rabiosos inquietan
gustos, sueños.
Esta enfurecida rabia,
este ar[illegible]cido ruego,
valor [illegible] odo es desmayo,
ira [illegible] aliento,
bien se ve que son celos
que ar[illegible]man e irritan
blandos, fieros.

Este no querer y amar,
este aborrecer queriendo,
este huir lo que suspiro,
este suspirar huyendo,
bien se ve que son celos
que adormecen y alteran
mares, vientos.
Tanto ardor, tanto morir,
tanto durar padeciendo,
todo pena, nada gusto,
nada gloria, todo infierno,
bien se ve que son celos
que en el alma me encienden
chispas, fuegos.

II

ENDECHAS

Amada soledad,
que en mi triste fatiga,
en vuestros verdes troncos
hallé mi compañía.
Aquí de mis pesares
llegué tan combatida,
que sólo del dolor
el dolor mantenía.
En esta verde estancia,
sola, triste, afligida,
a las voces del llanto
el eco respondía.

De mis tiernos suspiros
el aire se lastima,
volviéndolos al pecho
que suspirar suspira.
De mis tristes sollozos
la fuente competida,
con mi llanto apostaba
cuál más veloz corría.
La fiera más tirana
hallé tan compasiva,
que de mirarme triste
también se entristecía.
De vuestro rudo albergue
hoy mi suerte enemiga
me aparta, porque parta
una vida sin vida.
A lidiar con el hado
el hado me destina.
¡Ay de aquella infeliz
que en las dichas peligra!
Adiós, que ya me aparta
tirana mi desdicha,
de un mal que era remedio,
de un bien que era mentira.
En esta dura ausencia
el corazón anima
aliento que es desmayo
de un sosiego que es ira.

III

ROMANCE

Ya desengañado muero
de mi engañosa fortuna,
que mentirme tantas veces
es desengañarme muchas.
Sin alivio el corazón,
el alma casi difunta,
de que se enmiende mi suerte
es la esperanza locura.
A los golpes del dolor
mi vida rendir procura
un bien que no persevera,
un mal que nunca se muda.
Si miro en cristal deshecho
esa fuentecilla pura
que ablanda en líquida plata
a la piedra más robusta,
le digo a mis tristes ansias:
"Esa que alegre te escucha,
riendo de mi dolor,
de mi esperanza se burla."
Si ese arroyo fugitivo,
que entre la verde espesura
las vanidades de plata
entre esmeraldas sepulta
en presurosa corriente,
retratando mi ventura,

me avisa un tiempo que vuela,
me muestra un bien que me asusta.
Si en ese estrellado globo
siempre contra mí madruga
una estrella que se eclipsa
un sol que en sombras se enluta,
duda mi vida, de suerte,
el verse con dicha alguna,
que si alcanzara las dichas,
aun no perdiera las dudas.
En esta confusión triste
en que el corazón fluctúa,
siento una vida que mata,
lloro una muerte que dura.

IV

SONETO

Morir y arder disimulando el fuego,
vivir llorando el alma vacilante;
al bien y al mal el corazón constante,
entre sentir y amar no hallar sosiego.
Vivo el dolor y enmudecido el ruego,
aliento y desaliento en un instante,
atropellar firmezas lo inconstante,
mirar la luz para quedar más ciego.
Buscar la vida adonde hallé la muerte,
llegar al puerto y en el golfo hundirme,
hallar quietud del pecho en la fatiga;

si esto llamas amor, ¡oh ingrata suerte!,
a su rigor fatal quiero morirme,
porque mi muerte sus traiciones diga (1).

---

(1) *Brados do desengano contra o profundo sono do esquecimento. Em tres historias exemplares para melhor conhecerse o pouco que duraõ as vaidades do mundo, e o poder das divinas inspiraçoes, escritas por Leonarda Gil da Gama, Natural da Serra de Cintra.*—Lisboa Occidental. Na Officina de Miguel Rodrigues, Impressor do Senhor Patriarca. M. DCC. XXXVI.

SOR ANA DE SAN JERÓNIMO

Fué hija de don Pedro Verdugo y doña Isabel de Castilla, condes de Torre-Palma, vecinos de Granada, y hermana de don Alonso Verdugo, señor de Gor y Embajador de España en Turín. Nació en Madrid, en el año 1696, y desde su niñez manifestó singular afición a la poesía y al estudio. Era muy versada en las literaturas griega, latina, italiana y castellana, y excelente pintora. En 1729 tomó el hábito en el convento de religiosas Franciscas de Granada, donde ingresó contra la voluntad de su familia, y profesó en el año siguiente.

Murió santamente a 11 de noviembre de 1771.

I

EL AMOR SENCILLO

EGLOGA PASTORIL. NISE. BELISA

Aquí, donde el abrazo de estos ríos
en dulces, de cristal lazos sonoros,
me representan viva y tristemente
los que un tiempo formaron nuestros brazos,

aquellos que en los tiernos años míos
ni los pudo romper el rayo ardiente
ni el frío que se siente
venir de aquella sierra
cuando oculta la tierra
el amistoso peso de la nieve
que el sol deshace y este campo bebe;
aquí, pues, lloraré el caso postrero
que a aborrecer me mueve
mi vida y cuanto más amé primero.
Mas ¡oh inconstancia del estado humano!
¡Oh ejemplo el más cruel de sus mudanzas!
Que hoy a llanto y suspiros me conmueve
lo que ayer a cantar sus alabanzas;
esta sierra, estos ríos y este llano,
este refrigerante soplo leve,
fueron por tiempo breve
causa en mí de alegría
cuando este bien partía
con la que ver no me es ya permitido;
mas ello está trocado, o mi sentido;
ni el cielo luz, ni olor tienen las flores,
y quéjanse en el nido
sin armonía ya los ruiseñores.
¿A quién me quejaré de tantos daños?
¿Quién escuchará ya mi queja vana?
A vosotras diré: "Ninfas, volvedme
mi compañera fiel, mi dulce hermana;
o juntando a los vuestros mis clamores,
apresurad mi llanto y deshacedme;

o si no, concededme
que mire su figura
en aquesta agua pura,
que aun a pesar del viento
paró, por no romperla el movimiento;
o a Júpiter pedid que, convertida
en piedra, el sentimiento
cese y con él mi inseparable vida."
Mas parece que todas lastimadas
me decís: "Cesen importunos lloros;
¿tenemos poca parte en tu tormento?
¿Nos ves tejer acaso alegres coros?
Nuestras rubias cabezas despeinadas
están mostrando nuestro sentimiento;
ya llenamos el viento
de quejas bien sentidas,
quedando amortecidas
y muy necesitadas de consuelo;
ya pedimos la causa al duro Cielo;
mira esta tela en que su alegre suerte
labramos con desvelo,
ya ocupada en fierezas de la muerte."
¡Oh, cruel enemiga!, ¡oh, muerte fiera!,
vuélveme, cruda, el bien que me llevaste;
mas ¿cuándo vuelves tú lo que has quitado?
No hay corazón que en este caso baste.
¿Cómo hubo impiedad que tal pudiera?
Bien que en tantas crueldades ensayado
el brazo, acostumbrado
a la impiedad, hubieses

de segar tiernas mieses;
para este golpe que al dolor me entrega,
¿estabas, monstruo horrible, sorda y ciega?
Al despedir la flecha al soberano
pecho, en la infausta brega,
¿más que la cuerda no tembló la mano?
¿Trocaste acaso por desgracia mía
con el niño dios ciego las saetas?
¡Cielos! ¿Y por qué tales perfecciones
a aquesta inadvertida están sujetas?
Perfección tal, que el que por dicha vía
la rara proporción de sus facciones,
todo en admiraciones
suspenso, así exclamaba
a la que yo adoraba:
¡Oh, sola tú, entre todos los humanos!,
obra decente a las divinas manos!,
pues ha querido el Cielo que poseas
cuanto reparte ufano,
vive para dar vida a cuantos veas.
¡Oh cielo, oh suelo, oh sol!, que tantos días
suspensos o envidiosos la mirasteis
sobre esta misma piedra aquí sentada;
¡cuántas veces, suspensos, la escuchasteis
sus palabras, mezcladas con las mías!
Como alegre retoza en la manada
tropa simple y nevada
de nuevos corderillos,
así nuestros sencillos
dulcísimos primeros pensamientos,

riendo su inocencia aguas y vientos,
y yo ansiando lo mismo que gozaba,
su vista y sus concentos,
miraba este cristal; a éste escuchaba.
Cuantas veces su llanto derramaba
la esposa de Titón en sus cabellos,
madrugó a purpurarse en sus mejillas
antes que Apolo se dorase en ellos.
Por medio de las aves la llamaba,
y las embajadoras simplecillas
convidaron a oíllas,
más que por su dulzura,
por la rara ternura
del dulce nombre que de mí aprendieron,
y todas Amarilis repitieron...

II

A LA VENIDA DE LAS SAGRADAS FORMAS ROBADAS DE LA IGLESIA DEL CARMEN DE ALHAMA A ESTE CONVENTO DEL ÁNGEL DE GRANADA

CANCIÓN LIBRE

Señor, ¿que aún hay justicia en las alturas?
¿Tal cosa ves hacer y te estás quedo?
Yo en la forma que puedo
convocaré las tropas celestiales;
¡al arma, al arma!, inteligencias puras;
presto; empuñad los rayos vengadores
que el Príncipe Supremo en su armería

guarda; romped, quebrad esos cristales,
que el tropel justiciero es armonía.
Bajad, batalladores,
a la defensa del mayor Monarca;
mirad, que toca el arca
irreverente mano, mano altiva;
que el arca está captiva;
que el templo roba, que profana el vaso,
que derrama el maná; mil veces muera
el bárbaro tirano,
la descompuesta fiera
que con audacia tanta
en el trono del Rey puso la mano,
en el ara de Dios puso la planta.
Muera; pero ¿qué digo?
hablé yo como yo, y hablé conmigo.
¿Piedras tomo teniendo en el delito
aún más parte quizá que en el conflito?
¿Justicia pido, siendo también reo?
Mejore mi deseo
la fe con que te creo;
Tú, Señor, eres justo, y tus juicios
forzosamente son, como Tú, justos;
armas dignas de Ti son las piedades
en esta nueva edad de las edades.
No me escuches, suspende el duro filo;
obra Tú como Tú, sigue tu estilo,
que aun a los más injustos,
la acción remisa al rayo fulminante,
vence y rinde a poder de beneficios.

Y porque, enternecido, así suceda,
ven donde ya te hospeda
el celo, la piedad, la fe, el deseo.
Ven donde señalado
será tan grande día y venturoso
con el candor más puro y más constante
de este escuadrón glorioso,
nuevamente a tus aras dedicado (1).

(1) *Obras poéticas de la madre sor Ana de San Jerónimo, religiosa profesa del convento del Angel, Franciscas Descalzas de Granada. Recogidas antes, y sacadas a luz después de su muerte, por un apasionado suyo. Con licencia.*—En Córdoba: En la Oficina de Juan Rodríguez. MDCCLXXIII.

ANÓNIMA

I

UNA DAMA ADOPTIVA DE FEBO, Y COMO TAL MEJOR TALÍA, ESCRIBIÓ [EN ELOGIO DE DOÑA MARÍA DEL ROSARIO CEPEDA] LAS SIGUIENTES ENDECHAS REALES

Sabia afrenta del hombre,
docto honor de tu sexo,
corona de tu patria
y prodigio feliz de nuestro tiempo.
Nuevo oprobio de Atenas,
en cuyos años tiernos
se cuentan por minutos
los que son siglos en saber inmenso.
Bello olvido de Safo,
pues con mayor talento
que ella enseñó poesía,
ciencias más altas disputar te vieron.
De la fingida diosa
que Atenas le dió templo

justísimo castigo,
cuando le usurpas el antiguo obsequio.
¿Quién la invocará ahora,
luz del entendimiento,
si en ti deidad más viva
nuestra felicidad ha descubierto?
¿Quién le dará a sus aras
votivos rendimientos
al mirarla excedida
de más discreto soberano objeto?
¿Quién a los siete sabios
admirará portentos,
cuando en tus pocos años
ve adelantados sus antiguos tiempos?
¿Quién habrá que no sea,
con voluntario obsequio,
sacrificio gustoso
de tan glorioso peregrino objeto?
Yo por ti reconozco
espíritu tan nuevo
que hasta ahora me negaron
las nueve hermanas y el luciente Febo.
Siendo mujer que nunca,
a pesar de mi anhelo,
para estudios tan dignos
ni permiso logré ni tuve tiempo,
de tu fama admirada,
llevada de mi afecto,
no pudiendo imitarte,
a celebrarte solamente atiendo.

Bien que es pequeña pluma
para tan arduo empleo,
pues es hoy tu alabanza
asunto de un Virgilio o de un Homero.
Y más cuando ya tantos
cuantos del monte excelso
han pisado la cumbre
te han tributado con dichoso afecto.
Con todo, confiada
que admitirás, espero,
este papel por parto
de fino amor, que no de entendimiento.
Y sigue felizmente,
para glorioso ejemplo,
que despierte en algunas
triste pesar del mal gastado tiempo.
Sigue en la confianza
que a tu estudioso esmero
aun la mordaz envidia
laureles teje al escupir veneno.
Sigue alegre y segura,
pues con dichoso acierto
no caerá en distracciones
quien tan bien sabe aprovechar el tiempo.
Vive, deidad, exenta
de los comunes riesgos,
que son de la ignorancia
o de la vil ociosidad efectos.
Y del amor te guarda,
pues su tirano imperio

en voluntad convierte
feliz memoria, agudo entendimiento.
Y perdona a lo fino
de un verdadero afecto,
el tiempo que te ocupa
en la inútil lectura de sus yerros (1).

II

DE LA MISMA REINA DE LAS MUSAS QUE ESCRIBIÓ LAS ENDECHAS DIRIGIDAS EL DÍA DEL PRIMER ACTO A LA SEÑORITA ACTUANTE, REPITIÓ DESPUÉS EL SIGUIENTE ROMANCE HEROICO

¿Dónde, Minerva, las lechuzas tristes
te conducen con vuelo acelerado,
pues aun la superficie de las nubes
apenas huella tu ligero carro?
¿Qué nuevo asunto es el que así te aparta
del patrio Cielo, del Olimpo sacro?
¿Dejas acaso la sagrada esfera
por dar a algún ingenio digno lauro?

(1) *Copia, y recopilación de los papeles, que en prosa y verso han dirigido a nuestros doctos ingenios de esta ciudad, en debido aplauso del desempeño que en sus actos literarios de los días 19, 22 y 24 de el mes próximo pasado, executó la Señora Doña María del Rosario Cepeda, de edad de doce años...*—En Cádiz. En la Imprenta Real de Marina. s. a.

La dedicatoria, fechada a 24 de septiembre de 1768.

Si a tan plausible justo fin caminas,
¿dónde las señas llevas de aquel árbol
producción tuya, con la que venciste
de Neptuno el orgullo temerario?
Al que te mereció numen propicio,
¿dónde el laurel le llevas preparado?,
¿adónde el premio está que le destinas
al alumno feliz que vas buscando?
Mas ¡ay!, cómo se engaña mi discurso,
pues no admiro, no advierto, no reparo
cuán malas señas son de triunfo alegre
aquel semblante rígido y airado.
La precipitación de tu camino,
ese cabello suelto y destrenzado,
más que señales de festivo gozo
de desesperación parecen rasgos.
El despojo total de las insignias
que ostentabas en solio soberano,
más que victorias tuyas, acreditan
de tu Deidad el vencimiento infausto.
Mas ¿qué me admira? cuando reconozco
peregrino sujeto celebrado,
a quien guiados del conocimiento
con más justa razón sacrificamos.
Si esta de Cádiz, ninfa soberana,
tutelar numen, a quien todos damos
rendidas oblaciones, es la causa,
mal seguirás en ostentar lo airado.
Si ya por superior la reconoces,
¿qué te sirve ese orgullo temerario?

Pues más que compitiendo, sus victorias
conseguirás, su protección logrando.
Y tú, soberbio honor de nuestra patria,
disfruta alegre de tan digno aplauso,
pues la Deidad que repartió los premios
apenas los espera de tu mano.
Y permite a mi afecto que repita
aquel aviso, pues gustosa hallo
que licencia me da para este asunto
ser de tu sexo y el tener más años.
Guárdate, como digo, de Cupido,
pues su alevoso, su engañoso trato,
enemigo mortal de los ingenios,
acaba en ocio si empezó en descanso.
Repara en Safo y en Medea y Circe,
estudios y sosiego abandonados,
y un Faon, un Jason, con un Ulises,
primeros instrumentos de su daño.
Y perdona este aviso, pues ya veo
que advertirte de nada será agravio,
cuando en ti mismo entendimiento tienes
preservativo de mayores daños (1).

(1) Obra citada, págs. 38 a 41.

RAFAELA HERMIDA JURQUETES

I

FÁBULA ORIGINAL

EL MILANO Y LAS AVES

Un milano sangriento,
a fuerza de buscar el alimento
sin cuidados ni afanes
(que esto toca a los pobres ganapanes),
la sangre codiciaba de tal suerte,
que a todo cuanto vía daba muerte,
ya recorriese diestro el aire vano,
ya se aterrase sobre sierra o llano,
procurando, más bien que alimentarse,
en destruir vivientes recrearse.
—Si nos mataras—al morir decían—
instigado del hambre ya tendrían
tus rigores un viso de disculpa;
pero si te complaces en la culpa,
y casi siempre matas
porque hallas diversión cuando maltratas...
—Es verdad—les decía muy ufano—.
¿De qué sirve el poder? ¿De qué esta mano?

Morid y complaced mi ardiente furia,
pues no habrá quien os vengue de mi injuria.
De esta suerte asoló montes y valles
hasta que el tiempo resolvió vengalles:
las uñas le quebranta,
y añade al pico curvatura tanta,
que presa hacer no puede,
y al hambre y a la sed el triste cede.
De sus tristes lamentos obligadas
acudieron las aves a bandadas;
y, hallándole postrado,
gritan alegres:
—¡Tiempo afortunado!
El, viendo su poder ya destruído,
la humildad afectó del que es vencido,
y con la más sagaz hipocresía
alimento y socorro las pedía,
jurando ser su amigo eternamente,
diciéndole:
—Enemigo,
¿recibirte nosotras por amigo?
Aquel que persiguió nuestra inocencia
no debe hallar piedad, sino inclemencia:
vive entre la agonía y desconsuelo,
abominado de la tierra y Cielo;
y para prolongar tan mal estado,
alimento tendrás, pero tasado;
de modo que bastando a mantenerte
satisfecho jamás llegues a verte.
Así el triste murió; bien empleado.

Quien del mucho poder haya abusado
mejor fin que el milano nunca espere;
que quien a hierro mata, a hierro muere.

FÁBULA ORIGINAL

EL ALANO Y EL CONEJERO

Un alano, criado de un cortante,
más que el de los cien ojos vigilante,
coger una piltrafa no podía,
por más que estaba alerta todo el día
observando el momento en que pudiera
dar algún refrigerio a su hambre fiera.
¿Qué es piltrafa?, ni un hueso el desgraciado
jamás llegó a pillar, porque el taimado
del amo no tenía por exceso
que cuanto fué del buey entrase al peso,
y las pezuñas, que a esto no aplicaba,
para labrar botones las guardaba.
Viendo que perecía sin remedio,
de mudar de servicio buscó medio;
pero sujeto a carnicera gente,
poco más ejercicio dió a su diente,
y en este estado, viéndose aburrido,
tomó de irse a los campos el partido.
No bien dejó el poblado, un conejero
a su lado se puso placentero;
y el otro, como estaba en gran pobreza,
tuvo a bien de tratarle con llaneza,

y en la conversación, a breve rato,
explicó de sus amos el mal trato,
y que estaba resuelto a todo trance
a buscar en los montes algún lance,
con que su suerte mejorase al punto;
pero añadía:
—Como no barrunto,
por la falta de vientos, cosa alguna,
temo ver siempre adversa la fortuna.
Meditó un rato el conejero y dijo:
—Tanto es lo que de verte así me aflijo,
que un medio he discurrido, con que puedes
de trabajos salir; en fuerza excedes,
y yo excedo en olfato. ¡Bravamente!
Guaridas de conejos, diligente
yo te señalaré, y tu uña brava
hará con prontitud toda la cava
necesaria a sacar a perillanes;
partiremos, y cesan tus afanes.
Aceptóse el contrato, y al momento
la ejecución comienza de su intento,
marchando hacia la cumbre de un collado,
a la vuelta del cual, muy bien poblado,
yacía un cabo de conejos lleno,
gracias a lo fragoso del terreno.
Apenas llegan, cuando el uno indica
la mina que de reses es más rica,
y el otro mueve con su mano dura
la empedernida tierra, y asegura,
abriendo un foso que en conejos bulle,

seis gazapitos, que al proviso engulle.
Sigue limpiando el foso, y dos conejos
se mamó, con sus patas y pellejos.
El conejero, que partir pensaba,
de la presa en que el otro se enfrascaba,
al alano quejarse determina,
y sumiso le dice:
—Si la mina
de conejos que tanto te recrea
fuera fruto no más de tu tarea,
tendrías un legítimo derecho
de disfrutar tú solo del provecho...
No pudo continuar, ¡quién lo dijera!
El alano glotón, hecho una fiera,
le interrumpió:
—¡Insolente! ¿Tú pretendes
de los trabajos que en mi obsequio emprendes
sacar fruto, aunque escaso? No, por cierto.
Y de una dentellada, casi muerto
dejó al pobre animal, que con presteza
se salvó como pudo en la maleza,
maldiciendo el momento en que la suerte
y su ambición le unieron al más fuerte.
¡Cuántos alanos hay entre los hombres
que, deslumbrados con sus altos nombres,
creen que el humilde se lo debe todo
y pagan sus servicios de este modo (1)!

(1) *Semanario erudito y curioso de Salamanca*, t. X, págs. 134 a 136, 307 y 308.

DOÑA MARÍA JOSEFA DE RIVADENEYRA

Por doña María Josefa de Rivadeneyra, natural de la ciudad de Arequipa, en el Perú, que habiendo salido a luz [sus traducciones] a nombre de otras personas, con usurpación del trabajo de la traductora, se queja ésta en las siguientes endechas reales:

Respire de mi pecho
en quejidos acordes
equívoca una injuria
que no sé si la cante o si la llore.
Fatigas de la mente,
literarios sudores,
bastó que fuesen míos
para hacerles sentir mis propios golpes.
¡Posible que hasta el alma
la envidia me despoje!
¡Posible que me usurpe
débiles femeniles traducciones!

Villana pasión ciega
que en odio de mi nombre,
como vives de infamias,
compras con un delito tus honores.
En disfraz de remiendos
al público se exponen;
¡infeliz artificio!,
que grita ser ajeno lo que esconde.
Ese incongruo aparato
de retazos discordes,
el engaño desmiente
y la pasión descubre en su desorden.
No niego que aun manchadas
conmigo se conformen;
si la borrasca sufro,
¿qué tengo que extrañar los nubarrones?
Así, desfiguradas,
no han quedado tan pobres
que a su fingido dueño
no le hayan producido resplandores.
En este triunfo he sido
yo la selva o el bosque,
que laureles y palmas
he dado para que otros se coronen.

Sic vos, non vobis nidificatis, aves.

Así el ave su unido
construye y lo dispone
para que otros se alberguen
y en su seno descansen y reposen.

Sic vos, non vobis vellera fertis, oves.
Así la misma oveja
sus mórbidos vellones
alienta y vivifica
para que otros se vistan y se adornen

Sic vos, non vobis melificatis, apes.
Así la abeja extrae
dulzura de las flores,
y, a pesar de su industria,
otros gustan la miel que ella recoge.

Sic vos, non vobis fertis aratra, boves.
Así sujeto al yugo
el buey la tierra rompe,
mas su fertil arado
es para enriquecer ajenas trojes,

Ejemplos consolantes
que informarán al orbe
que en mi fortuna adversa
me alivian más las bestias que los hombres (1).

(1) *Correo Literario de Murcia*, t VI (14 de enero de 1794), págs. 30 a 32.

DOÑA MARÍA HORE

Esta poetisa, tan célebre por su ingenio como por su belleza, fué hija de don Miguel Hore y de doña María Ley, irlandeses, establecidos en Cádiz, donde nació a 5 de diciembre del año 1742. Desde muy joven se distinguió en la poesía, mereciendo que el entusiasmo de sus contemporáneos la diera el calificativo de *Hija del Sol,* a causa de las muchas perfecciones que en ella resplandecían. Cuando sólo contaba diez y nueve años, contrajo matrimonio con don Esteban Fleming, natural de Puerto de Santa María. Por uno de esos misterios del corazón humano y de la vida, cuya explicación es difícil, sin apelar á conjeturas, que pueden resultar inexactas, doña María se decidió, en el año 1778, a entrar en religión, sin que su marido pusiera obstáculo alguno; antes al contrario, elevó al Obispo de Cádiz una solicitud a fin de que fuese aquélla autorizada para ingresar en el convento de Santa María, donde ya estaba retirada hacía algún tiempo, y él se marchó, pocos meses después, al Nuevo Continente. Doña María, con licencia del Ilustrísimo fray Juan Cervera, hizo su noviciado, y profesó en

dicho monasterio a 14 de febrero de 1780. En Cádiz se conservaba una tradición que recogió *Fernán Caballero* (doña Cecilia Böhl de Faber) en su relación *La Hija del Sol*. Según ésta, María Hore, casada con D. A. F., vivía en la isla de León con su madre y una negra llamada Francisca, mientras su marido se hallaba, hacia el año 1764, en la Habana. Loco de amor por ella don Carlos de las Navas, brigadier de guardias marinas, logró, con la mediación de Francisca, que la bella poetisa correspondiera a su pasión. Habiendo fallecido el Capitán general del Departamento en Jerez, don Carlos sale de Cádiz para acompañar el entierro. Pocas noches despues, *La Hija del Sol* espera a su amante, quien llega y penetra en la galería del jardín; dos hombres le siguen, le acribillan a puñaladas y huyen; repuestas criada y ama de la terrible emoción que el asesinato les ha producido, sacan el cadáver, a fin de que nadie sospeche lo acontecido, y lavan las manchas de sangre que había en el suelo. Al día siguiente se oye la música de los marinos que regresaban de Jerez, y doña María ve que al frente de ellos iba don Carlos. Entonces clama al Cielo pidiendo misericordia; refiere lo sucedido, y la tienen por loca; después de una larga enfermedad escribe a su marido, se confiesa culpable y pide a éste licencia de entrar en un convento, donde profesa y hace vida ejemplar. *Fernán Caballero* acaba diciendo: "Esta Relación es verídica. *La Hija*

del Sol nació en 1742, y murió monja descalza en Cádiz, en 1801, a los cincuenta y ocho años de edad." En el convento siguió doña María dedicada a la poesía, y aunque había renunciado a las pompas mundanas, firmaba sus versos con las iniciales *H. D. S.* (*Hija del Sol*). En ellos, igualmente que doña Margarita Hickey, pintó, con desaliño sí, pero con vehemencia, los crueles desengaños del amor, áspid encubierto bajo rosas. Colaboró en el *Diario de Madrid,* y gracias a esto se han conservado algunas de sus poesías. Falleció a 9 de agosto del año 1801. Legó sus papeles a don Pedro Chaves de la Rosa, y éste a doña Teresa Figueroa.

I

AVISOS A UNA JOVEN QUE VA A SALIR AL MUNDO
FENISA A FILENA

CANCIÓN

¡Oh, qué desventurada
pasa su infeliz vida
la que sus días sacrifica al mundo!
De su brillo encantada,
en su engaño embebida,
el letargo la ocupa más profundo;
él, en tramas fecundo,
dispone sus prisiones
cubriendo con dulzuras

sus viles amarguras,
cebando los incautos corazones;
y cuando el mal advierte,
ya se halla el alma en brazos de la muerte.
¿Ves la joven doncella
que apenas ha salido
de una niñez, tal vez mal dirigida,
cuando se admira ella
dulce harpón de Cupido,
y pensando prender, queda prendida?
Mírala distraída,
vagando el pensamiento,
ya en el adorno bello
del traje y del cabello,
ya en darle al cuerpo airoso movimiento,
porque entre sus iguales
no encuentre, no, su mérito, rivales.
Si la mano no ociosa
a la labor aplica,
lo útil no elige, sí lo delicado;
y tal vez oficiosa
su trabajo dedica
para intérprete fiel de su cuidado.
Si acaso ha cultivado
algo su entendimiento,
se ve que siempre ha sido
no por verle instruído,
sino por adquirir algún talento
que a su amado apreciable
más le haga cada día y más amable.

O bien la pasión ciega
o el interés malvado
deciden su elección, fijan su suerte.
De la una el fin se llega,
el otro es disipado,
y el propio bien en daño se convierte.
Sus pesares divierte,
si en su ilusión acaso
conoce los pesares,
pues de éstos a millares
los desvanece el gusto más escaso,
y aunque esté padeciendo,
que es feliz se está siempre persuadiendo.
Solamente ocupada
de una brillantez falsa
con que el mundo engañoso la acaricia,
corre precipitada
la peligrosa danza,
el teatro, que toda virtud vicia.
Ignora la malicia
de los ocultos lazos
que entre sus plantas trae,
tropieza, y al fin cae,
de la culpa encontrándose en los brazos;
floja, intenta librarse,
volviendo en dobles nudos a enredarse.
Así de día en día,
con yerros repetidos
eslabones añade a su cadena;
parece que a porfía

empeña sus sentidos
en la disipación que la enajena.
Si la virtud ajena
su conducta reprende,
en seducirla insiste,
y si se le resiste,
guerra implacable contra ella emprende,
porque el (1) alma viciosa
no puede tolerar la virtuosa.
De su fin olvidada
ahoga el remordimiento
y pone más empeño en distraerse;
si de una amiga amada
la avisa el fin violento,
suele algún breve instante conmoverse;
mas por no entristecerse
se entrega placentera
a nuevas distracciones,
repite diversiones,
y cuando de sus gustos altanera
hace al mundo testigo,
halla en temprana muerte su castigo.
Esta es, Filena mía,
la ignorante ambición de nuestro sexo;
a esta su ruina impía
la incauta joven vuela
cuando al mundo se entrega con exceso.

(1) En el original: *la*.

Huye aquel su embeleso
con que al alma la abisma,
y cuando en él vivieres
evita sus placeres:
sé custodia severa de ti misma,
que si te encuentra fuerte
perderá la esperanza de vencerte.

II

ANACREÓNTICA

¿Hasta cuándo, Gerarda,
tu peregrino intento
en frívolos asuntos
malgastará conceptos?
¿Hasta cuándo has de darles,
infelice, fomento
a tus locas pasiones
con amorosos versos?
Esas luces tan claras
que te concedió el Cielo,
no le causen enojos,
sí tribútenle inciensos.
Yo también algún día
templaba el instrumento,
creyéndole sonoro
cuanto más descompuesto.
Yo también invocaba
al que llaman dios ciego,

e hice, ¡rara locura!,
me prohijara Febo.
Yo lloré ingratitudes,
yo celebraba afectos,
empleando en delirios
la dulzura del metro.
Pero, ya arrepentida
de tan frívolo empleo,
sólo a dignos asuntos
dedicarle pretendo.
Tú, amada compañera,
sigue también mi ejemplo,
no aguardes que algún día
lo exija el escarmiento.
Emprenda, emprenda mucho,
elévese tu ingenio,
remóntese tu numen,
no aletee rastrero.
No tejas más laureles
a ese contrario sexo,
que sólo en nuestra ruina
fabrica sus trofeos...

DOÑA MARGARITA HICKEY Y PELLIZZONI

Doña Margarita Hickey fué hija de don Domingo Hickey, natural de Dublín (Irlanda), teniente coronel de Dragones, y de doña Ana Pellizzoni, nacida en Milán. Tuvo dos hermanos: don Juan Jaime y don Joaquín; ambos sirvieron en el Cuerpo de Guardias marinas.

Probablemente nació doña Margarita Hickey en Barcelona, como su hermano Joaquín, hacia el año 1753, y, siendo de pocos años, vino con sus padres a Madrid, donde residió en lo sucesivo. Su madre pertenecía, según parece, a una familia de cantantes, lo cual explica el que se estableciese en España.

Siendo muy joven, doña Margarita contrajo matrimonio con don Juan Antonio de Aguirre, ya septuagenario. Este, según consta en las informaciones verificadas en el año 1742 para conseguir el hábito de Santiago, fué hijo de don Francisco de Aguirre y Ursúa, que vivía en "su palacio de Aguirre", y de doña María Francisca Arguiñarena y Gaztelu, ya difunta en aquella fe-

cha. Nació en el pueblo de Donamaría (Navarra), hacia el 20 de septiembre de 1703. Sus antepasados eran hidalgos y usaban un escudo que consistía en "una loba andante atravesada en un roble o carrasco, guarnecido en la parte exterior con unos leones, un morrión con sus plumajes y otros follajes".

Don Juan Antonio siguió la carrera de las armas, acaso incitado por su pariente el general don Joaquín de Aguirre, que acompañó a Carlos III cuando vino desde Nápoles. Hallóse en el sitio de Gibraltar, y después abandonó la milicia; entró en Palacio, donde le nombraron, a 16 de agosto de 1735, ujier de saleta del infante don Luis.

En noviembre de 1767 ascendió al puesto de Guardarropa del Infante.

Falleció antes del año 1779, fecha en que doña Margarita se llama ya viuda. Joven ésta, hermosa y de no vulgar imaginación, debió entonces ser galanteada y corresponder con entusiasmo, cual suelen las mujeres que en la flor de su juventud sólo han conocido el invierno del amor, representado en un marido viejo. A las ilusiones sucedieron los desengaños, que lamentó en versos, quizá prosaicos en la forma, pero llenos de intenso dolor, como quien traslada al papel las amargas experiencias de la vida. Acaso el tratarse de recuerdos palpitantes fué causa de que intentase publicar sus poesías con el seudónimo de *Antonia*

Hernanda de Oliva y que luego pusiera solamente las iniciales M. H. No contrajo, sin embargo, segundo matrimonio, y pasó el resto de su vida consagrada al estudio, especialmente de la Geografía. Ignoramos el tiempo de su fallecimiento, que debió suceder á principios del siglo XIX. Sólo consta que vivía aún en el año 1791.

I

ENDECHAS EXPRESANDO LAS CONTRADICCIONES, DUDAS Y CONFUSIONES DE UNA INCLINACIÓN EN SUS PRINCIPIOS, Y EL PLAUSIBLE DESEO DE PODER AMAR Y SER AMADA SIN DELITO

Escucha, Fabio mío,
los contrarios afectos
y las opuestas ansias
que cruelmente batallan en mi pecho.
Y pues eres la causa,
atiende mis lamentos,
que a aquel que da los golpes
no es justo que le ofenda oir los ecos.
Yo te vi, Fabio mío,
y si mal no me acuerdo,
de tu noble persona
tranquila contemplé el merecimiento.
Tratéte muy despacio,
mas con tanto sosiego,
que no recelé nunca
ni aun la menor centella de este incendio.

Confírmenlo las veces
que, amando otros objetos,
me fiastes tus triunfos
y ayudó a celebrarlos mi festejo.
Después, o por influjos
de los astros severos,
o de mudar cansado
tu corazón de tanto amante empeño,
no sé por qué, atraído
de gracias que no tengo,
fijar en mí emprendiste
lo vago y variable de tu afecto.
Llegaste a declararme
tu amoroso deseo;
desestiméle cuerda,
y encendió el desengaño más tu fuego.
Repetistes instancias
y yo desabrimientos,
y obstinándome firme,
a ser porfía ya llegó tu anhelo.
Pasando algunos días,
te dió ocasión el tiempo
que oyese de más cerca
de tus amantes ansias los extremos.
Me aventuré a escucharte,
y mi atrevido esfuerzo
se persuadió, inocente,
que podía sin peligro oirte tierno.
Mas ¡ay! ¡cuán a mi costa
el daño experimento

que hay en oir atenta
de aquel que no disgusta ardientes ruegos!
  En fin, compadecióme
tu amoroso tormento,
lastimóme tu llanto,
y acabó de obligarme tu respeto.
  Tu respeto, sí, Fabio,
aquel noble respeto
que de un amor que es fino
y fijo es el seguro compañero.
  Y con él embargando
mis rigores (¡no aliento,
triste de mí, a decirlo!),
mis fieras esquiveces suspendiendo,
  lograste ver trocadas
por mi mal, en momentos,
las iras en piedades,
y en agrados cambiados los despegos.
  Desde ese instante, Fabio,
yo misma no me entiendo:
ni sé decir si te amo,
ni te sabré decir si te aborrezco.
  Sólo sé que combaten
tantas ansias mi pecho,
que, fieras, me persuaden
que está en mi corazón el mismo infierno.
  Toda soy repugnancias,
gustos y desconsuelos;
ni acierto a aborrecerte,
ni con amarte (¡ay de mí, triste!) acierto.

Con tu presencia calman
algo mis sentimientos;
mas luego que te apartas,
¡qué ansia!, a despedazarme vuelven fieros.
Negarme a tu caricia
mil veces me he propuesto,
y sin saber yo cómo
tu dicha desvanece mis intentos.
Me aflijo cuando logras
el favor que concedo,
y luego, arrepentida,
quisiera concederte el que te niego.
De mi altivez llevada,
quisiera verte muerto
antes que feliz verte,
y por darte la vida luego muero.
Y pues oyes qué penas
triste por ti padezco,
de agradecido sólo
haz por mí una fineza que pretendo.
Ya dejar de estimarte
aunque quiera no puedo;
mas si fuese posible,
poner quisiera a mi locura freno.
Para lograrlo, Fabio,
te pido que, contento
con lo que has merecido,
de tu ambición moderes los excesos.
No te ofenda, bien mío,
lo extraño de este ruego,

que el corazón lo llora,
mas lo quieren ansiosos mis respetos.
No huyo, no, de amarte,
ni que me olvides quiero,
mas sólo sin bochorno
poderte amar eternamente anhelo.
Y para conseguirlo,
hoy de tu amor pretendo
que no exijas del mío
pruebas que por principio negar debo.
Esta es, Fabio del alma,
la fineza que espero
merecer de tu noble,
constante y bien nacido rendimiento.
Serán, si así lo hicieres,
tan tuyos mis afectos,
que usurparte no puedan
su posesión la envidia ni los celos.
Y con esto, adiós, Fabio,
que molestarte temo;
consérvate felice,
y prospere tu vida eterna el Cielo.

II

ENDECHAS A LA AUSENCIA DE UN AMANTE

Amado Clelio mío,
si el Hado rigoroso
dispone que te ausentes
de mis ya tristes ojos

y que en vez de ti, que eras
mi alegría y mi gozo,
tenga a mi triste vista
sólo objetos odiosos,
ve, mi bien, persuadido,
ya que la suerte otro
consuelo no permite
en lance tan forzoso,
que ni rigor ni ausencia,
distancias ni remotos
climas adonde pueda
arrojarte el enojo,
serán jamás bastantes
ni podrán ser estorbo
de que no te ame siempre
mi fiel pecho amoroso.
Que en vano intentan fieros
el poder y el cruel odio
dividir lo que unieron
los astros poderosos,
ni que dos corazones
que el amor por sí propio
enlazar ha querido,
los desuna el antojo,
pues no importa que al cuerpo
separen rigorosos
si a su albedrío el alma,
como espíritu solo
volando presurosa
por el ámbito todo

del mundo, en un instante
vea lo más remoto,
lo más distante, cerca,
y penetrando estorbos
asiste amante y tierna
donde existe su gozo.
No te encargo, bien mío,
porque tu fe conozco,
que no olvides ausente
afectos tan costosos,
tan constante caricia,
favores tan notorios
como son los que debes
a mi amor portentoso.
Tengo de tu fineza
la confianza y todo
el concepto que debo
de tu valor heroico,
y ofender temería
dudándolo, no sólo
tu bien nacido afecto,
mas también mi decoro.
Y así, Clelio del alma,
hoy se limitan todos
mis deseos amantes,
mis fervorosos votos,
a que bien te conserves,
a que vivas gustoso,
a que dures eterno,
a que cese el cruel odio

y a que el tiempo batiendo
sus alas presuroso,
corra tan velozmente,
dé su vuelta tan pronto,
que el que en volver a verte
mis amorosos ojos
tarden, mi bien, parezca
aun al deseo corto.
Y con esto, adiós, Clelio,
y que el Cielo piadoso,
de venturas, en tanto,
tu valor colme heroico.

III

ENDECHAS ENDECASÍLABAS A LA MUDANZA NO ESPERADA DE UN AMANTE EN UNA CORTA AUSENCIA

Ingrato Celio aleve,
que olvidar has podido
en una sola ausencia
amor tan grande y fino,
oye las justas quejas
de la que has ofendido
con tu injusta mudanza,
aunque tu ingratitud sienta el oirlo.
En una sola ausencia,
si larga para el vivo
dolor de un pecho amante
del dios alado herido,

breve para la prueba
de un corazón que activo
arde amorosamente
en su incendio divino,
tu inconstante fineza
conservar no ha sabido
la fe que con palabras,
lágrimas y suspiros,
en tu infausta partida
poniendo por testigos
los cielos y la tierra
de tu amante delirio,
guardar inviolable
juraste fementido,
prometiendo constancias,
firmezas apostando al amor mismo.
De vulgares bellezas
tu infiel pecho atraído,
y entregado tu afecto
a comunes cariños,
de tal suerte las riendas
has dado al albedrío,
que, como plaza abierta
para todo enemigo,
trocando el amor noble
por el vil apetito,
ha sido tu infiel alma
presa de la primera que ha querido.
No siento los ultrajes
que con tan vil e indigno

proceder, Celio ingrato,
mi amor habrá sufrido;
siento sólo la injuria
que con eso a ti mismo
te has hecho, decayendo
de aquel concepto antiguo,
de aquella idea noble
que te habían adquirido
en mi aprecio las prendas
que en algún tiempo en ti creí haber visto.
Siento que, no pudiendo
mi corazón altivo
amar constantemente
a quien de amor no es digno,
mi pasión amorosa
también ha decaído
de aquella esfera ardiente,
de aquel extremo fino
a que en medio de tantos
azares y peligros,
contradicciones, penas,
temores, entredichos,
persecuciones, iras,
crueles nuevas y avisos,
ceño de poderosos
contrarios y enemigos,
cual roca incontrastable
al embate continuo
de las airadas olas,
a despecho de todo había ascendido.

Pues al paso que ahora
tan trocado te miro
de lo que un tiempo fuiste,
veo, aunque a pesar mío,
que justamente airada
y ofendida en lo vivo,
de tu infame mudanza,
yo tampoco soy ya la que he solido.
No sin dolor, ¡oh Celio!,
sin pesar excesivo
de mi amor, de esta suerte
la proscripción intimo.
Tú propio, Celio aleve,
tú propio eres testigo
del dolor, de la pena,
las ansias, los suspiros,
la indignación, la ira,
el furor y el desvío
que en mi pecho ha causado
la mudanza cruel que en ti he advertido.
Mi llanto muchas veces
tiernamente te ha dicho
cuánto la inesperada
mudanza que en ti miro,
tu trocada fineza,
tu ya desconocido
amor, ha contristado
y exasperado al mío,
y cuánto un alma noble,
incapaz del inicuo

proceder que tú ostentas,
es capaz de extrañarlo y de sentirlo.
Mas, pues pasar me has hecho
por el dolor esquivo
de ver y haber tocado
tus agravios y míos,
y que una pena aleve
haya, en fin, padecido
que no imaginé nunca
sufrir por ti y contigo,
sabe que este fiel llanto,
estos tiernos suspiros,
este dolor acerbo,
este cruel martirio,
estos afectos nobles
con que sentir me has visto,
de fineza tan grande
el no esperado olvido,
a mi amor las exequias
han hecho compasivos,
pues son de mi caricia
los últimos alientos que despido.
Y que en estas congojas,
en estos parasismos,
en estas crueles ansias,
en estos desvaríos
y en estos sentimientos
con que afligida miro
que tu amor ha finado,
he dado yo sepulcro honroso al mío.

Y así, adiós, Celio ingrato,
adiós, ciegos delirios
de un amor que fué sombra
no más, pavesa y viso.
Pues como sombra vana,
al movimiento, al giro
del cuerpo que la hacía,
se ha desaparecido.
Adiós, vanos contentos;
adiós, gozos fingidos,
mentidas esperanzas,
engañosos cariños;
adiós, amador falso,
amante fementido,
que a prueba de una ausencia
no sabe, infiel, tu amor vivir invicto.
Adiós, y en paz te queda,
que yo vuelvo a mi antiguo
venturoso sistema
y acertado principio
de huir las asechanzas
de ese ciego dios niño,
de ese engañoso halago,
de ese tirano hechizo,
de esa sierpe entre flores,
martirio apetecido,
veneno disfrazado
y encanto de potencias y sentidos.
Vuelva de mis afectos
el glorioso dominio

con que siempre entre tantas
me he ostentado prodigio.
Y no te atrevas, Celio,
con halagos fingidos,
con mentidas finezas,
con infieles suspiros,
cuando a otros simulacros
sacrificas rendido
holocaustos e inciensos
que son de mí ya indignos,
a procurar osado,
a pretender altivo
que se revoque y mude
el decreto que intimo.
Porque, si lo intentares,
si aspiras, atrevido,
después de ofensas tantas
a evadir el castigo,
juro por la entereza,
por el decoro mismo,
por mí y amor, a quienes
tienes tan ofendidos,
que sean mis venganzas
escándalo del siglo,
horror, pasmo y asombro
de amantes fementidos,
que enseñado te dejen,
aleve y advertido,
que no siempre se ofenden
impunemente generosos bríos.

IV

ROMANCE IMITANDO AL DE:

Aprended, flores, de mí
lo que va de ayer a hoy...

Aprended, Clicies, de mí
lo que va de ayer a hoy;
de amor extremo ayer fuí,
leve afecto hoy aun no soy.
Ayer, de amor poseída
y de su aliento inflamada,
en los ardores vivía,
del fuego me alimentaba.
Y a pesar de la violencia
con que sus voraces llamas
cuanto se opone a su furia
arden, consumen y abrasan,
como pábilo encendido,
cual cantada salamandra,
solamente hallaba vida
entre sus ardientes ascuas.
Y hoy en tan tibios ardores
yace o desfallece el alma,
que el frío carbón apenas
da señas de que fué brasa.
Ayer, los fieros volcanes
de amor, no sólo halagaban
el pecho, sino que amante
fuera de ellos no se hallaba,

y sin ellos, decadente
y exánime desmayaba
y moría y perecía
como el pez fuera del agua.
Y hoy, no sólo temeroso
y pavoroso se espanta
de la más leve centella
que en el aire corre vaga,
sino que el horror y miedo
que a la luz la fiera brava
tiene, imitando, a cualquiera
resplandor vuelve la cara.
Ayer por poco el incendio,
en que amante me abrasaba,
vuelve en pavesas el mundo
todo, y en humo le exhala,
y en una hoguera la hermosa
máquina dél transformada,
por poco vuela en cenizas
de mi ardor comunicadas.
Y hoy, apenas de que ha habido
lumbre dan señas escasas
tibios rescoldos; ¡tan muertas
yacen ya y tan apagadas!
Ayer, de verme amar, tierna,
hasta lo insensible amaba,
y de mi ejemplo movidas
las piedras inanimadas,
contra su naturaleza
y dureza decantada,

del amor y sus halagos
sentían las dulces ansias.
Y hoy, de mis tristes lamentos
y de mis quejas amargas
la región toda amatoria
conmovida y espantada,
los símbolos de amor mismo,
las enamoradas plantas,
la arrulladora paloma,
la tórtola amartelada,
temiendo encontrar desdichas
donde gozos esperaban,
los patrios amantes nidos
abandonan asustadas.
Tanto puede, tanto influye,
tanto mueve, tanto daña,
tantos y tales estragos
y metamorfosis causa
un doble alevoso trato,
un engaño, una fe falsa,
una indebida tibieza
y correspondencia ingrata,
un desengaño, una injusta
veleidad, una villana
aspereza, una grosera
ficción, una vil mudanza.
Y pues veis y habéis notado
regularmente en qué paran
de los más finos anhelos
y más amantes constancias,

por falta de verdaderos
amadores, y de gratas
ardientes correspondencias,
las más amorosas ansias,
haciéndoos como discretas
el escarmiento avisadas,
infiriendo de lo de hoy
lo que podrá ser mañana,
aprended, Clicies, de mí
lo que va de ayer a hoy;
de amor extremo ayer fuí,
leve afecto hoy aun no soy.

V

SONETO

DEFINIENDO EL AMOR O SUS CONTRARIEDADES

Borrasca disfrazada en la bonanza,
engañoso deleite de un sentido,
dulzura amarga, daño apetecido,
alterada quietud, vana esperanza.
Desapacible paz, desconfianza,
desazonado gozo mal sufrido,
esclava libertad, triunfo abatido,
simulada traición, fácil mudanza.
Perenne manantial de sentimientos,
efímera aprehensión que experimenta
dolorosas delicias y escarmientos.

Azarosa fortuna, cruel, violenta
zozobra, sinsabor, desabrimientos,
risa en la playa y en la mar tormenta.

VI

ENDECHAS ACONSEJANDO A UNA JOVEN HERMOSURA NO ENTRE EN LA CARRERA DEL AMOR

Detente, hermosa Tirsi,
¿Dónde va tu albedrío?
Mira que vas perdida
siguiendo un precipicio.
No prosigas, aguarda;
detén el paso, el brío,
porque es despeñadero
el que juzgas camino.
No te engañe el terreno
porque le ves florido,
que en esas mismas flores
está el mayor peligro.
Vuelve, vuelve la espalda
al reclamo fingido,
no te suceda, incauta,
lo que al fiel pajarillo,
que engañado en los ecos
del gorjeo mentido.
pensando que al consorte,
se entrega a su enemigo.

Detente, hermosa Tirsi,
¿Dónde va tu albedrío?
Mira que vas perdida
siguiendo un precipicio.
Huye el mar proceloso,
donde todo es conflicto,
tormentas y borrascas,
naufragios, peñas, riscos.
En donde se navega
sin fe, sin norte fijo;
sin socorros humanos,
sin auxilios divinos,
y en donde siendo todo
contingencia y peligro,
desconocidas playas,
escollos y bajíos,
en tan urgentes riesgos
es el piloto un niño;
el rumbo, la inconstancia,
y el bajel es de vidrio.
Detente, hermosa Tirsi,
¿Dónde va tu albedrío?
Mira que vas perdida
siguiendo un precipicio.
No malogres las gracias
de tus años floridos
dando a tus perfecciones
empleos poco dignos.
A empresas más heroicas
eleva tus sentidos,

y no, abatida, anheles
gozos tan fugitivos,
que aquel que más te haya,
por su afecto expresivo,
merecedor de tanta
ventura parecido,
será quizá de todos
los que a tus pies invictos
solicitan tu gracia
el menos de ella digno.
Detente, hermosa Tirsi,
¿Dónde va tu albedrío?
Mira que vas perdida
siguiendo un precipicio.

VII

AFECTOS DEL ALMA AL AMOR DIVINO, Y DESENGAÑO Y RECONOCIMIENTO DE LA FEALDAD DEL AMOR PROFANO

ENDECHAS ENDECASÍLABAS

¡Divino Jesús mío!,
quien a conocer llega
lo que vuestro amor vale,
¿cómo hay otro ninguno que apetezca?
¿Qué finezas igualan
vuestras grandes finezas,
ni dónde hay en el mundo
ternura y voluntad como la vuestra?

Por libertarme amante
de la justa sentencia
que por mi grave culpa
fulminó contra mí la ley suprema,
os miro amartelado
con una cruz a cuestas,
cargado de baldones,
de oprobios, de calumnias y de afrentas,
llevando, amante y tierno,
por mí las duras penas
que yo por mi delito
padecer y sufrir debría acerbas.
Tres veces el cruel peso
de mis graves ofensas
en cruz simbolizadas
os abatió hasta el suelo de flaqueza.
Por mí dejasteis, fino,
las moradas excelsas,
donde todo es contento,
felicidad, regalo y gloria eterna.
Y bajando amoroso
por mí a la árida tierra,
a padecer vinisteis
de este valle de llanto las miserias,
porque yo rica fuese
y señora me viera
con Vos en vuestros reinos
y en vuestra preeminente mansión regia,
sufrir os resolvisteis
la abatida pobreza

y el odio y vilipendio
con que el mundo altanero la desprecia.
Vos hermosa me hicisteis;
Vos me criasteis bella,
porque del amor vuestro
amada tiernamente ser pudiera.
Y porque mi desdicha,
mi extremada miseria,
con manchas y lunares
la beldad que me disteis necia afea,
Vos, amante esmerado,
de excesiva fineza,
porque dejar de amarme
vuestro amor por mis faltas nunca pueda,
con vuestra sacrosanta
sangre preciosa, llena
de virtudes, de gracia,
de dones, de eficacia y de excelencia,
una agua tan divina
vuestra piedad inmensa
me ha dado y ha compuesto,
con que quitarlas y lavarme pueda,
que con ella lavada
como debo dispuesta,
me deja más hermosa,
más brillante mi tez, más limpia y tersa.
Vos, no sólo no airado,
prontamente la ofensa
que os hago, necia y loca,
vengáis como yo, osada, mereciera,

sino que compasiva
vuestra suma clemencia
de mis debilidades,
mi ceguedad, mi engaño y mi torpeza,
me da lugar y tiempo,
con amante paciencia,
para que repararlas
con mi llanto y dolor, si quiero, pueda.
Los amantes del mundo,
por más que amen y quieran,
de ingratitud colmados,
llenos de perversión y de soberbia,
a la que más estiman,
a aquella que más ciertas
finezas y conatos
su impuro amor y detestable deba,
no sólo como graves
las faltas más ligeras
les castigan, y a costa
de su honor y su fama fieros vengan,
sino que muchas veces,
para que aquéllas puedan
disculpar su inconstancia,
con horrible maldad se las inventan.
Vos disminúis las culpas,
compadecéis flaquezas
y perdonáis errores,
siendo suma bondad, suma inocencia,
y ellos, siendo malicia,
siendo oprobio y vileza,

su propia enorme falta
desconocen, y abultan las ajenas.
  Vos aumentáis las gracias,
Vos añadís belleza,
y ellos, cual fieras brutas,
destruyen y aniquilan las que encuentran.
  Vos sanáis al enfermo;
ellos lo sano infectan;
Vos dais vida, ellos matan;
Vos sois consolación y ellos son pena.
  Vos sois rico; ellos pobres,
escasez y miseria;
Vos la misma abundancia,
el poder, señorío y la opulencia,
  y ellos urgencia suma,
necesidad extrema,
mendiguez continuada,
poquedad, sujeción y dependencia.
  Vos al alma dichosa
que en serviros se esmera,
la colmáis de contentos,
de gozos, de alegría y complacencias;
  y ellos, con su profano
amor, todo torpezas,
a la que pensar sabe,
de fastidio y de horror la dejan llena.
  Vos sois firme, invariable;
ellos voluble rueda,
veleidad y mudanza;
Vos, inmutable ser, deidad perpetua;

ellos aliento breve,
caduquez, decadencia;
Vos sin principio, eterno,
constancia, duración y permanencia;
ellos bajeza suma;
Vos la suma grandeza;
Vos noble; ellos plebeyos;
Vos majestad y celsitud inmensa;
Vos quietud y descanso;
Vos la paz, ellos guerra;
Vos suavidad, dulzura;
Vos todo amenidad, ellos malezas;
Vos ventura colmada;
Vos hartura completa,
felicidad continua:
finalmente, Vos Cielo y ellos tierra.
Con tan distantes puntos,
tan desiguales prendas,
¿cómo hay, ¡oh Jesús mío,
dulce camino, guía y vida nuestra!,
quien a saber alcanza,
quien a conocer llega
lo que vuestro amor vale,
que otro ninguno necio y loco quiera?
¡Oh! Iluminad piadoso
nuestra torpe ceguera
para que conozcamos
la infalible verdad, la gran certeza
de que no hay en el mundo,
ni habrá jamás fineza,

beneficios, favores,
ternura y voluntad como la vuestra (1).

---

(1) *Poesías varias sagradas, morales y profanas o amorosas: con dos Poemas épicos en elogio del Capitán General D. Pedro Cevallos, el uno dispuesto en forma de diálogo entre la España y Neptuno: concluído éste y el otro no acabado por las razones que en su prólogo se expresan; con tres Tragedias francesas traducidas al castellano: una de ellas la Andrómaca de Racine y varias piezas en prosa de otros Autores, como son algunas Cartas dedicatorias, y Discursos sobre el drama, muy curiosos e instructivos. Obras todas de una dama de esta Corte.* Con licencia.—Madrid: En la Imprenta Real. Año M. DCC. LXXXIX.

DOÑA MARÍA NICOLASA DE HELGUERO Y ALVARADO

Descendía de don Pedro Helguero y Alvarado, natural de Cereceda, en la jurisdicción de Laredo, a quien Felipe IV hizo en el año 1642 caballero de Santiago (1). Pariente suyo fué el padre Miguel Antonio Helguero y Alvarado, autor del poema *Fábula de Andrómeda y Perseo* (2). A su familia pertenecieron algunas abadesas de Las Huelgas.

---

(1) *Por Don Nicolas Francisco de Helguero Alvarado vecino de la ciudad de Burgos. En el pleyto que litiga, Don Fernando Gallo Matanza, vecino de la misma ciudad, como marido, y conjunta persona de Doña Maria Josepha de Helguero, Sobre la sucession de los bienes de la mejora de la mitad del tercio, y quinto, hecha por Don Pedro de Helguero y Alvarado Cavallero de el Orden de Calatrava, a favor de Doña Juana de Helguero su nieta.*

Firmada por el doctor Juan Ignacio de la Encina y la Carrera y el licenciado Blas de Escalada y Puerta.

Impresa sin lugar ni año.—21 hojas en folio.

Biblioteca Nacional.—*Varios.*—Alegaciones jurídicas, legajo 1.047.

(2) *Fábula de Andrómeda y Perseo, por el P. Fr. Mi-*

Doña María Nicolasa nació en San Cebrián de Valbuena (Palencia). Estuvo casada con el Marqués de San Isidro, y habiendo quedado viuda entró en el monasterio de Las Huelgas, donde se distinguió por sus virtudes. Falleció en el año 1805.

I

OCTAVAS QUE A PERPETUA MEMORIA DE LA GLORIOSA MUERTE DEL CAPITÁN DE FRAGATA DON PEDRO DE HELGUERO, BATIÉNDOSE CON LOS ARGELINOS, CONSAGRA SU HERMANA DOÑA NICOLASA DE HELGUERO, MARQUESA QUE FUÉ DE SAN ISIDRO, Y HOY MONJA DEL REAL MONASTERIO DE LAS HUELGAS, DE BURGOS

Desgajado el ciprés, rota la lira,
mal concertado el susto con el canto,
empiece el triste numen que me inspira
a dar tímida voz envuelta en llanto;
que mal entre congojas se respira,
que poco explica quien padece tanto;
pero si he de cantar, sea el tormento
el que sirva esta vez por instrumento.

---

guel Antonio Helguero y Alvarado, religioso dominico. Dedicada al P. Manuel Ribera de la Compañia de Jesús.—Año 1748.

Manuscrito del siglo XVIII.—En 4.º

Es un poema en octavas.

Biblioteca Real, 2-I-5.

Amaba yo a Petronio generoso,
ufana de que fuese hermano mío;
miraba que a su genio belicoso
las Gracias asistían sin desvío,
no desdeñando al joven animoso
docta, canora, sonorosa Clío;
Gracias y Musas se unen a elevarle
y las Furias y Parca a derribarle (1).
Heredó de Cantabria el ardimiento;
imitó del gran Noja (2) las acciones;
advertido ilustró su entendimiento
tomando de Minerva las lecciones;
supo dar a su empleo cumplimiento;
supo también robar las aficiones
cuando en el regio Nápoles florido
brilló gallardo y se explicó entendido (3).
Del Betis caudaloso en la ribera
festivo divirtió los cortos años (4),
logrando en la fortuna lisonjera
los aplausos de propios y de extraños;

(1) Fué buen poeta; dejó varias composiciones, estimadas de los que las leen. (*Nota marginal, como todas las que siguen.*)

(2) Don Juan de Noja Castillo, bisabuelo suyo, fué General Almirante de todo el Océano, de acreditado valor y conducta.

(3) Le envió a Sicilia el Señor Fernando el VI a comisiones de su Real servicio, y se presentó en Nápoles al rey don Carlos, hoy III de España, quien le distinguió mucho.

(4) Pasó en Sevilla los años de su pubertad.

corrió veloz, y al fin de la carrera
enseñó a los mortales desengaños,
dejando entre cenizas sepultado
el valor adquirido y heredado.
Cuando el sabio Pastor americano
surcaba el golfo por gozar su esposa,
el furor atrevido de Vulcano
arrojó al vaso llama pavorosa (1);
diestro Petronio, con activa mano
cortó el incendio y dió quietud dichosa
a los que ya entre sustos desmayaban
en vista de la muerte que esperaban.
No exprimentó en Tolón el triste estrago
cuando en nave fatal dió providencia
de un sitio a otro discurriendo vago,
armado de valor y de prudencia (2).
El mismo fuego le sirvió de halago;
no naufragó, que la alta Providencia
a más glorioso fin le reservaba:
en morir por la fe que profesaba.

(1) El Sr. Rubio, arzobispo de Méjico. Prendió el fuego en los barriles del aguardiente, dentro del navío que llevaba a su silla a este ilustrísimo, y, avisado don Pedro de Helguero por la tripulación del peligro inminente, ocurrió él solo a evitarle; que estaba ya atajado y extinguido el fuego antes que Su Señoría y la oficialidad de la nave supiese que le había habido.

(2) En la batalla de Tolón repartía las órdenes de su primo don Enrique de Olivares, capitán del navío el *Neptuno,* que fué el primero que entró en la refriega y el que más sufrió y quedó más maltratado.

Del mar funesto el agua procelosa
anegaba sangrienta el roto pino;
riesgos sulca la gente lastimosa
sin rumbo, sin aliento, sin destino;
mas avistando (bien que temerosa)
a la excelsa colonia de Barquino,
en su noble piedad hallaron puerto,
Petronio triste, y Olivares muerto (1).

Cercábame el dolor un triste día
en que más su peligro imaginaba,
a su seguridad le persuadía
mi voz, que en los afectos se animaba;
desatendió la justa pena mía
porque de los temores se burlaba,
y en la causa infeliz de mis enojos
líquido el corazón corrió a los ojos (2).

Volvió Petronio al mar y bramó el viento,
enmudecen tritones y sirenas,
ronco sonó el bélico instrumento,
infausto anuncio de futuras penas;
sólo Petronio, instado de su aliento,
pisó ardiente las húmedas arenas
por acercarse al término preciso
de que el mismo nacer le dió el aviso.

---

(1) Don Luis de Olivares murió a pocas horas después de aquella gloriosa función, y fué enterrado en el convento de San Agustín, de Barcelona.

(2) En conversación en Las Huelgas que tuvo su hermana, la autora de estos versos, antes de volver a corso.

¿Adónde vas, Petronio valeroso?
Huye del golfo, que Neptuno airado
oculta en su dominio proceloso
agareno furor de fuego armado (1);
pero en vano es el ruego cariñoso
que el corazón te envía lastimado;
magnánimo, constante, fiel y fuerte,
mi voz no escuchas por buscar tu muerte.
Descúbrense las naves enemigas;
da, la española, al viento la bandera,
corta veloz las olas cristalinas,
apresa a la otomana más velera;
Petronio con hazañas peregrinas
mayor victoria conseguir espera;
a seguir a la que huye se previene,
cuando su misma muerte le detiene.
Bárbara mano, ¿cómo así, atrevida,
con el fuego y el plomo has conspirado
contra el cántabro bello, cuya vida
en su perfecta edad has marchitado?
De su valor el Africa ofendida
envidiosa, tirana se ha mostrado,
y el infiel Ismael el tiro ha hecho
en el rosado blanco de su pecho.
Admirable, divina providencia,
independiente en tus operaciones,
¿cómo al inmenso abismo de tu ciencia
podrán sondear humanas comprehensiones?

(1) Era Archimira el pirata que gobernó esta acción.

Yo imagino, Señor, que fué clemencia
al alma libertar de sus prisiones;
tu juicio adoro, y víctima te ofrezco
con el dolor intenso que padezco.
Murió Petronio, y el ingrato olvido
también cruel su nombre ha sepultado;
no hubo laurel, que desdeñoso ha huído
de un mérito, aunque heroico, desgraciado;
sólo la bella tropa en quien ha sido
por sus amables prendas estimado,
de su heroicidad imprime historia
en el terso papel de la memoria.

II

LA ESPOSA EN LA AUSENCIA DE SU AMADO

LIRAS

¡Infausta noche obscura
en que mi amable Esposo se ha ausentado!
Por gozar su hermosura
dejaré patria, casa y pueblo amado;
herida de su amor salgo a buscarle,
y no he de descansar hasta encontrarle.
Como divina esencia
estás presente, poderoso, en todo;
pero vuestra clemencia
suspendéis ¡oh Señor! y de tal modo,

que celoso de mí, Dueño querido,
para probar mi fe te has escondido.
Cual el ligero ciervo
huíste de mi vista presuroso,
y del tormento acerbo
mi pecho siente el golpe riguroso.
Mas me esfuerza el amor, Dueño divino,
y no temo los riesgos del camino.
Este desierto triste,
donde falta de flores las alfombras,
y solamente existe
el horror pavoroso de las sombras,
a los ayes que doy, ¡dolor terrible!,
parece se conmueve, aunque insensible.
No estorbes, alto monte,
los pasos de esta amante peregrina,
que deja tu horizonte
y a buscar a su Esposo se encamina.
¿Y cuándo encontrará mi fiel afecto
a mi Bien, a mi Luz, a mi Dilecto?
¿Si oyendo los balidos
de sus ovejas, a quien tanto ama,
estará en los ejidos,
pisando de los campos verde grama?
¿O en las altas nevadas serranías
compadecido de las ansias mías?
¿Si en sencillas aldeas,
fuera de las ciudades y bullicio,
donde en tantas tareas
el útil labrador cumple su oficio?

Allí podré encontrar mi Rey augusto,
que fija en la humildad su trono y gusto.
Zagalas que en apriscos
cuidadosas guardáis vuestro ganado:
pastores que estos riscos
tantas veces habéis atravesado,
¿habéis visto al más bello Peregrino,
que siendo humano tiene ser divino?
Verde prado frondoso,
matizado con tanta margarita,
¿descansó en ti mi Esposo,
cuyo inmenso poder no se limita,
del Padre resplandor puro, brillante,
que antes fué que el lucero, y es mi amante?
Fresca, agraciada fuente,
que aumentas de estos valles la hermosura,
detén a tu corriente
y de mi pecho templa la amargura;
formando del cristal brillante espejo
en el que de mi bien vea el bosquejo.
¡Oh, memoria! ¡oh, memoria!
No aumentes con recuerdos mi tristeza:
me falta aquella gloria
que el Amado me daba con fineza;
dichosa con su vista descansaba,
y su aliento divino me animaba.
Apreciable tesoro,
precioso, eterno, bello y exquisito,
al que rendido adoro,
por ser prenda de Vos, Dios infinito:

mis ojos no te ven, te has ocultado,
mas en ti el corazón tengo fijado.
A la tórtola amante
que en rama seca triste está gimiendo,
pero fiel y constante
desvíos de su Amado padeciendo,
excedo en el dolor, estoy herida,
y ausente de mi bien, pierdo la vida.
Las bellísimas aves
que alegres cantan al rasgar la aurora,
dejen músicas suaves,
suspendan la armonía por ahora,
que el increado sol que vi en Oriente
ha escondido su luz resplandeciente.
Vuele el céfiro blando,
llegue veloz a darme algún recreo,
y del que estoy buscando,
a quien amo, a quien sirvo, a quien deseo,
toque con suavidad las tiernas huellas
que el Amado estampó con plantas bellas.
¿Adónde entre las flores
sosegara mi Bien la meridiana,
gozando sus amores
el candor puro de (1) azucena ufana?
Mi Dueño, ¿adónde estás, adónde moras?
De tu ausencia, Señor, cuento las horas.
Todas las criaturas,
a quien disteis el ser, Rey soberano,

(1) En el original: *de la.*

y son diestras hechuras
de vuestra liberal divina mano,
aunque unidas concurran a aliviarme,
no es posible que puedan consolarme.
La tempestad terrible
acrecienta las sombras dominantes,
el rasgo más temible
amenaza a mi vida por instantes;
el iris aparezca de bonanza,
pues en él sólo tengo mi esperanza.
¿Cuándo aquel verde ramo
la paloma traerá de sacra oliva,
y el Dueño a quien yo amo
aliento me dará para que viva?
Ven mi bien; ven, Señor, y sea luego,
y cesará el diluvio en que me anego.
Romperé las fronteras,
surcaré ansiosa procelosos mares;
con quejas lastimeras
penetraré las fuerzas militares:
circundaré la tierra, siempre estable,
que me esfuerza un amor que es admirable.
Llorosa doy las señas
del bien amado, cuando así padezco;
en poblados y en breñas
pregunto por la luz de que carezco.
Como no me responden, se acrecienta
el poderoso amor que me atormenta.
Oí la voz del Dueño,
cuyos ecos mi pecho liquidaron.

Llamé, y con grave (1) ceño
las guardias me siguieron y ultrajaron;
las del muro, aumentando mis asombros,
el palio me quitaron de los hombros.
De Sión nobles hijas
que habitáis en su centro venturosas,
a mis penas prolijas
mitigad con noticias amorosas.
¿Habéis visto en Salén mi Esposo amado,
rubio, perfecto, blanco y encarnado?
Sus labios agraciados
derraman suavemente la dulzura;
son bienaventurados
los que dichosos gozan su hermosura:
camina vencedor, y va con palma,
llevando en pos de sí toda mi alma.
Penetró mi fiel pecho
tu saeta sutil, Dueño adorable,
y habiendo el tiro hecho
te alejaste de mí, bien inefable.
Desfallezco, Señor, muero de amores;
las manzanas me cerquen, y las flores.
Vuelve, vuelve a los lazos
que finamente fuertes aprisionan:
descansa entre mis brazos,
si deliquios amantes te enamoran:
cesen iras, aparta los enojos,
vuelve a mirarme, vuelve a mí tus ojos.

(1) En el original: *gran.*

III

DELICIAS DE LA SOLEDAD

Huyendo de la fiera
que ensangrienta su diente venenoso
en el que en alta esfera
el mundo ciego tiene por dichoso,
busqué la soledad apetecida
por no llegar a verme perseguida.
Aquí la gran Cibeles
de las soberbias torres coronada,
de rosas y claveles
tiene la gala verde matizada;
la salpica de aljófares la aurora,
o bien cuando se ríe o cuando llora.
Están las bellas aves
en verdes ramas esperando el día;
ya festivas, ya graves,
dar quieren al Favonio la alegría;
y viendo que a las nubes rompe el alba,
hacen a los crepúsculos la salva.
A mirarse en la fuente
salen las tiernas, olorosas flores;
al cristal transparente
dan agradables visos sus colores
y corre agradecido a enriquecerlas
con los hilos preciosos de sus perlas.

Está la bella rosa
en el rosal de espinas defendida,
pero como envidiosa
de ver a la azucena tan lucida,
que desde el trono verde se descuella
a dominar al campo como estrella.
En este sitio ameno,
de Amaltea y de Flora suave agrado,
me asiento en el terreno
que en su estabilidad está fijado.
Veo salir al sol por la cortina
que corrió por la noche Proserpina.
Hiere con rayos de oro
las encumbradas cimas de los montes,
y sin perder decoro
baña los valles, chozas y horizontes:
entra por los jardines su luz pura
y al reino vegetable da hermosura.
Aquí hierbas y flores
a las robustas plantas enlazadas
van mostrando primores,
de los que al natural son adornadas;
y moviendo a sus hojas los jilgueros
céfiro son de pluma lisonjeros.
Encumbrando su vuelo
la cándida paloma se levanta,
cuando, cercano al suelo,
el ruiseñor ingrato diestro canta,
siendo su dulce voz y su gorjeo
emulación de Arión, pasmo de Orfeo.

Esperando a su dueño
está en la rama (1) tórtola quejosa,
que de la ausencia el ceño
la tiene desvelada y cuidadosa;
quiere cantando suavizar su pena
y ser del ruiseñor dulce sirena.
Desde el monte a la esfera
vuela veloz el águila arrogante,
y del sol que venera
bebe la luz con vista penetrante,
alza la voz y dice de este modo:
—Quien hasta aquí subió, reina es de todo.
La laboriosa hormiga,
continua reprehensión del hombre ocioso,
el fruto de la espiga
conduce con cuidado congojoso:
le reserva en la trox para alimento
y su instinto parece entendimiento.
La solícita abeja,
que de las flores saca néctar puro,
las circunda y las deja
volando al corcho, en su defensa muro,
donde lleva la miel que dulcifica
a la taza de cera que fabrica.
El ciervo que está herido,
con el grande dolor acelerado
y de sangre teñido,
va en busca del alivio deseado;

(1) En el original: *rama la.*

arrójase a la fuente cristalina
y en su raudal encuentra medicina.
Tiene como clemencia
el coronado bruto de ese monte,
y cuando a su violencia
parece se estremece el horizonte,
exhala el noble aliento, da un bramido,
dejando huir la presa que ha cogido.
Del reino del Anfítrite,
peligro de las gentes lastimoso,
sin haber quien le imite
va surcando las olas presuroso
el pez pequeño que, industrioso, sabe
ser áncora viviente de la nave.
El murice apreciado,
que da en su sangre regio colorido,
el rocío cuajado
que roba de la mar, buzo atrevido,
manifiestan, Señor, tus maravillas,
que contemplo del golfo a las orillas.
Veo que procelosas
las ondas agitadas por el viento,
entre sí tumultuosas,
pretenden dominar otro elemento;
mas encuentran presión en las cadenas
que el gran Dios fabricó de las arenas.
Voy a tomar descanso,
después de haber pasado medio día
donde el arroyo manso
forma, dando en las piedras, armonía,

y me divierten de la siesta el rato
Calíope heroica, amorosa Erato.
Desde aquí a otras regiones
la voluntad envía al pensamiento
y serias reflexiones
me dan de la verdad conocimiento,
fijando la atención en lo pasado,
que la Grecia dejó fabulizado.
Roba a Europa su amante
y se entrega a las olas procelosas
con el peso constante,
toma puerto en las peñas escabrosas,
pero advierte que amor desordenado
a un Júpiter en toro ha transformado.
El joven imprudente
que el apolinio carro pretendía,
solícito, impaciente,
el riesgo de mandar que apetecía,
subió soberbio, gobernó sin juicio,
y fué su elevación su precipicio.
Está Andrómeda hermosa,
pero más infeliz, al risco atada,
esperando llorosa
ser del monstruo marino devorada,
cuando vuela Perseo generoso
y la libra del riesgo, valeroso.
No procedió con juicio
el infante pastor en la sentencia,
pues no estuvo propicio
al excelso poder y la alta ciencia:

prefirió lo caduco en la hermosura
y fué incendio de Troya su locura.
  Muchas moralidades
se podían sacar de las ficciones,
pues ocultan verdades
que a corregir enseñan las pasiones.
Tántalo, Ticio, Igión y Prometeo
enseñan cómo Dios castiga al reo.
  Dígalo aquel protervo
que usurpar quiso a Dios sus luces bellas;
por no adorar al Verbo
arrancó del zafir muchas estrellas:
serpiente astuta, venenosa, insana,
por quien Eva mordió de la manzana.
  Ya su cerviz inclina
a centro más fatal que el de Tifeo.
Llore, llore su ruina
bajo el Peloro, Hegra y Lilibeo,
y en fuego eterno de infernal Paquino
la fuerza sienta del poder divino.
  Por la tarde la historia
de estos recuerdos quita la amargura.
Recreo mi memoria
con ejemplos que encuentro en la lectura;
noto peligros, hallo desengaños
y vivo mucho tiempo en pocos años.
  A Semíramis veo
sin adornar del todo su belleza,
que la lleva el deseo
de mostrar en la guerra su destreza

y que a su tocador vuelve segura
a mirar vencedora su hermosura.
También reflexión hago
en la discreta poderosa Dido,
que, fundando a Cartago,
la contraria mayor de Roma ha sido.
¡Cuántas veces su altiva descendencia
puso a tan gran poder en decadencia!
La egipcia más amante
que reinó, y con razón rindió al romano,
con pulso palpitante
al pecho aplica el áspid inhumano:
que Antonio muerto, en su infelice suerte,
alivio le parece que es la muerte.
Silenciosa Mariene,
descendiente infeliz de un Macabeo
que entre sus gracias tiene
la desgracia de amarla el Idumeo,
va a morir, que de Herodes la fiereza
también sabe dar muertes por fineza.
Triste mi atención mira
a la grande Cenobia aprisionada,
que sin aliento tira
del carro vencedor a que va atada:
mas fin tendrán los triunfos de Aureliano,
pues se arma del puñal Festo, tirano.
La generosa Infanta
de León gloria, Condesa de Castilla,
de quien la fama canta
que si la vió en disfraz fué sin mancilla,

cuando en la heroica acción que ha ejecutado
a su consorte fiel ha libertado.
Advierto que en el canto
el vándalo celebra sus desdichas,
que el sabio puede tanto,
que de los infortunios saca dichas;
del ¡ay! de su dolor forma armonía
más dulce que la misma Monarquía.
Aquel cuyos laureles
coronaron al mundo conocido
en desgracias crueles
le vió Bizancio pobre y abatido:
a sus triunfantes palmas adquiridas
sin ojos las lloró todas perdidas.
El lirio de la Francia,
precioso adorno de todos los Borbones, (*sic*)
grande desde su infancia,
fuerte y feliz en todas ocasiones,
al ir alegre a coronar su esposa
muerte a traición le dió mano alevosa.
En Luis décimosexto,
el más justo, benigno soberano,
la malicia echó el resto,
el furor, la impiedad del pecho humano;
por sus mismos vasallos sentenciado,
fué en infame suplicio degollado.
La gran reina, llorosa,
está temiendo la infelice suerte,
y como amante esposa
sin su rey le será dulce la muerte;

pero lleva el dolor que a sus retratos
les borraran de Francia los ingratos.
¿Qué hay en la vida estable,
cuando aumenta mudanzas la fortuna?
Se precia de mudable;
en su comparación firme es la luna.
Rusia, Polonia, Suecia, Dinamarca
temieron los rigores de la Parca.
Entre tanto portento
como muestra el teatro de este mundo,
fijo el conocimiento
en lo admirable del saber profundo
de aquel Señor, que en providencia eterna
en todo asiste, a todo lo gobierna.
Los átomos dispersos
hechura son, mi Bien, de vuestras manos:
en sus formas diversas
Vos los hicisteis, Dueño soberano;
Vos fabricaste al mundo que no había,
que el acaso no forma la armonía.
Las brillantes estrellas,
rayos del sol, esmeros de la luna,
entre sus luces bellas
complaciéndose están de su fortuna.
Todo el Cielo, Señor, sagrada historia
hace la enarración de vuestra gloria.
En tan varios objetos
vivo en la soledad entretenida.
La causa en los efetos
divisa el alma y queda suspendida

en gozosa quietud, suave recreo;
a la contemplación así me entrego.
Cuando el sol a su ocaso
camina presuroso por la esfera,
a iluminar de paso
de Américo Vespucio la ribera,
entro en mi choza, quedo recogida,
formando gusto de acortar la vida.
Dulce soledad mía,
quietud amable para mi deseo,
¿si llegará algún día
en que me falte el bien que en ti poseo?
¡Ay, soledad! No puedo ser dichosa,
pues estoy de perderte temerosa.

IV

"DOMINE NE IN FURORE TUO" PSALMO XXXVII

Suspended el castigo,
mi Dios Omnipotente, bien amado,
hasta que ya conmigo
tus justas iras se hayan aplacado.
Dilatad, compasivo, la sentencia
y llegue en mi socorro la clemencia.
Temo vuestra justicia,
pues de sus golpes tengo el pecho herido.
Conozco mi estulticia,
el rubor que padezco me ha rendido,
vuestro vengador brazo me atormenta
y el peso grave sobre mí acrecienta.

Vuestro hermoso semblante
le vi airado, Señor; ¡qué cruel pena!
Advertí cómo errante
arrastraba en mis yerros la cadena.
El alma tiembla con dolor terrible
y su maldad le hace más sensible.
Cubren a mi cabeza
la multitud de mis iniquidades,
y lloro con tristeza
bajo la enorme carga de maldades.
Desfallecido estoy, mi fin recelo;
amparadme, Señor de tierra y Cielo.
Como estaba tan ciego,
naufragando en las ondas inconstantes,
no atendí desde luego
a curar mis heridas penetrantes.
Con la putrefacción se encanceraron
y mi grande peligro ocasionaron.
La fuerza de mis males
que quitaban las fuerzas que tenía,
en las ansias mortales
de congoja cruel desfallecida,
a mi rostro cubría la tristeza
y al pecho se inclinaba la cabeza.
De la concupiscencia
la irritación cruel me atormentaba,
y leal la conciencia,
mis antiguos errores me acordaba.
Esta contienda que jamás se aplaca
debilita a la carne, siempre flaca.

Llegué al extremo infausto
en que alteradas todas las pasiones,
el vigor todo exhausto
cercado de tormentos y aflicciones
del hondo de mi pecho los gemidos
salían a manera de rugidos.
Vos, Señor, que presentes
tenéis del corazón los movimientos,
y os son también patentes
los ocultos y varios pensamientos,
escuchasteis mi voz, visteis mi llanto,
y sabéis por qué causa peno tanto.
No ignoráis a qué punto
mis congojosas ansias se elevaron,
mi amor al dolor junto
el descaecimiento acrecentaron,
mis lágrimas cubrían como nieblas
a la luz de mis ojos de tinieblas.
También para privarme
de todo alivio en este ingrato suelo,
llegasteis a quitarme
en los amigos todo mi consuelo;
mi propia sangre sublevada en ira
contra mí, ¡qué rigor!, vi que conspira.
Aquéllos me dejaron
que estar unidos junto a mí debían;
todos me abandonaron
a los que cautelosos me afligían
mostrando en este infiel infame hecho,
el odio que guardaban en su pecho.

Astutos empleaban
el día y noche en inventar ardides,
mil modos ingeniaban
por triunfar y rendirme en todas lides;
burlándose de mí como malvados,
me echaban en la cara mis pecados.
Bien sabéis que pudiera
el vengar, ¡oh mi Dios!, tantas injurias;
mas como si no oyera,
en silencio sufría mis penurias;
dejé el derecho de justificarme
ni los labios abrí para quejarme.
Esperaba bonanza
en el airado golfo de mis penas;
en Vos la confianza
tenía puesta, que todo lo serenas;
por esto aguardo a que habéis de oirme,
dejando, por piadoso, de afligirme.
Los crueles contrarios,
viendo que vacilaba mi fortuna,
hablando temerarios
mi situación hacían importuna.
Castigadme, Señor, con vuestras manos;
no permitáis me injurien los tiranos.
Señor, por mi pecado,
que siempre está delante de mi vista,
sea yo castigado;
que a tu poder ¿quién hay que le resista?
Pues él fué causa de que yo padezca,
haced, haced de mí lo que os parezca.

Bien sé no es excesivo
rigor algún (1), ni igual a mis delitos,
y así confuso vivo
temiendo si seré de los precitos.
Haré la confesión, será sincera,
y alcanzaré la dicha verdadera.
Mas os hago presente
cómo mis adversarios aún subsisten,
y que continuamente
a la luz natural también resisten.
Por instantes, mi Dios, se multiplican,
y con tenacidad se fortifican.
En sus obras y juicios
siempre fueron impías estas gentes,
me pagan beneficios
con suma ingratitud, como insolentes:
es mi delito amar a la justicia,
por esto me aborrece su malicia.
Mi Dios incomprehensible,
árbitro de la vida y de la muerte,
a los malos terrible,
mas benigno al que en Vos busca su suerte,
socorredme, Señor del alma mía,
y no triunfe de mí la tiranía.

(1) En el original: *alguno.*

V

A LA SERÁFICA MADRE SANTA TERESA DE JESÚS

En este triste valle,
que es valle de afligidos,
una pastora amante
está dando suspiros.
Se queja dulcemente
a su Pastor querido,
de que la muerte tarda
en desatar el hilo.
Muere porque no muere
y en ansiosos deliquios
las flores y manzanas
no la sirven de alivio.
Transportada en su Amado,
fuera de sus sentidos,
el pecho generoso
previene al dardo activo.
Cuando del Cielo baja
el bello Paraninfo
blandiendo el arma de oro
por mandato divino,
se acerca a la pastora,
mira al corazón fino
que víctima aceptable
va a ser del sacrificio.
Le traspasa obediente
y queda suspendido,

viendo cómo en la tierra
a un serafín ha herido.
El dolor, aunque intenso,
es también admitido
del corazón, que al dardo
quiere salir asido.
Mas detiene a su vuelo
el poder infinito,
y así vuelve a su centro
para vivir prodigio.
De púrpura bañado
palpita agradecido,
viéndose penetrado,
pero no dividido.
Generosa le ofrece
todo al Pastor benigno,
que no fuera holocausto
si le diese partido.
En tan gloriosa pena,
en tan suave martirio,
descansa dulcemente
del dolor padecido.
Al sagrado Carmelo
animosa ha subido
con todos los rebaños
que sabia ha conducido.
De la admirable nube
el precioso rocío,
al monte fertiliza,
al pasto hace florido.

Bajo la palma hermosa
que dió fruto bendito,
la pastora y ganado
tienen seguro aprisco.
Le apacienta gozosa,
y con sonoros himnos,
alaba a la clemencia
del Pastor peregrino.
Acordes instrumentos
de sus afectos finos,
a la voz acompañan
perfectamente unidos.
Atended, que ya empieza,
pues, Cisne, ha prevenido
acercarse cantando
al término preciso.

VI

A LOS PELIGROS DEL MAR

Navecilla velera,
que a regiones remotas
siguiendo tu esperanza
tienes puesta la proa:
¿No ves el golfo inquieto
a quien Eolo enoja,
que no puede el tridente
detener a sus olas?

Mira cómo alteradas
huyen de sí furiosas
y en el viento fabrican
montañas espumosas.
Tus flámulas bizarras
que al céfiro enamoran,
se ven groseramente
ajadas por el Bóreas.
Mira naves deshechas
en la playa arenosa,
que ha sido su desgracia
aspirar a dichosas.
No surques más el golfo
por buscar codiciosa
los preciosos metales
que el Potosí atesora.
Deshará los designios
que a tanto mar te arrojan,
el impulso invencible
de mano poderosa.
Mira cómo otras naves
en los escollos tocan,
y en la cruel Scila
las ve Trinacria rotas.
Si a la quilla penetra
la imperceptible broma,
en agua del naufragio
fatigarás la bomba.
Si atrevidos piratas,
navecilla, te abordan,

¿cómo entre tantos sustos
conseguirás victoria?
La que defensa al agua
te da bituminosa,
de fuego inextinguible
te amenaza traidora.
Serás prodigio, ¡oh nave!
de cualidad monstruosa,
pez entre las espumas,
en fuego mariposa.
Los tristes pasajeros
en la infelice popa,
rubricarán con llanto
sus últimas congojas.
Ocultará la estrella
la luz que daba hermosa,
y sin el norte, infausta,
penetrarás las ondas.
En las fieras marinas,
horror que el mar aborta,
tendrá muerte y sepulcro
tu gente lastimosa.
Todos los elementos
contra ti, nave, chocan,
en huracán, en llamas,
en escollos, en ondas.
¿Cómo, nave arrogante,
en peligros te engolfas,
fiándote en las velas,
sólo del viento pompa?

Huye, pues, de Proteo,
que, en variedad de formas,
acrecienta los sustos,
aumenta las zozobras.
Al abrigo del puerto
vuelve, nave animosa,
el áncora asegure
tu duración dichosa (1).

(1) *Poesías sagradas y profanas. Su autora, Doña María Nicolasa Helguero y Alvarado.*—Burgos, 1794.

DOÑA MARÍA ROSA GÁLVEZ

Nació en Málaga, en el año 1768. Ignoramos quiénes fueron sus padres; sólo consta que era hija adoptiva del coronel don Antonio Gálvez y de doña María Ana Ramírez de Velasco, sin que sepamos si la adopción se verificó únicamente por fines caritativos o por otras causas, pues parece algo extraño que la misma doña María Rosa, en su testamento, no cite a sus padres legítimos. Dichos señores la dejaron la mitad de los bienes que poseían en Málaga, Vélez y Puerto Real, con cláusula de sustitución en favor de doña María Josefa Gálvez y Valenzuela, marquesa de Sonora. Cuando aún residía en Málaga, contrajo matrimonio con don José Cabrera y Ramírez, capitán que fué de Milicias, y luego agregado en la Legación de España en los Estados Unidos. Por causas que la tradición conserva, ambos fueron desgraciados, pues se atribuía a doña Rosa una amistad demasiado estrecha con el potente favorito Godoy, si bien nos

parece que en este punto la maledicencia ha exagerado notablemente los hechos, hasta afirmar que la poetisa recreaba al Ministro, no sólo con sus caricias, sino que, prostituyendo la poesía, le distraía de graves ocupaciones con la lectura de versos en extremo lozanos y verdes (1). Lo cierto es que siempre Godoy la protegió, y que, merced a su amistad con éste, consiguió que nada le costase la publicación de sus obras, hecha a expensas del Estado. Alterada la paz del matrimonio por los celos, don José Cabrera se divorció, pidiendo el traslado a los Estados Unidos, y molestó con pleitos cuanto pudo a doña Rosa, quien atribuía todo esto a los manejos de unos señores Escorza, Rute y Arias, que tenían sugestionado a su marido. Parece que doña Rosa no logró sucesión, y si tuvo hijos, fallecieron de temprana

(1) "A fines del pasado siglo y principios del presente (el XIX), vivió la poetisa malagueña doña Rosa Gálvez de Cabrera, perteneciente a la familia del célebre ministro Gálvez; corrió vida azarosa y libertina, viniendo a parar a Madrid a vivir a expensas de Godoy, a quien tenía por costumbre presentar un soneto liviano a la hora de tomar el chocolate; en los cuatro tomos de poesías que escribió hay algunas aceptables, entre ellas un buen monólogo a Safo; contiene además varias tragedias bastante malas. Debo estas noticias a mi amigo el señor don José Carvajal y Hué."

Guillén Robles (F.). *Historia de Málaga y su provincia.*—Málaga, 1873; pág. 681.

edad, pues no vivían cuando testó, poco antes de su muerte, ocurrida a 2 de octubre de 1806.

I

LA CAMPAÑA DE PORTUGAL

ODA AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR PRÍNCIPE DE LA PAZ

¿A quién aprestas, sanguinario Marte,
el carro del terror? ¿A quién, Belona,
tus armas invencibles destinando,
previenes la corona
de laurel inmortal? ¿Será que hollando
los enemigos del hispano suelo
sus guerreros convoque a la campaña,
y que el clarín belígero sonando,
el héroe de la España,
para domar al luso belicoso,
marche a su frente impávido y brioso?
¡Ay! Sí será. La patria desolada
su nombre implora, en su valor confía:
Lusitania, Albión, en odio ardiendo,
la insultan a porfía;
él vuela a su socorro combatiendo
por su antiguo esplendor; hijos del Tajo,
seguid su curso; sus orillas vean
la afrenta y la venganza compitiendo;
porque testigos sean

de que el héroe español jamás, jamás consiente
de su patria el agravio impunemente.
Sonó la trompa, y a su ronco estruendo
la tierra gime, y ruge el Oceano:
su antorcha horrible la discordia enciende,
y al nombre soberano
del heroico Borbón, que Esperia entiende
apellidar por ti, noble caudillo,
las huestes valerosas sus hogares
dejan en soledad. Ya el campo emprende
hazañas militares,
y al viento los pendones desplegando,
tú vas su marcha y su valor guiando.
A tu ademán guerrero, al ver tu espada
defender los castillos y leones,
Lusitania, temblando estremecida,
teme que los corones
sobre su antiguo trono; enfurecida
invoca de sus hijos los aceros
en vano en su favor; en vano implora
sus soberbios guerreros;
aterrados los ve, y huye oprimida,
encubriendo las quinas con su manto,
a esconder su dolor bañada en llanto.
Ya el español ejército penetra
los enemigos campos; la victoria
volando en ellos, al valor ofrece
la palma de la gloria.
"Si tan ilustre premio pertenece
(dijo el caudillo) al vencedor brioso,

nuestro será, españoles; peleamos
por la patria abatida; ella perece;
a defenderla vamos;
demos reposo a la afligida tierra
y la paz arranquemos a la guerra."
Cesó; y la paz que en el Olimpo habita,
de la mísera Europa desterrada,
sus votos oye, y al Eterno implora
en favor de su espada.
De morir o triunfar llega la hora;
llega, y tú marchas, lidias, y vencido
el furor de Olivencia y Portoalegre,
en sola una batalla destructora,
Campomayor rendido,
apenas vió empezarse la campaña,
cuando el triunfo cantó la madre España.
Así, cuando del Cielo la hermosura
el hórrido nublado va empañando,
y el rayo anuncia el pavoroso trueno,
al orbe amenazando,
suele romper su ennegrecido seno
del puro Norte el soplo impetuoso,
y lanzándolo al Sud, brilla sereno
el sol majestuoso,
reflejando su luz los horizontes
del hondo valle a los soberbios montes.
"No más horror ni sangre, la Paz clama
desde la esfera al héroe victorioso;
yo desciendo a la tierra a coronarte
con el ramo dichoso

de la oliva pacífica; si Marte
sus armas te cedió, yo te destino
recompensa más digna de tu pecho.
Quien mi nombre te dió, también va a darte,
de la envidia en despecho,
el honor de gozar de la victoria,
y al lado tuyo disfrutar la gloria."
Dijo, y desciende, y el furor destierra
del campo vencedor; ve los guerreros
aclamar sus augustos Soberanos
que llegan placenteros
a celebrar la paz, de gozo ufanos.
Salve una y veces mil, paz deseada;
salve una y veces mil, héroe dichoso
que vuelves el descanso a los humanos;
tú logras animoso
que den fin a la guerra y sus horrores
la paz y tus Monarcas vencedores.
Y ¡qué! después de tan feliz conquista,
¿será negado a ti? Por todas partes
tu nombre sonará; benigno el Cielo
de las divinas artes
vuelve a la España el plácido consuelo.
Paz y salud repiten los ancianos,
los jóvenes, las tímidas doncellas;
paz y salud al oprimido suelo
mi voz canta con ellas,
y alborozado el genio que me inspira,
acentos de placer presta a mi lira
Y ¿a quién mejor que a ti la musa hispana

deberá celebrar, pues generoso
proteges de las artes las tareas;
pues tu influjo piadoso
en su prosperidad benigno empleas?
Yo a tu valor la dulce poesía
reverente consagro; ella te ofrece
la gloria de tu patria, que deseas,
y en su canto aparece
de tu campaña el triunfo, que en la historia
hará inmortal tu nombre y mi memoria.

II

LA BENEFICENCIA

ODA A LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA CONDESA DE CASTROTERREÑO, CON MOTIVO DEL DISCURSO QUE PRONUNCIÓ EN LA REAL JUNTA DE DAMAS EN ELOGIO DE LA REINA NUESTRA SEÑORA

Virtud consoladora, don del Cielo,
pura beneficencia,
si el tierno pecho que tu fuego inspira,
en tu elogio desplega su elocuencia,
no te desdeñes, no, de oir mi lira
invocar y aplaudir tu nombre santo;
no te desdeñes, no, de oir mi canto.
Tú, que para aliviar a los mortales
del Olimpo desciendes
buscando el corazón noble y piadoso,

que con tu llama celestial enciendes;
a ti, entonando el himno sonoroso,
naturaleza sus consuelos canta,
y adora el ser que tu bondad levanta.
Amira es el modelo venturoso
que elegiste en la tierra
para animar la humanidad doliente:
su noble pecho la ternura encierra
que necesita el mísero inocente,
y hallan su amparo en él y su disculpa
los infelices hijos de la culpa.
Oigo su voz de gratitud sublime
hasta el trono elevarse;
del genio y la piedad arrebatada,
contra el prestigio de razón armarse:
por la virtud y compasión llevada,
ella ofrece a la España, en su elocuencia,
de su reina la gloria y la clemencia.
Yo te admiro, y te sigo en las tareas
de tus tiernos cuidados;
penetras la mansión adonde gimen
los desvalidos niños desgraciados;
allí con la miseria los oprimen
de la orfandad los males horrorosos,
y allí gozan tus dones generosos.
Cual suele el austro del helado polo
en el hórrido invierno
asolar la campiña deliciosa,
que el decreto inmutable del Eterno
deja volar con furia vaporosa,

quedando a su rigor naturaleza
afligida, sin pompa ni belleza;
que al tornar la brillante primavera
de rosas coronada,
alza del polvo la abatida frente,
de flores y de frutos adornada;
abre su helado seno al sol ardiente
y por doquier fertilidad mostrando
va al hombre sus tesoros prodigando.
Así tú, Amira, el infeliz albergue
donde reinaba el llanto,
recuperas también de inmensos males;
tanta es tu compasión, tu celo tanto,
que imitas a los seres celestiales;
todo siente a tu vista la terneza
que te inspira la fiel naturaleza.
Si a ti fué dado de la real Luisa
elogiar las virtudes,
también fué dado con benigna mano
practicarlas por ti; gozosa acudes
al socorro que anhela el ser humano;
por sus alivios velas y te afanas,
y en su conservación el lauro ganas.
Yo vuelo a par del tiempo, viendo el curso
de las generaciones;
en mi mente su giro retratando
oigo a tu nombre dar las bendiciones
que el egoísmo en vano fué buscando:
la patria te celebra, te engrandece,
y tus hechuras a mi vista ofrece.

¡Cuántos brazos la diste, que propagan
la abundancia en su seno!
¡Cuántos son de su gloria defensores,
que perdiera sin ti! Su imperio lleno
de artesanos está, de labradores,
que la industria fomentan, y natura
ve aumentarse por ti la agricultura.
Y vosotros, viciados corazones
con el lujo engreídos,
de la beneficencia ved el fruto;
y cuando no podáis enternecidos
pagar a sus bondades el tributo
de la santa virtud, volved los ojos
del tiempo de impiedad a los despojos.
Mirad cómo era entonces el asilo
de tantos inocentes,
asilo del dolor y la fiereza;
ved los desnudos niños, que impacientes
claman por el sustento; y la dureza
con que una vil nodriza los castiga
y los deja expirar de hambre y fatiga.
¡Ay! Ellos perecieron; su memoria
me horroriza, me aterra;
no más correr mis lágrimas en vano:
yo vuelvo a la mansión donde se encierra
de Luïsa el amparo soberano;
allí suena su nombre; allí está Amira
la piedad publicando que ella inspira.
Allí triunfa mi sexo; la nobleza
de la corte española

a su reina benéfica imitando,
la gloria de hacer bien disfruta sola:
la inocencia a su vista está implorando
en su favor la bendición del Cielo
por su prosperidad y su consuelo.
Las madres de estos niños desgraciados
ante el Criador postradas,
a ellos unen sus votos fervorosos
en tierno llanto de placer bañadas:
y yo también, ¡oh seres virtuosos!
celebro de vosotras la clemencia.
y admiro y canto a la beneficencia.

III

LAS CAMPAÑAS DE BUONAPARTE EN ITALIA

ODA

Ven, genio imitador, y de tu fuego
enciende nuevamente el alma mía;
mi espíritu te invoca;
ven a mi humilde ruego.
Cantar deseo, pero nada inspira
acordes ecos a mi amada lira.
Mas ¡ay! ¿Desciendes de laurel ceñido,
y cubierto de acero refulgente,
al Dios de las batallas parecido?
¿Será que vueles en su negro carro

cuando los pueblos llena
de llanto y luto? Mas tu acento suena.
"Cantora de la Iberia, en vano quieres
que las sonoras cuerdas de tu lira
resuenen en el Pindo,
si no cantas el héroe que te brindo.
De Buonaparte el nombre victorioso
llevando va por la anchurosa tierra
el clarín de la fama belicoso;
el genio de la guerra
te inspira cantes al que fué en la cuna
hijo de la victoria y la fortuna."
Dijo; y deshecho, cual vapor ligero
a los rayos del sol, desaparece:
dijo; y el fuego del airado Marte
mis ideas inflama,
y la sonora trompa de la fama,
que te celebra, Buonaparte, tanto,
en pos de ti celebrará mi canto.
Seguiré tus hazañas por doquiera,
defensor de tu patria; por ti solo
vivirá engrandecida eternamente:
sus contrarios del uno al otro polo
quieren impunemente
extender sus conquistas ambiciosas;
mas en vano será; que tú, igualando
el valor de Alejandro y su ventura,
si él peleaba por domar el orbe,
conquistador funesto, aunque dichoso,

tú por tu patria, por la paz amada,
y porque viva el hombre venturoso.
Por ella, cual Aníbal, de los Alpes
hollar te veo la elevada cima
donde yacen cansados los guerreros;
sus corazones fieros
marcial ardor con tu presencia anima;
suena tu voz, y sienten en su pecho
renacer el coraje y el despecho.
"¡Oh! ciudadanos, dice, ¿así desnudos,
hambrientos, indefensos,
la dura muerte sufriréis en vano?
Mirad el enemigo; en sus inmensos
batallones habita la abundancia.
Para salir de males tan atroces
pelear y vencer manda el destino;
si os faltan armas, mutilad los troncos
del alto fresno y la robusta encina:
ved la Italia vecina,
que en su seno abundoso
despojos mil ofrece al valeroso."
Cesó; y al punto el himno de la guerra
de unas en otras filas va sonando:
quién la nudosa rama desgajando,
suplir la falta del fusil procura;
quién busca en la llanura
piedras enormes que arrojar previene
cuando se trabe la feroz pelea:
ya llaman al combate pavoroso
el sonoro clarín y el ronco parche;

y Buonaparte impávido y valiente
manda el ataque de la tropa al frente.
Ved a Minerva, que del alto Cielo
desciende presurosa,
y cubre con su egida impenetrable
al héroe cuya espada valerosa
combate porque un día
las ciencias y las artes a porfía
puedan en libertad brillar serenas;
ved que a su brazo para mayor gloria
liga por siempre la fugaz victoria.
Cual suele embravecido el Oceano
batir soberbio el escarpado muro
que el hombre mal seguro
a su inquieto poder opuso en vano;
que al choque repetido
de unas olas suceden otras olas
con ligereza suma,
saltan, se rompen en rabiosa espuma,
hasta que el austro con atroz silbido
agita el seno de su inmensa mole,
y ensanchando la espalda cristalina
se precipita, llega, y lo arruïna.
Así por todas partes en el choque,
a uno que muere, suceder se mira
otro que, ardiendo en ira,
busca el negro placer de la venganza,
y al enemigo intrépido se lanza.
Oigo precipitar de las alturas
las rocas arrancadas de su asiento,

y en medio del horrendo torbellino
del humo denso que el cañón despide,
la desesperación rugiendo gira:
todo es fuego y horror, y sangre y muerte.
En vano el alemán, en polvo envuelto,
lidia contra la suerte:
él huye derrotado,
de ardiente rabia y de sudor bañado.
Ya, Buonaparte, logran tus guerreros
víveres, ropas, armas abundantes;
ya el paso de los Alpes te promete
mil lauros venideros;
ya la fértil Italia en sus campañas
presenta nuevo objeto a tus hazañas.
¿Cómo podré de triunfos tan heroicos
el torrente seguir por las riberas
del Tánaro, y el Pó, y el claro Adige?
¿Cómo pintar las huestes altaneras
del soberbio alemán aniquiladas;
sus águilas antiguas sepultadas
en los profundos cauces,
que, henchidos de cadáveres, sus ondas
llevan, tintas de sangre por el llano,
la horrible destrucción del ser humano?
¿Cómo decir, cuán sabio y generoso
del sublime Virgilio
la feliz patria y la ceniza fría
supiste respetar? ¿Cómo podría
celebrar este rasgo de tu genio,

que de Cienfuegos (1) el sublime canto
eligió para asunto de su ingenio?
Vuelas de un triunfo en otro, y victorioso
llegas a Lodi, cuyo estrecho paso
el alemán te impide, y de la Galia
los valientes guerreros
intimidan sus huestes numerosas,
parando el raudo curso a sus aceros.
Tú, semejante al rayo desprendido
del hórrido nublado,
fuerzas el puente solo,
y el pabellón francés enarbolado
en la ribera opuesta por tu brío,
decidió en este día,
a pesar de las balas y la muerte,
de la victoria la dudosa suerte.
En vano Mantua bajo sus murallas
te opone cinco ejércitos soberbios;
en vano de tu gloria
impedir quiere el vuelo venturoso:
rendidos sus altivos generales
sufren la dura suerte de la guerra:
Mián se goza, y sobre su ruïna
la república eleva Cisalpina.
Así por todas partes va cantando
tus hazañas la fama voladora;
así va recobrando

(1) Don Nicasio Alvarez de Cienfuegos, célebre poeta español, escribió una oda en elogio de esta acción.

la Galia su esplendor y sus derechos,
que los hijos del Sena
fijarán en los muros de Viena.
ella también despojo hubiera sido
del héroe valeroso,
si en Campo-Formio el ramo de la oliva
no la diera su brazo generoso,
el verde ramo que la paz anuncia,
objeto de los hombres suspirado.
El labrador cansado,
alzando al Cielo la abatida frente,
estrecha entre sus brazos cariñoso
la amada esposa y a sus tiernos hijos,
bendiciendo la paz, que en dulce calma
a su antiguo afanar torna el reposo,
y los bueyes unciendo,
de sudor baña la fecunda tierra
que dejó estéril la sangrienta guerra.
Vive feliz en la mansión antigua,
hombre de probidad, y la concordia
pueda por siempre tu sencillo albergue
de frutos coronar; pueda el guerrero
olvidar la fatiga en los hogares
de su tranquila patria venturosa,
cuando yo en la arenosa
margen del Nilo esparciré mi canto,
y á Buonaparte seguiré entre tanto.

IV

DESCRIPCIÓN FILOSÓFICA DEL RÈAL SITIO DE SAN ILDEFONSO

ODA A DON MANUEL DE QUINTANA

Gracias una y mil veces doy al Cielo
de hallarme en soledad; aquí, alma mía,
respira libremente:
en tan odioso suelo,
¿quién puede apetecer la compañía?
La maliciosa envanecida gente
que corre diligente,
llena de orgullo, de ambición henchida,
de vil adulación acompañada
y de negro interés prostituída,
es de mí detestada.
¡Oh, Quintana! Tú sabes que abomino
estas falaces pompas del destino.
Sabia, fecunda y fiel naturaleza
gime en estos jardines suntuosos
por el arte oprimida;
destruye su belleza
en formas y dibujos monstruosos;
al vano gusto del capricho unida,
imagen abatida
de la virtud sagrada, llora en vano.

¡Con cuánto más placer en las orillas
del claro Gualmedina, el verde llano
vi poblar de ovejillas,
en giros mil acá y allá saltando
con sus tiernos hijuelos retozando!
Por blanco mármol y dorados bronces
las cristalinas aguas arrojadas
suspendieron mis ojos;
miré en torno, y entonces
las gratas ilusiones disipadas
doblaron el pesar y los enojos.
Vi los tristes despojos
del hombre en sus grandezas engreído;
vi aquellos poderosos altaneros
el obsequio gozar, no merecido
de corazones fieros;
y pretender que logre el egoísmo
el premio que se debe al heroísmo.
Si por el lado opuesto descendiendo
busco del prado la naciente grama,
o elevada colina,
que el gusto complaciendo
sirva a mis miembros de mullida cama,
luego en tropel confuso se avecina
la gente, que destina
este lugar sencillo a su recreo.
Vienen con aparato bullicioso
a gozar la hermosura del paseo,
y con desvelo ansioso
mujeres bellas en orgullo iguales,

principios ciertos de perpetuos males.
Ni aun el sagrado templo está seguro
de abrigar la maldad en su recinto;
allí el lujo brillante
no es homenaje puro,
no es tributo de un Dios; a fin distinto
la vanidad del hombre penetrante,
en su orgullo constante,
hizo servir la pompa y la grandeza:
el Ser supremo olvida temerario
al tiempo que le ofrece su riqueza;
pero el destino vario
doblega al triste cual ligera caña,
y en el soberbio corta su guadaña.
Yo vi desde mi albergue al alto monte
coronar el nublado ennegrecido;
vi que el celeste fuego
alumbra el horizonte:
lejano el trueno penetró mi oído,
los ecos resonaron con el ruego;
mas luego, amigo, luego
que convertida en lluvia la tormenta,
el huracán en doble remolino
arrebató el peligro, que lamenta
el mísero vecino,
todo volvió a su ser, que la malicia
pronto del Cielo olvida la justicia.
Quintana, vuela; sólo tú pudieras
animar mis ideas confundidas,
llenarme de contento;

las horas placenteras
de tu agradable genio ya perdidas
a mi vida prestaran nuevo aliento:
tú, con sublime acento
volvieras el verdor al mustio prado;
sensible y sabio, de amistad movido
mi placer renovaras con tu agrado;
mi ser fortalecido
con tu amistoso trato viviría,
y mi voz contra el vicio elevaría (1).

(1) *Obras poéticas de doña María Rosa Gálvez de Cabrera.*—Madrid, 1804. Tomo I, págs. 5 a 29.

DOÑA MARÍA JOSEFA AMALIA DE SAJONIA

La escasa o ninguna influencia que esta Reina tuvo en los destinos de nuestra patria, pues ni dejó sucesión, ni siquiera logró dominar el carácter de Fernando VII, ha contribuído a que sea menos conocida de lo que debiera serlo por sus virtudes privadas y por su no común entendimiento.

Fué doña María Josefa Amalia hija del Príncipe Maximiliano, elector de Sajonia, y de Carolina María Teresa. Nació en Dresde a 7 de diciembre de 1803. En su más tierna edad quedó huérfana de madre, desgracia que recuerda melancólicamente en sus poesías.

Apenas acabadas las honras fúnebres por doña María Isabel de Braganza, Fernando VII, á quien preocupaba el tener sucesión, pensó en enjugar su llanto con las emociones de terceras nupcias, y puso los ojos en doña Amalia, a cuyo tío, el Emperador de Austria, escribió muy luego:

"Vuestra Majestad se halla bien penetrado de

que nada es tan propio de los soberanos como promover la felicidad de los pueblos que la divina Providencia tiene confiados a su cargo. Penetrado yo igualmente de esta importante verdad, y de que las sucesiones legítimas de los Reyes es uno de los medios más propios y eficaces de afianzar esta felicidad, he resuelto... unirme en matrimonio con la muy alta y muy poderosa princesa doña María Josefa, sobrina de V. M. e hija del muy poderoso y excelso príncipe Maximiliano, por las noticias que tengo de las singulares prendas con que el cielo la ha adornado (1)."

Para concertar el regio matrimonio fué nombrado Embajador extraordinario don Fernando de Aguilera y Contreras, marqués de Cerralbo, por una Real orden dada en mayo de 1819.

Obtenido el consentimiento del Emperador, hizo nuestro recién viudo su declaración amorosa a la joven Princesa:

"El deber que me impone el amor a mis pueblos, mi muy amada y muy querida prima, exigiendo que al darles una Reina les diese también una madre, me condujo a Dresde, donde sabía que existía una Princesa tan llena de virtudes como V. A. Vuestros augustos padre y tío se han dignado generosa y afectuosamente segundar mis deseos, dándome la posesión inapreciable de vuestra mano, que recibo en el concepto de la sumi-

(1) Archivo Histórico Nacional.—Estado. Leg. 2.560.

sión de vuestra voluntad a la suya, con un placer tanto más puro, cuanto le miro como precursor de la felicidad de mis vasallos, cuya garantía hallo en vos misma. Sepa yo hacerme digno del corazón de V. A. para gozar en vuestra amable compañía, como todo me lo anuncia, de esta lisonjera seguridad que deduzco de los sentimientos que ha grabado en él vuestro padre, y entonces seré dos veces feliz... siempre seré de vuestra A. R. su más apasionado y afectuoso primo

Fernando (1)."

Una vez firmadas las capitulaciones matrimoniales, se dirigió a España doña María Josefa y llegó a la frontera a 2 de agosto.

Acto oficial en España sin disputas de precedencia, de tratamientos o de cualquier privilegio honorífico, no se concebía en los siglos pasados; entre la villa de Irún y la ciudad de Fuenterrabía promovióse la cuestión del derecho a proporcionar la barca en que doña María Josefa debía pasar el Vidasoa. Fuenterrabía justificó sus pretensiones recordando en un memorial los hechos que probaban el ejercicio de tal prerrogativa.

Fernando VII hizo justicia a la ciudad de Fuenterrabía y acordó que ésta preparase la barca regia, que lo fué una balandra construída a

(1) Archivo Histórico Nacional.—Estado. Leg. 2.560.

modo de buque de guerra, que llevaba 22 cañones figurados con troncos.

En el Vidasoa fué doña María Josefa recibida con sumo regocijo, y el día siguiente se celebró en Irún la ceremonia de entregar su Real persona. En Tolosa, Vergara y Arlabán, por donde pasó luego, se la hicieron manifestaciones análogas, con iluminaciones, comparsas de baile y músicas populares. Continuó su viaje por Castilla, pasando por Burgos. El infante don Carlos salió hasta Buitrago a recibirla y llegó poco después a Madrid, cuyo pueblo improvisó en honor de su nueva Reina los arcos, fuegos artificiales, iluminaciones y corridas de toros con que la Corte secundó siempre las alegrías oficiales.

En los arcos triunfales había versos, no muy inspirados, compuestos por don Juan Bautista Arriaza, el poeta oficial de aquel reinado.

"Los días de amargura son pasados;
los soles de alegría son venidos;
volvéis a esperar gracia ¡oh desgraciados!
volvéis a tener madre ¡oh desvalidos!
Bella, bondosa y en edad florida,
llena de gracia y de piadoso anhelo;
sí, la virtud que se lloró perdida
en nueva imagen nos devuelve el cielo."

Los poetas, y aun las poetisas de la Corte, llenaron con sus composiciones el *Diario de Madrid* profetizando a la nación dichas sin cuento.

Las más de estas poesías son de escaso valor; por excepción se encuentra alguna mediana, como es el siguiente soneto:

"Vi a la modestia huyendo ruborosa
ojos que la buscaban a millares,
así como la perla de los mares
suele salir, o del botón la rosa.
Vila sin altivez, majestuosa,
recibir los aplausos populares,
cual si fuera tributo a otros altares
el que se daba a su presencia hermosa.
Vila al palacio con airosa huella
subir, dando miradas de dulzura
al pueblo, que por verla se atropella.
Y en fin, rayando en la sublime altura,
vi sentarse en el trono al par con ella
la majestad, la gracia y la ternura (1)."

Pocas alegrías esperaban a la hermosa Princesa alemana; triunfante el partido constitucional en julio de 1820 y enardecidas cada vez más las pasiones políticas con la mala fe del Rey y con los recuerdos de sus anteriores violencias, vió doña María Josefa con profundo dolor cómo los liberales se complacían en insultar a don Fernando VII cual se azuza a un leopardo

(1) *Diario de Madrid*, 6 de noviembre de 1819. El autor de este soneto, publicado entonces como anónimo, lo fué Arriaza. Hállase con sus obras en la *Bibl. de aut. esp.*, tomo LXVII, pág. 58.

enjaulado. Y aun tuvo que apurar las heces de tan amargo cáliz cuando el Rey fué, contra su voluntad, llevado por el Gobierno constitucional a Sevilla y luego a Cádiz, en febrero de 1823, sufriendo vejaciones sin cuento, aunque bien merecidas. En compañía de su marido hizo doña Josefa tan desagradable expedición, de la cual, y del regreso a Madrid luego que se restableció el absolutismo con auxilio de las armas francesas, hay bastantes recuerdos en sus poesías (1), cual es la llegada a Lebrija:

"Anda el coche en silencio en noche oscura,
marcha a su lado la perversa grey;
hasta su luz consoladora y pura
niega la luna al prisionero Rey.
El sueño en nuestros párpados cansados
nos llama al dulce olvido del pesar,
pero sus sombras, para los malvados
son funesta señal de unirse a obrar."

Otras veces recuerda su alegre salida de Cádiz:

"Un gran prodigio del Excelso vimos,
ostentó sus piedades el Señor,
y libres de enemigos ya salimos
del último baluarte del error.
. . . . . .

(1) El mismo Fernando VII redactó un diario de este viaje; lo publicó el Conde de Casa Valencia en sus *Estudios históricos* (Madrid, 1895), págs. 140 a 249.

La triste noche se hizo alegre día,
mudó en sosiego el susto y el terror,
y en vivas y cantares de alegría
los insultos de la época anterior."

Era doña María Josefa dechado de cristianas virtudes y de nobilísimos sentimientos; sencilla en sus costumbres, muy dada a la devoción y generosa hasta la prodigalidad con los pobres, entre quienes repartía los seiscientos mil reales que tenía de consignación al mes como *gastos de alfileres.*

Sus contemporáneos la consideraban más a propósito para un convento que para vivir en medio de las intrigas cortesanas, e incapaz por su temperamento de hacer feliz a un hombre de tan violentas pasiones como Fernando VII. Y sin embargo, parece que éste la llegó a querer en cuanto su corazón era capaz de un amor puro, y ella, modelo de fieles y constantes esposas, le correspondió con creces. Testimonio son sus poesías del cariño que sentía por aquel Rey que tantos días de luto costó a España.

Cuando Bussons y otros fanáticos realistas puros se sublevaron en Cataluña alegando que el Rey no era libre y aun que se había contagiado del liberalismo, doña Amalia fué a Valencia, donde se reunió con Fernando VII, y juntos visitaron las ciudades de Tarragona y Barcelona a fines del año 1828, y prosiguiendo luego su

viaje por Aragón, las provincias Vascongadas y Castilla, regresaron a Madrid en Agosto de 1829.

La salud de doña María Josefa, ya minada por una fiebre catarral, fué poco a poco decayendo. Entrada la primavera del año 1829, se retiró al palacio de Aranjuez, creyendo que allí mejoraría; pero, unida su dolencia a las calenturas palúdicas, propias de aquel sitio, se agravó por momentos; a 2 de mayo se le administró el Viático, y el día 18, a las dos de la mañana, voló a la morada eterna de los justos aquella alma pura que no había sido hecha para el estrépito y las intrigas de la Corte, sino para la soledad del claustro.

Para entregarse del cadáver y conducirle desde el Real Sitio de Aranjuez al panteón del Escorial, fué nombrado el Marqués de Valverde, Conde de Torrejón, Mayordomo mayor de la difunta Reina, y para secretario de la entrega, don Francisco Ibáñez de Leiva, consejero de Estado.

"Ceñidas las sienes de una guirnalda de flores y espigas de oro, y vestido de un rico traje de seda blanco, floreado y guarnecido de oro igualmente, permaneció expuesto el Real cadáver entre doce blandones con hachas de cera blanca hasta las ocho de aquella noche (1)."

Al día siguiente era llevado al panteón más

(1) *Honores fúnebres hechos al cadáver de nuestra augusta Soberana, la señora doña María Amalia de Sajonia, Reina Católica de España.* (*Gaceta de Madrid,* suplemento a la de 4 de junio de 1829.)

triste y prosaico del mundo y el de menos ambiente religioso, cuando los despojos mortales de aquella Reina, tipo del alma germánica, idealista y llena de vagas fantasías y de dulces sentimientos, reclamaban un sepulcro medioeval, bajo las bóvedas de una Catedral gótica, con su bulto de piedra, que, de rodillas y con el libro de Horas en las manos, pareciese juntar aún sus oraciones con las de los fieles y respirar los místicos perfumes del incienso.

Todos los llantos que las Musas oficiales dedicaron a la muerte de doña María Josefa en la *Gaceta de Madrid* se redujeron a un pésimo soneto, digno de Rabadán:

"Llorábamos un mal y eran agüeros
de mal mayor el subterráneo ruido
y aquel temblar del suelo combatido
y en ruinas perecer pueblos enteros.
La Parca holló los límites iberos
alzando el pie del lago del olvido,
y amago fué de golpe más crecido
tal cúmulo de horror y estragos fieros.
Era, sí, la Virtud puesta en el trono,
la modestia adorada y la hermosura,
Amalia, en fin, el blanco de su encono.
Y harto probó que a su braveza dura
la virtud en el mundo no halla abono
y el Cielo sólo es su mansión segura (1)."

(1) *Gaceta* de 23 de mayo de 1829.

No carecía doña María Josefa de condiciones literarias; en muchas de sus poesías hay un profundo sentimiento, ya de religión, ya de la naturaleza; pero escritas en un idioma para ella extraño, son incorrectas como pocas, y si algunas hay limadas, puede afirmarse sin vacilación que las enmendó cualquier literato áulico, quien, según muchos creen, lo fué don Juan Bautista Arriaza.

En muchas de ellas se ve el odio profundo que los Reyes y sus palaciegos tenían al régimen constitucional; ya celebra a los realistas expatriados, ya lanza invectivas contra los liberales y desea que las armas extranjeras devuelvan a Fernando el poder absoluto.

En otras poesías, más agradables por el asunto, y aun más felices de inspiración, evoca recuerdos de los sitios donde había morado, como Sacedón y Solán de Cabras, cuyas aguas ferruginosas tomó para curar su anemia.

El poema de *San Fernando* es de lo más prosaico y desaliñado que puede concebirse; mil veces peor que las Crónicas rimadas escritas en el siglo XVII acerca de la conquista de América.

I

EXHORTACIÓN DEL SEÑOR AL ALMA

Hijo amado, con valor
del Cielo anda la carrera;
es mi carga muy ligera
si se lleva con amor;
es dulzura su rigor,
su llanto es de gozo lleno,
si con valeroso seno
tomas la resolución
de entregarme el corazón,
despreciando lo terreno.

En mi camino, es verdad,
también se encuentran abrojos,
mas punzan sólo a los flojos
y al fuerte con suavidad;
mi suprema potestad
sostiene a mis siervos fieles;
los terrenos oropeles
cuestan más de su valor;
aquí poco es el dolor
y sin precio los laureles.

Mira cuántos escogidos
pueblan el empíreo Cielo;
mientras del terreno velo
andaban allí vestidos
en combates repetidos
ganaron el galardón;

ellos en esa mansión
han sido lo mismo que eres;
¿por qué, pues, hacer no quieres
para ser lo que ellos son?
Con su sangre derramada,
el mártir lo consiguió,
y aun después le pareció
se lo daba yo por nada,
y la tropa inmaculada
de las vírgenes gloriosas,
con las matronas virtuosas
y los santos confesores,
lucharon entre dolores
por sus palmas luminosas.
Aun mi Madre, que es tan pura
que eclipsa del sol la luz,
estuvo junto a mi cruz
sumergida en amargura;
si esta Reina de dulzura
sufrió pena tan fatal,
¿cómo, siervo desleal,
pretendes más dulce suerte
que esta Virgen sabia y fuerte,
que esta Madre sin igual?
Y si este ejemplo no alcanza
a enmendar tu desvarío,
¡ah!, siquiera con el mío
cobra espíritu y confianza;
tu salud y tu esperanza
toda pende de mi mano;

si soberbio, a un mero humano
no te quieres conformar,
no desdeñes imitar
a tu Dueño soberano.
Yo, que el Padre tanto amó;
yo, que soy su Hijo querido,
en la tierra he padecido
cual ningún mortal sufrió;
considera quién soy Yo,
y al gozarte en mi victoria
no pierdas de la memoria
que sufriendo por el hombre,
de mi cuerpo y de mi nombre
merecí la excelsa gloria.
Pues con mi poder divino
tal bien para conseguir
¿no pudiera yo elegir
menos arduo mi camino?
Pero porque le convino
que en la Cruz te precediese,
para que mi ejemplo fuese
tu consuelo en todo mal,
quiso el Padre celestial
que su Cristo padeciese.
Así, pudiendo salvar
al mundo con un suspiro,
entre tormentos expiro,
imposibles de explicar;
así, pudiendo gozar
de la Gloria la dulzura,

entre penas y amargura
conquisté mi pobre herencia,
sufriendo por obediencia
de la Cruz la muerte dura.
La senda te mostré yo:
sigue, pues, á tal modelo;
conmigo reina en el Cielo
quien conmigo padeció:
para esto te destinó
de mi Padre el amor tierno;
para este fin, del Infierno
te libré con mi dolor,
que allá vivas en mi amor
y logres el bien eterno.

II

ODA CON MOTIVO DE HALLARNOS MI ESPOSO Y YO SOLOS LA VÍSPERA DE LA INMACULADA CONCEPCIÓ: ÉL REZANDO EL OFICIO DEL DÍA, Y YO EL PARVO DE LA VIRGEN

La víspera del día,
de excelsa gloria lleno,
que apareció sin mancha
la Madre del Eterno,
en el dulce recinto
de nuestros aposentos
me hallaba con mi esposo,
solos los dos y quietos,
y entrambos de la Iglesia
con los himnos selectos,

cantábamos las glorias
de Aquel que es solo Excelso.
El, del solemne día
seguía el bello rezo;
yo, de la Virgen Madre
el Oficio pequeño;
de esta manera unidos
en tan celeste empleo,
entrambos corazones
hacia el Empíreo vueltos,
me pareció se hacía
en tan feliz momento
de nuestros corazones
el lazo más estrecho.
Del matrimonio el lazo
formado por el Cielo,
sólo siendo divino
es fuerte y verdadero.
El amor que se funda
en motivos terrenos
no tiene más cadenas
sino de esmalte tierno.
¡Ah!, sólo puede darle
un alto y noble precio
la unión que en Dios se funda
en dos leales pechos.
Siempre de esta manera
consérvese en los nuestros,
no por el fuego fatuo
de un natural afecto,

ni por el cebo vano
del atractivo externo,
o de ternura humana
por los ardores ciegos,
sino el amor divino
de entrambos en el pecho
sea el imán hermoso
de nuestro amor sincero.
Unanse nuestras voces
en sacros himnos bellos
para cantar los loores
de nuestro Dios inmenso:
de entrambos corazones
del sobrehumano fuego
suban las puras llamas
unidas hacia el Cielo.
Unamos por su gloria
siempre el leal desvelo,
un fuerte horror al vicio
y amor a lo perfecto.
Al fin de que si escucha
el Cielo nuestros ruegos
y nuestra unión bendice
con tierno fruto ameno,
reciban con la sangre
piedad, justicia y celo,
y mamen con la leche
modestia y rendimiento,
y para ciudadanos
del Cielo los formemos.

Aún más que con palabras,
con el constante ejemplo,
y nuestra unión dichosa
ya sea en este suelo
imagen fiel de aquella
que en el Empíreo espero,
en donde lo del mundo
de todo ya depuesto,
de Dios y de su gloria
unidos gozaremos.

III

DESPEDIDA A LA VIRGEN DEL PATROCINIO AL SALIR DEL ESCORIAL PARA VALENCIA

Yo te saludo, ¡oh dulce Madre mía!,
al alejarme de este hermoso altar,
como a mi amparo fiel, como a mi guía
y estrella en este tempestuoso mar.
Consuelo de las almas afligidas
que ante tus plantas lloran el dolor,
no desdeñes las gracias más rendidas
que te da de tus hijas la menor.
Siempre mi amante Madre te mostraste
por la terrena que no conocí,
y ahora de nuevo me manifestaste
lo que es tu patrocinio para mí.
En aquel día lleno de amargura,
cuando mi esposo, amante de su grey,

de la guerra a cortar la desventura
voló con corazón de padre y Rey;
cuando él, al apartarse de mi lado,
con el postrero adiós me saludó,
él iba de dolor despedazado
y en llanto sumergida me dejó;
cuando, al mirar que de la rebeldía,
a exponerse volaba al fuego cruel,
gemir me hacía el riesgo que corría
y el no poderlo dividir con él.
Entonces fuí a postrarme ante tus plantas,
y colocando mi confianza en Ti,
en tu regazo, entre tus manos santas,
su destino y el mío remití.
Diariamente para hallar consuelo
derramaba ante Ti mi corazón,
mientras el Rey, desde el lejano suelo,
me encargaba implorar tu protección.
Nunca se niega a tal intercesora
el que, siendo mortal, la obedeció;
por Ti, pues, de la paz la bella aurora,
en el ibero Cielo apareció.
Los rebeldes acuden a entregarse
el perdón implorando de su Rey,
y en casi sólo un mes logró apagarse
el fuego de la guerra en nuestra grey.
Mi esposo ya me llama; llega el día
que de tu amor mi corazón pidió,
y al vernos, borrará nuestra alegría
el llanto que la ausencia nos costó.

Esto lograste Tú de tu Hijo amado:
¡ah!, si alguien te imploró con humildad
¡oh dulce Madre!, y fué desamparado,
que ya no se hable más de tu piedad.
Mas ya que tan propicia te mostraste
a este pueblo, tu herencia y tu porción,
también acaba la obra que empezaste
por medio de tu dulce intercesión.
De tu Hijo alcancemos la clemencia,
que termine del todo nuestro mal,
que abandone su vana resistencia
los restos del partido desleal.
Y el fuego de discordias extinguido,
sujetos todos a una misma ley,
no haya ya en nuestra España más partido
que el de la Patria, Religión y Rey.

IV

CANCIÓN AL DULCÍSIMO NOMBRE DE JESÚS

¡Oh! dulce nombre amable,
óleo saludable
que en nuestro pecho enciende
llamas de santo amor;
óleo de incomparable
dulzura sin medida,
que sana toda herida
del monstruo destructor;
óleo que las almas
sostiene y alimenta,

calma en la tormenta,
gozo del corazón.
El que, fiel y rendido,
te invoca con confianza,
no quedará vencido
nunca en la tentación.
Lleno de maravillas
este bendito nombre,
a él todas las rodillas
siempre se doblarán.
El será las delicias
de los que en El se inflaman,
y los que no le aman,
temblando le estarán.
Y ¿hay quien pueda no amarle?
¿quien ose ultrajarle?
¿Hay quien contra El la pluma
se atreva a emplear?
Lo lloro, y deseo
que este mi amor y llanto
a mi Jesús un tanto
pueda desagraviar.
En penas y alegría
yo siempre he de adorarle;
siempre he de dedicarle
mi más ardiente amor.
Cuando haya de morirme,
que sea pronunciado
el dulce nombre amado
de nuestro Salvador.

V

DÉCIMAS A UN MILITAR

No hay ninguna condición,
no hay oficio, no hay estado,
que si Dios nos ha llamado
no guíe a la salvación.
En ninguno habrá razón
para un criminal descuido;
Dios el mundo ha constituido,
Dios las clases arregló
y a todos auxilios dió
con que quiere ser servido.
Del estado militar
los riesgos son innegables,
mas no son inevitables,
si se quieren evitar.
No te puedo aconsejar
dejes un temor prudente,
mas que al punto no se aumente
de oprimirte el corazón;
que te inspire precaución,
pero no te desaliente.
Si temes en el tumulto
no encontrar a tu Señor,
de tu pecho en lo interior
forma un oratorio oculto.
Fuerte allí contra el insulto
del mundo y su vanidad,

te hallarás la soledad
de que al exterior careces,
si en éste sólo obedeces
a su santa voluntad.
De un perverso compañero
no tomes el mal ejemplo;
busca a Jesús en el templo,
que es modelo verdadero.
Ama con amor sincero
los de tu corporación;
ten a todos atención,
que esto es del divino agrado;
pero de amigo el dictado
sólo des con elección.
Con tu subordinación,
por motivos de conciencia,
imitarás la obediencia
del que vive en religión.
No te faltará ocasión
de una austera penitencia,
si marchando a la inclemencia,
con hambre, sed y dolor,
lo recibes del Señor
y lo llevas con paciencia.
Con soportar con valor
las burlas de los mundanos,
si sigues principios sanos
despreciando un falso honor,
te harás fiel imitador
de los Juanes y Simeones,

y conforme a los baldones
que sufrieres tú por Él,
Dios, en sus promesas fiel,
te colmará de sus dones.
A los santos superiores
de jefe podrás seguir
si haces estudio de unir
la piedad a los rigores,
si a díscolos inferiores
tratas con severidad,
a ignorantes con bondad,
a los flacos con dulzura,
a los buenos con ternura
y a todos con dignidad.
Aun la corona florida
de un mártir podrás lograr,
pues por Dios es expirar
el dar por tu Rey la vida.
Tu intención no corrompida
de otra menos celestial,
cuando el acero fatal
venga a atravesar tu seno,
el laurel de honor terreno
volverá palma inmortal.
Vive, pues, ¡oh! militar,
con paz y con esperanza;
coloca en Dios tu confianza,
que no te ha de abandonar;
Él bien te sabrá salvar
en tu estado peligroso

si tú vives cauteloso,
y le amas de corazón,
y si obras tu salvación
diligente y temeroso.

VI

ORACIÓN DE UNA ALMA AFLIGIDA

Yo soy tu criatura
sujeta a tu poder,
y lo que Tú dispones
sólo eso he de querer.
En medio de mis penas
dice mi corazón,
tu voluntad se haga
en gusto y aflicción.
Mi suerte está en tus manos,
Tú bien la cuidarás
porque nadie es más sabio
ni nadie me ama más.
Tú eres un Rey amante,
un tierno padre, quien
anhela de sus hijos
el verdadero bien.
Si una mujer olvida
al niño que parió
y en su materno seno
por meses abrigó,

Tú nunca has de olvidarte
de aquellos que en la cruz
con hartos más dolores
diste a la eterna luz.
Tú eres un fiel amigo,
consuelo en el dolor,
y Esposo de las almas
lleno de tierno amor.
Tú eres mi fortaleza,
mi apoyo, mi virtud,
y el norte que me guía
al puerto de salud.
Tú eres mi consejero
en dudas y aflicción,
tesoro incorruptible,
gozo del corazón.
Sí; cuando el mundo entero
faltase para mí,
con tal que a Ti me atenga
todo lo encuentro en Ti.
Yo llevo por tu gloria
con gusto mi pesar,
pues todo lo mereces
y sabes compensar.
Uno estos mis trabajos
a los de mi Señor,
que más que yo en la tierra
sufrió por nuestro amor.
Él a jueces inicuos
se quiso entregar,

su imaginaria causa
les permitió juzgar.
No debo, pues, quejarme
cuando una humillación
encubre y oscurece
mi fama y mi blasón.
Él recibió azotes
del pueblo que salvó,
una corona horrenda
sus sienes traspasó.
Pues ¿cómo me lamento
de algún ligero mal
por su bondad mandado
y nunca al suyo igual?
Él triste hasta la muerte
estuvo por mi amor,
vertiendo en agonía
su sangre por sudor.
Si Él el amargo cáliz
por mí quiso apurar,
las heces que me ofrece
¿no tengo de aceptar?
Si a los que me son caros
los miro padecer,
de amigos, de parientes
las lágrimas correr,
¿no viste Tú igualmente,
mi Dios y eterna luz,
a tu inocente Madre
llorar junto a tu cruz?

Y si por tus decretos,
que siempre he de adorar,
mis más queridas prendas
tengo de abandonar,
¿no diste, ¡oh Padre Eterno!
por mi felicidad
al Hijo que engendraste
desde la eternidad?
El que este dón me ha hecho
me envía este dolor;
pues es la misma mano,
Él mismo es el amor.
Unido al sacrificio
que hizo Jesús por mí,
estoy, si lo exigieras,
pronto a morir por Ti.
En fin, como la gloria
siguió a su Pasïón,
se sigue un gozo eterno
a un rato de aflicción.
Allí se acaba el llanto,
allí todo es gozar,
se vuelven en delicias
las horas del pesar.
Allí, que descubierto
y en clara luz veré
lo que confieso ahora
y adoro por la fe,
veré la providencia
que Dios conmigo usó,

y cómo fué ternura
lo que ira pareció.
Allí tendré descanso
de cuanto padecí,
cuando en su gloria vea
al que murió por mí.
¿Qué males, pues, del mundo
me pueden afligir,
cuando en el cielo espero
un tan feliz vivir?
Por mucho que padezca
breve será mi mal,
y para siempre dura
la gloria celestial.
Mas mientras llegue mi hora
es de mi obligación
tener en mi destierro
paz y resignación.
Debo tener confianza,
que Tú terminarás
los males que padezco
y me consolarás.
Mas mientras éstos duren,
¡oh Padre de bondad!
adoro humildemente
tu santa voluntad.
Yo sólo Te suplico
que obre tu gracia en mí
y me mantenga unida
con tierno amor a Ti.

Pues como esté contigo,
Divino Redentor,
encuentro en el Calvario
el gozo del Tabor.

VII

LECCIÓN PARA LOS NOBLES, A VISTA DE UNA FUENTE

Corre, cristalina fuente
del hermoso manantial;
del viador la sed ardiente
apague con su corriente
tu purísimo cristal.
De alto monte derribada
ostentas su claridad
en la gruta resguardada
que la peña entrelazada
forma con su variedad.
De tu origen tú sostienes
la pureza, elevación;
de este modo reconvienes
a hombres que de iguales bienes
deslucen la estimación.
Si salieras menos pura
o enturbiado tu candor,
el saber que de la altura
tú procedes, ¿por ventura
te daría algún valor?

Así el noble cuya vida
desmiente su calidad
es un vil, sin que lo impida
de su estirpe esclarecida
nobleza y antigüedad.
Su cuna ha de respetarse,
su derecho es justo y real,
mas él no debe olvidarse
que si esto puede heredarse
el mérito es personal.

VIII

TRISTE VUELTA DE UN HOMBRE A SU CASA

Dulce prado, donde un día
sin cuidado yo jugaba;
casa que mía llamaba,
ya por fin os vuelvo a ver;
de mi vuelta me parece
que cada ave alaba al Cielo
y dirige el suave vuelo
a mis hombros con placer.
Pero, ¡ay!, ¡en qué triste estado
hallo el patrio techo mío!
Este cuarto abandonado
donde mi padre habitó,
y en el medio de este prado,
tan risueño, tan amado,

veo la tumba de mi madre
que un hermano edificó.
¡Oh, mi hermano!, ¡ah, si le viese!
¡Abrazarle si pudiese!
Mas también a pocos días
a la madre fué a seguir.
¡Ah, de los que tanto he amado,
a ninguno ya he encontrado,
y es más triste esta mi vuelta
que lo ha sido mi partir!
A lo menos, dulces sombras,
a menudo a mi consuelo
¡ah!, bajad del alto Cielo,
que sin vos no sé vivir.
Cuando en su piedad la muerte
mis dolores feneciera,
a mi patria verdadera
me vendréis a conducir.

ANÓNIMA

PROCLAMA DE UNA SOLTERA A LOS QUE ASPIREN A SU MANO EN RESPUESTA Y VINDICTA DE LA DEL SOLTERÓN

Bien; casaréme, Inés; nunca he dudado
que ésta es nuestra carrera, nuestro empleo,
nuestro destino y natural estado,
y aun a ello me arrastra acá un deseo
que mil veces en vano he contrastado.
Pero ¿con quién? Echemos un ojeo
a los maridos que se ven hoy día,
y luego dime cuál me convendría.

Ello es fuerza, que el tiempo se me pasa,
el resolverme en caso tan urgente.
Desde hoy abierta queda ya mi casa
a todo el que se anuncie pretendiente.
Puesta en berlina, a justiprecio o tasa,
cual banda de aviones, un torrente
y enjambre de mocitos ya me cercan,
y viudos cual galápagos se acercan.

Poco a poco, señores, la Paquita
quiere casarse, pero a dar su mano
no tan ciega pasión la precipita,
que como en feria y chamba de gitano
cambalache por boda su alhajita.
Antes con ese Solterón liviano
vengan conmigo a cuentas y razones
mozos, viudos, solteros camastrones.

No tan humilde soy, que me aviniera
a tener por marido algún califa,
ni tan soberbia que me resistiera
a sujetar mi mérito a tarifa:
es muy puesto en razón, sepa el que quiera
el valor de la alhaja puesta en rifa:
mis circunstancias, pues, a prueba puestas,
ni más ni menos, salvo error, son éstas.

Yo peino veinticuatro en pelo negro;
de igual color mis ojos, con viveza
expresan si estoy triste o si me alegro;
ágil estoy y lista, y sin pereza
sabré con maña conllevar a un suegro.
Sana estoy de los pies a la cabeza,
y mi rostro y mi tez aún no han ajado
las penas y el placer anticipado.

Mis carnes regulares siempre han sido
con tal temperamento, que no espero

que jamás llegue a dar a mi marido
hastío por lo gordo mi puchero,
ni piense que cartujo se ha metido;
y aun por mi forma y construcción infiero,
si en un todo mi físico no muda,
podré ser madre entera o sin ayuda.

Mi estatura, a mis carnes adecuada;
mi porte y mi talante, mesurado;
jamás una actitud tomo afectada;
es suelto mi marchar, no descocado;
mi figura es esbelta, no empotrada;
enhiesto mi parar, mas no estirado,
y mi seno, mi talle y mi cintura
pueden pasar sin arte y compostura.

No mudo posiciones por mudarme,
ni muevo por mover mis coyunturas,
ni si noto que alguno va a mirarme
estudio movimientos y posturas.
Ni por los codos hablo, sé explicarme
sin gestos, ademanes ni figuras;
y mi cuello, timón en las mujeres,
no anda a caza de estrellas ni alfileres.

Sigo la moda, pero desde lejos;
no visto a lo elegante, fino o majo
sin consultar mi gusto y los espejos,
sin pretender lucir ningún andrajo.

Les doy vuelta a mis sayos y aparejos,
y el *dernier* figurín por el atajo
nunca con despilfarro hará que me eche
y vestidos flamantes yo deseche.

Mi carácter es franco y halagüeño;
soy dócil, mas no sufro al que me pisa;
con semblante sencillo, aunque risueño,
no creo llego a ser *boca de risa.*
Rara vez en mi frente se ve el ceño,
mas no enseño los dientes hasta en misa;
no soy sentimental, mas sí sensible,
y aunque pundonorosa, no irascible.

Me pongo a divertir por distraerme,
y no por distracción a divertirme:
quiero para gozar y conmoverme
la música, mas no para aturdirme;
no bailo con furor hasta molerme,
ni canto cuando acaban de reñirme;
y aun cuando mis caprichos y pasiones
huyan de la razón, oigo razones.

Leo por descansar de mis quehaceres,
no por estudio, y paso así algún rato
mejor que con los naipes o alfileres;
leo para hacer ver a algún pazguato
que de alimañas trate a las mujeres,
que, o sin letras los dos, con igual trato,

o igual estudio en todo caso y trance,
nunca el macho a la hembra le da alcance.

Item: tengo un majuelo y un cercado
con casa en que vivir cómoda y quieta,
que mis buenos abuelos me han dejado:
no me espanta la aguja y la calceta,
alterno en la cocina y el estrado.
¿A qué, pues, ni qué urgencia a mí me aprieta,
pudiendo yo empinar sola un puchero,
esperarlo quizá de un cicatero?

Este, seo *solterón,* es mi retrato.
Y ¿por qué usted de sí no dió un bosquejo,
y sin decir si es blanco o si es mulato,
si es rico o pobre, o jorobado, o viejo,
tuerto o potroso, o narigudo o chato,
toca y nos junta a todas a concejo,
sólo para decirnos picardías?
¡Y aún se viene con tantas gollerías!

Mala espina me da tu disimulo;
tú huyes la lucha y guardas el pellejo;
por esto huélesme a pollo reculo,
por tu impotente rabia a gallo viejo.
Pero tu traza, aunque morlaco y chulo,
es de galán cesante o de cortejo,
o esposo frío, o novio en escabeche,
y de mosca bregando en miel o en leche.

Y el que así a todas tan mordaz zahiere
¿no tiene tacha, vicio, falta o mella?
Si es usted tan cabal, don Lindo, y quiere
mula sin tacha, se estará sin ella,
y si a un ligero yugo no prefiere
cínica soltería, una doncella
como usted quiere, puede que encontrara
que a un doncel como usted bien le cuadrara.

Halló el estagirita mujer buena;
Catón, David y Salomón la hallaron;
y ¿cuándo no encantó alguna sirena
aun a aquellos que más las despreciaron?
Y usted, señor melindre y alma en pena,
¿no la encuentra? Como otros las buscaron
busque, si sabe, entre las Mesalinas,
las Viturias, Lucrecias y Corinas.

¡Ojo avizor, palomas! Será tonta
la que no guarde de él su bulto y mano.
Más veloz, si más alto se remonta,
sobre la presa arrójase el milano:
la mejor polla a arrebatar se apronta
este alcotán que nos desprecia ufano.
Cuidado, pues descubre ya la hebra,
se encuentren el lagarto y la culebra.

Y usted, ¿qué ofrece? ya que pide tanto.
¿Qué pone usted en fondo en este juego

que es *del hombre,* y cada cual su tanto
en medio ha de poner? Yo no me entrego
a un hombre sin saber si algo adelanto,
que en empresa en que ya no puedo luego
mi parte retirar, más que él me expongo,
puesto que en ella más capital pongo.

¿El, trabajo y sudor? Yo, ansias y penas.
¿El, su caudal? Yo, el mío y mis labores.
¿El, cuidados? Yo, angustia y mil faenas.
¿El, fino obsequio? Yo, dulces favores.
¿La carga, él, de señor? Yo, las cadenas.
¿El, de padre el afán? Yo, los dolores.
¿Quién, pues, arriesga más? ¿Quién interesa
más y mejor caudal en esta empresa?

Tampoco yo apechugo con casarme
por salir de peligros y cuidados,
que es, por miedo al naufragio, al mar echarme;
más que a mil que me pidan, aunque osados,
a uno que mande temo: ni hay que entrarme
por los vanos pretextos tan zurrados
del *trato, hacer papel, sombra, consuelo...*
Y ¿quién carga por mí con el mochuelo?

Digo, volviendo al cuento destripado,
que mi retrato, copia o bien pintura,
ni es de fortuna y mérito un dechado,
ni un modelo de gracias y hermosura.

Como yo habrá cien mil. Hijas, cuidado,
que una vez hecho, ya no hay compostura,
con entregar de un golpe, oído al consejo,
bolsillo, libertad, honra y pellejo.

Por mí mirarme bien en ello juro,
y mientras libres manos y sentidos
conserve, al que me atrape le aseguro
que méritos tendrá bien garantidos
con abonos, fianzas y un seguro;
pues miro como a versos los maridos,
que aun los medianos son inaguantables,
y sólo los perfectos tolerables.

Yo por marido a un hombre así pintado
para mí solamente admitir puedo:
abrenuncio cualquier otro, y cuidado
que aun pintados hay hombres que dan miedo:
mas no dará el que para mí adecuado
pintar quiero a pastel o con mi dedo;
y en caso que no encuentre, como creo,
el que voy a pintar, palma y *laus Deo*.

Salióme esta octavilla asonantada;
mas voy de prisa por buscar el novio,
y no me paro, ni detengo en nada,
al caso: quiero un hombre que mi oprobio
no sea, ni con él esté humillada,
ni tonto, o cultinecio, ni un Macrobio,

tronera, lerdo, hipócrita, ni impío,
y de un genio conforme con el mío.

Se entiende que ha de ser sano y robusto,
sin alifafes, bubas ni paperas;
no patas de jilguero, sí un buen busto;
sus formas griegas, pero no groseras,
siendo en todo cabal, entero y justo;
si me trata de amor, sea de veras:
que quiero un hombre, digo sin empacho,
que de hombre dé más pruebas que de macho.

Que no lo quiero viejo, por supuesto;
sobre los míos pocos años cuente;
talante varonil, porte modesto;
no temerario, pero sí valiente;
no zalamero, amable y de buen gesto,
ni gurrumino, pero complaciente;
ni chocarrero, pero sí festivo,
franco, prudente, síncero y activo.

Sea aplicado y con tesón trabaje,
ni indolente, ni avaro y codicioso;
tenga en la adversidad pecho y coraje,
y aun más moderación si es venturoso.
No sin cuenta y medida corte y raje;
ni mezquino ha de ser, sí generoso,
y hasta en el modo espléndido, y en caso,
menos en dar que en ofrecer escaso.

Arre el chiquilicuatro allá a la escuela:
el obeso y tripón me da fatiga,
y el ronquido y resuello me desvela:
no quiero el zanquilargo que me obliga
a estar la cara en alto y a la vela:
aseado ha de ser quien me consiga;
no sea, aunque filósofo, andrajoso,
y aunque poeta, sucio y asqueroso.

Tampoco envuelta en humo de cigarro
quiero estar, cual morcilla en el humero:
narices de rocín de coche o carro
metido en cenagal, oler no quiero,
ni tufo bacanal, ni hedor de sarro;
no quiero por marido a un carretero
con voz de grajo o de rechino ronco,
curtido de licor, tenaz y bronco.

Con cara de Nerón no me entre en casa,
si está de mal humor por sus asuntos,
ni rabie si el arroz algo se pasa,
o si no halló el pañuelo y gorro juntos;
ni me ponga en comida y labor tasa,
contando en mi calceta hasta los puntos.
No piense hallar su mísera rareza
mujer moza y bagaje en una pieza.

Por celoso o tacaño no me ahuyente
de casa la tertulia, ni despida

con ceño, ni indirectas a la gente:
si salgo, los minutos no me mida,
ni con preguntas sueltas me reviente,
o me lleve a la iglesia al brazo asida.
Mucha viña es tener, si una se casa,
afuera rodrigón, mastín en casa.

¿Y esa zozobra, ese continuo acecho?...
¿Quién es aquel que pasa que ha mirado?
Cuando Juan viene te palpita el pecho:
no debe usted mirar con tanto agrado.
Con todos los criados hay cohecho;
con las amigas hay complot formado.
¿Piensa tener su honor, este polilla,
prendido al alfiler de mi mantilla?

Huésped de casa no ha de ser tampoco,
y cuide enhorabuena de su hacienda;
mas no me vaya y venga haciendo el coco;
poco de modas y costura entienda;
en chisme mujeril mézclese poco,
ni a mis visitas y etiqueta atienda.
Si a un hombre tal la suerte me destina,
calzones tendré yo y él papalina.

A un esposo y señor gallo engreído
aguántelo una negra allá de Angola:
¡qué es ver de esclavas tímidas servido
a un gran visir tendido a la bartola,

para la pobre que a un señor marido
ha de mimar y hacerle la mamola,
y risueña rabiar, remar riendo,
y el cómitre vinagre regruñendo!

¡Qué fuera verme haciendo pucheritos,
tirar a un Barbarroja las calcetas,
y que me niega regañando a gritos
ir a ver a una prima a Recoletas!
¡Qué ver allí apurar tiernos mimitos!
Si tal dominio apoyan estos jetas
sólo en ser machos, para bien casarles,
más bien que ovejas, cabras deben darles.

¡Y qué gusto será verme sujeta
a un chuchumeco, que por la mañana
me salude con una pirüeta!
Me ensaya un balancé; se afiligrana:
una vuelta al billar, otra a Laureta:
comió: Prado, café, baile y jarana:
¡vuelva a la una, llámeme silbando,
y suba un rigodón tarareando!

Apéstame el marica y el faldero,
paje en el tocador y en el retrete:
asco me da el afeminado y huero
de pomada enlucido y colorete:
dos tiples para un dúo no los quiero,
ni un bicho que el amor me haga en falsete,

y cual mico a mis pies puesto en cuclillas,
o favores me pida de rodillas.

No digo el cominero chafaldeta,
que puesto de mandil, a cada instante
me lo vea al fogón y en la secreta,
y en despensa y cocina sobrestante
mantel me apunte, paño y servilleta,
sin que armario, cajón, cesto ni estante,
ni la alacena, mientras voy a misa,
se libren de su husmeo y su requisa.

¿Nada ha de manejar? Libros o apero.
¿Nada en su casa hará? Mucho observando.
¿En nada pondrá mano? En su tintero.
¿Cómo ha de corregir? Ejemplo dando.
¿Y cómo gobernar? Dando dinero.
¿Ni fino ha de obsequiar? De cuando en cuando;
que nada a una mujer más desazona
que un hombre medio mico y medio mona.

¡Qué buen mozo es Facundo! y él me hostiga.
¡Qué lástima! ¡Ni oficio ni destino!...
¡Ello es carga!... Quizás yo le consiga...
Sin él soy infeliz... Me determino.
Mis deseos colmó. Dios nos bendiga.
¿Y mi hijuela? ¿En qué? ¿Dónde...? Tarde atino.
¡Garitos, burdel, lujo...! Usted me ultraja.
¡A un hombre como yo...! Perra, trabaja.

Nada basta, ni afán, ni economía:
es preciso buscar, deber favores:
toma y no paga; nadie ya le fía:
sobre mí se echan los acreedores.
"Que el marqués ya me acosa con porfía."
¿Y qué? "Ya ves mujer... ¡estos señores!"
¡Ta!: yo no doy la lana como oveja,
ni al zángano la miel como la abeja.

Hágame luego por sus pretensiones
de la oficina al tribunal o estrado
romper mantillas, malpagar simones.
pasar rubor, aparentar agrado,
mostrarme fina dando tentaciones,
mi honor a su esperanza aventurado;
y encontró en su mujer un pretendiente
influjo, gracia, mérito y agente.

Un mal en busca de otro se apresura;
y con las penas, ya la erisipela,
ya la fluxión mi rostro desfigura.
Y ¿quién en este estado me consuela?
Con el mal el desprecio se conjura.
¿Esperaré que ni aun de mí se duela
quien me detesta? No: ya sola gimo
sin amor ni amistad, bienes ni arrimo.

¿Acaso, Inés, encontraré en Marcelo,
que es complaciente, honrado y aun devoto,

interés, amistad, cariño y celo...?
Demás lo hallaré, sí; mas no he hecho voto
de encierro, de pobreza y vestir velo:
no quiero verme con el sayo roto,
mártir y anacoreta acá en el siglo
de un sayón, un postema y un vestiglo.

¿Yo tolerar que me cercene el plato,
que el vino aun por remedio no lo cate,
que me haga dar cien puntos a un zapato,
que por onzas me entregue el chocolate,
que le escatime la cordilla al gato,
que gruña si en la salsa echo un tomate,
y verle por la casa de puntillas
rebuscando alfileres por las sillas?

Ni el otro sabijondo, si lograra
fruto de bendición, de mí exigiera
que a lo ruso mis hijos yo criara,
llorar sin fin, o el *tú* les consintiera.
¿Emilios en mi pueblo? Fruta rara.
¿Eusebios en mis días? ¡Qué quimera!
Váyase con Platón el visionario,
quien crea en su gobierno imaginario.

No es floja estotra ganga que me espera:
por diversión mi esposo juega un rato;
no cosa de interés ¡qué! ¡Friolera!
"Mujer, anoche... ya se ve, aquel gato

desfiló el dos y dióse la primera:
diez onzas me sopló, pero hoy ya trato...
¡Fú...! Marró el as... A casa... aquí de un trote..."
Perdióse a trascartón. Adiós mi dote.

Guate pues, no me atrape, Inés, esotro,
Perico entre ellas, mico putañero,
que sin montar me traiga a casa potro,
que a su gusto compró por mi dinero;
y a mi linaje, si algo me enquillotro,
deje de Antón Martín por heredero.
Si un maridito de éstos me tocara,
ya ves, Inés, qué buena suerte echara.

Ni quiero... Mas no quiero yo, Inés mía,
manchar con impudencias tus oídos.
¡Cuántos *no quieros* yo enjaretaría,
si hubiera de explanar de los maridos
los defectos, y más de los del día!
¡Qué excesos vieras, faltas y descuidos,
ardides, felonías, connivencias,
maulas, insultos, vicios e insolencias!

¿Que no en todos se encuentran tantos males?
El mejor es barraca con goteras;
y en el que no defectos capitales,
hay que aguantar doscientas pejigueras:
domínanlos mil vicios generales,
que si en el día son ya frioleras,

o bien extravagancias irrisibles,
son para su mujer irresistibles.

Yo sufrir a un marido no podría,
pegote y pelma todo el día en casa,
ni al que en la tienda y plazas pasa el día,
ni al que en su *necesé* las horas pasa,
ni al que está envuelto en mugre y porquería,
al que la tela a la modista tasa,
al que a las chavaletas hace muecas,
y *¡vaya un cuerpo!* dice a las muñecas.

Al que dirige bailes y bureos,
al que palmada da y junta parejas,
al que hace en cada paso tres meneos,
al que come con primos y con viejas,
al que a éstas echa tiernos chicoleos,
al que habla a todas cuantas ve en las rejas,
al que lleva corsé, el bigote eriza,
da fuego al pelo, lo ensortija y riza.

Al que de figurín sirve en el prado,
al que todas por él piensa se mueren,
al que se jacta y burla si ha logrado,
al que disfama a las que no le quieren,
al que reta por que uno le ha mirado,
al que en su honor a cada tris le hieren,
al que enamora con puñal en cincho,
y usted me ha de querer; si no, la pincho.

Al que mujer no busca, sino dote;
al que en juego y billar cobra el barato,
al que al garito va a sacar su escote,
al que en ocio perpetuo pasa el rato,
al que a los labios cuelga su chicote,
al que grazna por ser tiple fogato,
al que da en los teatros cuchillada
y voto en el puyazo y la estocada.

Al que en su casa siempre pone hocico,
al que a su esposa nombra por pronombre,
al que por una gota se echa un chico,
al que pida en las tiendas en mi nombre,
al que tras de un petardo pega un mico,
al que tan sólo en el mandar es hombre,
al que se vende potro y es buey canso,
o es gallo fuera, y en su casa ganso.

Al que perora en los cafés a voces,
en cábalas... noticias... ¡qué dislates!
En el politiqueo, ¡cuántas coces!
En los más doctos, ¡cuántos disparates!
¡Qué errores, en los necios, tan atroces!
Basta, Inés, y mi lengua no desates,
si oir no quieres la maldad y el vicio
del hombre en cada edad, clase y oficio.

Así que, amiga, digo que no quiero;
que aborrezco, repito, que abomino,

que odio, detesto, execro... que prefiero
antes morir de histérico uterino,
que sujetarme a un hombre majadero,
sobón, zafio, haragán, zaino, mezquino,
grosero, altivo, pisaverde, vano,
lechugui-dilletanti-tauromano.

Déjame en paz, ya se acabó, no muelas;
que si el vapor me aprieta los ijares,
antes de asuras perderé las muelas,
me arrojaré en Enero a Manzanares,
al mes me aplicaré cien sanguijuelas,
tomaré *L'Roy*... y a los altares
me acogería de cilicio armada,
que estar con un orangután casada.

Y antes que a un hombre tal dé yo mi mano,
con esposas amárrela el más fiero
y bárbaro pirata o africano.
Si de los Sacramentos el postrero
el matrimonio no está puesto en vano,
vengan acá los otros seis primero,
y antes que desposorio, déme el cura
la penitencia, el óleo y sepultura.

A vista de peligros tan enormes
no extrañarás ya, Inés, que repugnara
el sujetarme a monstruos tan disformes.
Ya ve que yo tampoco me casara,

seo *solterón,* y estamos muy conformes,
si no es que Dios un ángel me enviara:
y poco a poco, que aún le pondré pero:
si es ángel *solterón,* ya no le quiero.

Y quédate y no en paz, que por tu audacia
en ultrajar con modos tan livianos
a las mujeres, ruego a Dios la gracia
de que en vez de tormentos inhumanos,
de todas ellas caigas en desgracia,
ya que caer no quieres en sus manos:
y por castigo de que su honor menguas,
si no en sus manos, caigas en sus lenguas.

Permita Dios que en tus mayores males,
privado del consuelo de su esmero,
de su agrado, ternura y sus modales,
sea un macho mohino tu enfermero;
ni tengas quien te lave los pañales,
ni te dé un punto ni aun en el braguero,
ni jamás veas cara sin mostacho,
y en lugar de ternera te den macho.

Al verte las muchachas yermo y viejo,
te zumben y persigan en cuadrilla;
a las piernas te enreden un vencejo,
y estafermo te llamen y potrilla,
y al salir del taller, hocico y cejo,
te ponga toda joven modistilla,

te mire al sesgo con desdén y orgullo,
y haciéndote una higa, dé un repullo.

Ni el tierno sexo en tu sepulcro y lecho
lágrimas, ni plegarias lastimeras...
Ni un suspiro, ni un ¡ay! vierta del pecho:
ni esperes en tu entierro plañideras,
sino arpías busconas, que en acecho
de tu ajuar, te discanten placenteras:
"A estas uñas murió el que aquí reposa
por huir las molestias de una esposa."

Esto es decir, señores solterones:
si no nuestras molestias, nuestras uñas
hay que aguantar, o vuestros comezones:
no os valdrán espolones ni pezuñas:
y es peor que maleza de ratones,
los destrozos sufrir de las garduñas,
y que de mil avispas el murmullo,
de una tórtola oir cansado arrullo (1).

---

(1) *Proclama de una soltera a los que aspiren a su mano, en respuesta y vindicta de la del Solteron: Por J. A. P.—Madrid*: Imprenta de los hijos de doña Catalina Piñuela, 1830.

xv-23 páginas en 8.º

Comienza con un discurso preliminar, en el cual se lee (pág. 14): "Mucho se han divertido a nuestra costa los hombres, y particularmente los solterones, con la pintura que hace de nuestras debilidades el *solterón:* razón será, pues, que nos riamos también nosotras a costa de ellos, con otro diseñito de las suyas."

GLOSARIO DE LOS DOS TOMOS

Agone, II, 187. Certamen, lucha.

Del substantivo griego ἀγών; de donde también se deriva la palabra *agonía.*

Ahelcado, I, 236. Amargo como la hiel.

Alcatifa, I, 298. Alfombra (1).

Aligeros, I, 299. Del latín *aliger,* alado.

Alimpia, I, 7. Del verbo anticuado alimpiar, limpiar.

Es muy probable que la tendencia del pueblo español a la prótesis de la vocal *a* en muchísimos verbos (arrecoger, por recoger; arremolonear, por remolonear), formas que en gran parte han pasado al lenguaje literario (v. gr.: arreglar, de *regulare*). traiga su origen de los idiomas ibéricos y no de la preposición *ad,* como supone en muchos casos el *Diccionario de la Academia Española.*

Ambrosía, I, 299. Alimento de los dioses.

---

(1) "Una catiffa de la tierra." "Una catiffa de Turquía, de tres ruedas." (*Inventario de los bienes de Galcerán Ferrer. Año 1497. Boletín de la Real Academia Española,* 1915, pág. 90.)

Su verdadero sentido es inmortalidad, del griego ἀμβροσία.

En los siglos XVI y XVII solía pronunciarse ambrósia, sin que esto pueda justificarse con la acentuación de Ambrosio, ya que este nombre se deriva del adjetivo correspondiente (1).

Apurada, I, 79. Purificada, limpia.

Arrayal, II, 188. Arrayán.

Asuras, II, 359. Ardores.

Del lat. *arsura,* de *ardere,* arder, en el sentido de requemar, abrasar.

A trascartón, II, 356. Lance del juego de naipes, en que se queda detrás la carta con que se hubiera ganado y se anticipa la que hace perder. (A.)

Ayunque, I, 116. Anticuado, por yunque.

Balajes, I, 222. Rubí de color morado, muy usado en las joyas durante los siglos XIV y XV (2).

Breña, I, 158. Según el *Dicc. de la R. Acad. Esp.* se deriva del vasco breña, y significa "tierra quebrada entre peñas y poblada de maleza".

Resulta lo más probable que breña y braña

(1) Aunque en los clásicos hay cierta vaguedad en punto a la naturaleza de la ambrosía, generalmente es reputada manjar sólido, en contraposición al néctar, que era líquido, y así vemos en la *Ilíada* (traducción de Segalá) que "Vulcano se puso a escanciar dulce néctar para las otras deidades" (canto I), y que "Hebe escanciaba néctar" (canto IV).

(2) En el *Itinerario* de Ruy González de Clavijo (Madrid, 1782, pág. 183) se habla del "señor de Balaxia, que es una gran ciudad onde se sacan los balaxes... e preguntáronle cómo se fallaban los balaxes, e él dixo que acerca de la ciudad de Balaxia avía una montaña donde los sacaban".

tengan el mismo origen, y no precisamente del vascuence, sino del antiguo ibérico; adviértase además que braña no es palabra exclusivamente asturiana, por lo que reciben su nombre de dicha palabra o sus derivados, algunos pueblos de Galicia, León y Palencia (1).

Bucy canso, II, 358. Sin fuerzas para el trabajo.

Bureos, II, 357. Diversiones.

Dicha palabra se deriva de la francesa *bureau;* pero, según resulta más probable, no en el sentido de tribunal palaciego, o de oficina, sino en alguna otra de sus primitivas acepciones.

Cale, I, 106. Convenir, favorecer.

Viene del verbo latino *calere,* estar caliente. Fué usado por nuestros clásicos de los siglos XVI y XVII y hoy es corriente en Aragón, no sólo como verbo neutro, sino activo (2).

Camastrones, II, 342. Como derivado de camastro, no tiene solamente el sentido de "persona disimulada y doble" que le atribuye el *Dicc. de la R. Acad. Esp.,* sino el de hombre dado a la lujuria.

Carilla, I, 77. Diminutivo de caro, de uso frecuente en las églogas del siglo XV y principios del XVI.

Cebo, II, 154. De *cibus,* en el sentido de alimento.

---

(1) De su origen antiquísimo dan testimonio la escritura de fundación del Monasterio de Obona (año 780), *Braña de Ordial, Braña de Rivilla,* y los Fueros de Brañosera (año 824). Muñoz y Romero, *Colección de Fueros municipales,* págs. 9 y 16.

(2) Cristóbal de Villalón, *Viaje de Turquía,* pág. 7, col. 2.ª (*Nueva Biblioteca de Autores Españoles,* tomo II): "no cale irme á la mano, porque es excusado."

Centinela, I, 34. En los siglos XVI y XVII se usaba generalmente como nombre femenino, y no masculino, cual ahora.

Cicatero, Ruin, miserable (1).

Cifra, I, 87. Suma, compendio.

Clicie, I, 256, y II, 243. Flor del anémone.

Coluna, I, 148. Forma gramatical usada generalmente en el siglo XVI, sustituída luego por la más correcta de columna.

Condurarse, I, 158. Compadecerse.

Falta el verbo condurar en el *Dicc. de la Real Acad. Esp.*, 14.ª edición.

Copia, I, 297. En el sentido latino de abundancia.

Cortante, II, 213. Carnicero.

Cudicies, I, 119. Forma anticuada de *codiciar*, que falta en el *Dicc. de la R. Acad. Esp.*, 14.ª edición.

Cuera, I, 172. Jaquetilla que se llevaba encima del jubón.

Chafaldeta, II, 353. Afeminado.

Chamba de gitano, II, 342. Cambio, trueque fraudulento. Del verbo chamar, cambiar.

Falta esta acepción en el *Dicc. de la R. Acad. Esp.*, 14.ª edición, que sólo trae la de chiripa.

Chavaleta, II, 357. Diminutivo de chaval.

Chicote, II, 358. Cigarro puro.

Chiquilicuatro, II, 350. Hombrecillo bullicioso y ridículo.

Chulo, II, 345. Como esta palabra es relativamente

---

(1) Es un hidalgo manchego,
que lo menos malo que hay
en él es ser cicatero.

(Don Ramón de la Cruz, *Soltera, casada y viuda.*)

moderna, resulta poco probable que se derive del árabe *chaul,* como asegura el *Dicc. de la R. Acad. Esp.,* sino más bien de la germanía.

Deas, I, 60. Del latín *dea,* diosa.

Desquicios, II, 172. Desquiciamiento.

Discanten, II, 361. De discantar, en el sentido de hablar mucho, repitiendo lo mismo.

Diversas colores, I, 1. Tanto en el siglo XV como en el XVI era muy general atribuir el género femenino a muchos substantivos que provienen de los nombres latinos acabados en or.

Ecclente, I, 61. Forma que solía predominar sobre la más etimológica excelente.

Electro, I, 299. Aleación de oro y plata.

Escarnidores, I, 106. Encarnecedores.

Espiritado, I, 161. Persona flaca y extenuada. Lugar en que hay duendes u otros malos espíritus (1).

Esposo, II, 142. En el sentido del *sponsus* latino; prometido, que ha celebrado esponsales.

Filis, II, 169. Gracia, ingenio (2).

Flámulas, II, 285. Banderolas.

Fondón, I, 106. En el sentid de a través (3).

---

(1) "Pues para que veas cómo la ventana tiene encanto y está *espiritada,* torna a subir." *Entremés de un viejo. Nueva Bibl. de Aut. Esp.,* tomo VII, pág. 64, col. 1.ª

(2) "No tenéis, señor don Luis,
conducta para cortejo,
ni filis."

(Don Ramón de la Cruz, *El reverso del sarao.*)

(3) En el *Poema del Cid.* fondón es adverbio, que significa *abajo de.* Cnf. Menéndez Pidal, *Cantar de Mio Cid,* pág. 681.

Giraspe, I, 107. Palabra cuyo sentido ignoro.
No figura en el *Dicc. de la R. Acad. Esp.* (1).

Guardainfante, II, 56. Miriñaque de gran tamaño, hecho de alambres con cintas (2).

Guarte, I, 73. Síncopa de guárdate.

Gurrumino, II, 349. Ruin, mezquino. También significaba hombre servil, demasiado complaciente (3).

Hoz, I, 235. Del latín *faux, faucis;* barranco profundo y estrecho.

---

(1) Usóla Pedro Espinosa, de quien son los textos que siguen:

"Ved, sobre bordaduras de *giraspes,*
Ir blanqueando entre celajes de oro
Los cortesanos de la Corte Santa."

"Antes que, como sarga de *giraspes,*
Dios desplegase el Cielo en los coluros."

"Jaez carmesí, bordado de *giraspes* de oro."

(*Obras de Pedro Espinosa,* Madrid, 1909. Págs. 67, 76 y 280.)

(2) Ya fray Hernando de Talavera condenaba los verdugos que precedieron a los guardainfantes, diciendo: "Es, lo cuarto, hábito deshonesto, e muy desvergonzado, porque muy ligeramente descubre e demuestra los zancajos e las piernas." "Es otrosí hábito muy deforme e mucho feo, ca las hace [a las mujeres] muy gruesas e tan anchas como luengas."

De vestir y de calzar, pág. 75. (*Nueva Bibl. de Aut. Esp.,* tomo XVI.)

(3) "Cualquier hombre que se empeña
en ser *gurrumino* debe
prevenirse de paciencia."

(*La Botillería.—Sainetes inéditos de don Ramón de la Cruz.* Madrid, 1900. Pág. 301.)

Jacos, I, 172. Cota de malla que no pasaba de la cintura.

Juro, II, 85. Título de la Deuda pública en tiempo de la Casa de Austria. Derecho a una cosa: v. gr.: *por juro de heredad;* etc.

Lumbre, I, 3. De *lumen, inis,* en el sentido de luz. Fué muy usada por nuestros clásicos de los siglos XV y XVI.

Llorente, I, 157. De *Laurentius,* Lorenzo. Nombre que solían llevar los pastores (1).

Maleza, II, 361. En el sentido de maldad.

Mamola, II, 352. Lo mismo que mamona. Cierto modo de poner uno la mano debajo de la barba de otro, como para acariciarle o burlarse de él. También se usaba como interjección (2).

Manijar, I, 216. Engarzar.

Mato, I, 71. Matorral (3).

Maula. Hombre informal y despreciable (4).

---

(1) Cervantes, *Coloquio de Cipión y Berganza*: "todos eran Antones, Domingos, Pablos o *Llorentes.*"

(2) "Yo los creyera... ¡mamola!"

(*La Mesonerilla.—Sainetes inéditos de don Ramón de la Cruz.* Madrid, 1900. Pág. 177.)

(3) Desconócese la etimología de dicha palabra, pues no convence la propuesta por Balari en sus *Orígenes de Cataluña,* diciendo que mata se deriva de *comata, silva comata,* cubierta de árboles.

(4) "¡Ay, Ceferina!
Ahora conozco las maulas
que son los hombres."

(Don Ramón de la Cruz, *Las castañeras picadas.*)

Mendiguez, II, 253. En el sentido de la pobreza, y no de la acción de mendigar.

Morlaco, II, 345. Natural de Morlaquia. En sentido figurado, lo mismo que sueco en la frase *hacerse el sueco*, esto es, el ignorante o el desentendido.

Nestórea, II, 14. De Nestor, rey de Pilos.

Numeroso, I, 49. En el sentido de armonioso.

Olio, I, 6. Palabra usada en Aragón, por óleo, aceite.

Pazguato, II, 344. Hombre pequeño de espíritu que se admira de cosas insignificantes.

Pejigueras, II, 356. Lo mismo que *vejigueras*, cambiada la *v* en *p*, por haberse pronunciado en España igualmente la *v* y la *b* desde la dominación romana, por no haber antes en los idiomas ibéricos el sonido especial de la *v*.

Polio reculo, II, 345. Desmedrado y sin plumas en la cola.

Prelucido, II, 64. Lucido con anticipación.

Puniendo, I, 75. De punir, del latín *punire*, castigar.

Verbo muy usado en el siglo XVI.

Reprehende, II, 55. De *reprehendo, is*.

Usóse esta forma, con preferencia a la actual de reprender, menos etimológica, en los siglos XV al XVII.

Repullo, II, 361. Dicho malicioso, pulla.

Res, I, 1. Cosa. Del latín *res, rei*.

Rodrigón, II, 351. Criado viejo que acompañaba señoras.

S y clavo, I, 101. Para que los esclavos no se fugaran, y revindicarlos en caso de huida, les solían poner en la cara una S y la figura de un

clavo; verdadero jeroglífico que se leía *es esclavo* (1).

Tempero, I, 72. Buena disposición de alguna cosa.

Testudo, I, 185. Lira. De *testudo, inis*, tortuga, cuya concha servía de caja en las liras primitivas.

Tórbida, II, 156. Lo mismo que túrbida.

Trópico frío, I, 218. Uno de los casos en que por ignorancia se ha supuesto que las temperaturas son opuestas en cada uno de los hemisferios de la Tierra.

Trueno andaluz, I, 273. De sentido análogo a *calvatrueno*, hombre alocado y alborotador.

Vaquerillo, I, 374. Coleto usado por los pastores.

Vaso, II, 259. En el sentido biblico de *vas electionis*. con que es designado San Pablo, *Actos de los apóstoles*, c. IX, v. 15.

Vegada, I, 106. Vez.

Vencejo, II, 360. Lazo, ligadura.

Viudos cual galápagos, II, 341. Esto es, llenos de malicias, en el sentido de la frase tener más conchas que un galápago.

Voladores, I, 171. Cohetes.

Yocunda, II, 12. De *jucundus, a;* alegre.

---

(1) En *El Rufián viudo*, de Cervantes, dice Repulida:

"Tuya soy. Ponme un clavo y una S
en estas dos mejillas."

En *El celoso extremeño* refiere Cervantes que Carrizales "compró asimismo cuatro esclavas blancas y herrólas en el rostro".

INDICE DE POETISAS DE LOS DOS TOMOS

Abarca (Doña Ana Francisca), II, 104.
Abarca de Bolea (Doña Ana Francisca), I, 361.
Abogader y Mendoza (María Jacinta de), II, 148.
Aguilera (Luisa de), I, 165.
Alday y Vergara (Ana María de), I, 161.
Alvarado (Doña María de), I, 213.
Ana de San Bartolomé (Sor), I, 154.
Ana de San Jerónimo (Sor), II, 198.
Ana de San Joaquín (Sor), II, 173.
Ana María de San José (Sor), I, 245.
Anónima. Sobrina del Obispo Campo, I, 3.
Anónima, I, 45.
Anónima, I, 79.
Anónima, II, 18.
Anónima, II, 205.
Anónima carmelita descalza, I, 174.
Anónima, con las iniciales J. A. P., II, 341.
Anónima peruana, I, 184.
Aragón y Gurrea (Aldonza de), I, 167.
Aragón y Gurrea (Petronila de), I, 170.
Arañón (Doña Josefa), I, 362.
Arminda, I, 162.

Arminda, I, 273.
Arteaga (Doña Juana de), I, 103.
Arteaga y Bolea (Petronila de), I, 327.
Ataide (Doña Ana), II, 65.
Ayala (Sor Dorotea Félix de), I, 308.
Bengoechea (Doña Susana), I, 166.
Bolea (Doña Francisca de), I, 163.
Canerol (Cita), I, 164.
Caro de Mallén (Doña Ana), I, 306.
Carvajal y Mendoza (Doña Luisa), I, 84.
Castro (Ana María de), I, 239.
Castro (Clara María de), I, 237.
Catalina de Jesús y San Francisco (Sor), II, 151.
Ceo (Violante do), II, 109.
Cilena, I, 83.
Ciria y Beteta (Doña Mariana de), I, 119.
Correa (Doña Isabel), II, 153.
Cueva y Silva (Doña Leonor de la), I, 364.
Euterpe, II, 64.
Fernández de Alarcón (Doña Cristobalina), I, 283.
Fernández de Córdoba (Doña Catalina), II, 146.
Ferreira de Lacerda (Doña Bernarda), I, 250.
Gálvez (Doña María Rosa), II, 289.
Gregoria Francisca de Santa Teresa (Sor), II, 178.
Guzmán (Doña Catalina Clara de), I, 274.
Helguero y Alvarado (Doña María Nicolasa de), II, 256.
Hermida Jurquetes (Rafaela), II, 211.
Hickey y Pellizzoni (Doña Margarita), II, 227.
Hore (Doña María), II, 219.
Isabel de Jesús (Sor), II, 70.
Isabel de San Francisco (Sor), I, 118.

Jerónima de la Ascensión (Sor), II, 22.
Jerónima de la Asunción (Sor), I, 179.
Jiménez Cerdán (Beatriz), I, 328.
Josefa de San Miguel (Sor), I, 175.
Juana Inés de la Cruz (Sor), II, 115.
Laura Mauricia, II, 66.
Luisa Magdalena de Jesús (Sor), II, 25.
Magdalena Eufemia da Gloria (Sor), II, 191.
Manrique (Doña Luisa). Vide Luisa Magdalena de Jesús (Sor).
Marcela de San Félix (Sor), II, 73.
María Amalia de Sajonia (Doña), II, 310.
María de la Antigua (Sor), I, 121.
María de San José (Sor), I, 57.
María de Santa Isabel (Sor), I, 329.
María de la Santísima Trinidad (Sor), II, 48.
María del Santísimo Sacramento (Sor), I, 240.
Mendoza (Doña Antonia de), I, 314.
Mendoza (Doña Isabel de), I, 229.
Mendoza (Doña Vicencia de), I, 323.
Meneses (Doña Juana Josefa de), condesa de Ericeira, II, 168.
Monteser (Doña Silvia), I, 212 y II, 150.
Morales (Doña Jacinta María de), II, 63.
Narváez (Doña Luciana de), I, 104.
Narváez (Doña Hipólita de), I, 106.
Navarro (Doña Isabel), I, 120.
Nevares y Santoyo (Doña Antonia de), I, 228.
Nieto de Aragón (Doña María), II, 5.
Niño (Doña Magdalena), I, 363.
Noronha (Doña Juana Teresa de), II, 190.
Ortiz de Zárate (Doña Felipa), II, 21.
Ossorio (Doña Constanza), I, 231.

Ovando (Doña Leonor de), I, 51.
Páez de Colindres (Doña Francisca), II, 53.
Paz (Doña Elena de), I, 244.
Paz (Doña Mariana de), I, 243.
Pinar (Florencia), I, 1.
Pinós (Doña Graida de), I, 112.
Ramírez Ateza (Sor Ana), I, 115.
Rocaberti (Sor Hipólita de Jesús), I, 145.
Rodríguez (Sor Juana de Jesús María), I, 310.
Rúa y Silva (Doña Leonor de la). Vide Cueva y Silva (Doña Leonor de la).
Salazar (Doña Gregoria Francisca de), II, 159.
Sallent (Sor Mariana), II, 162.
Sánchez (Angela), I, 141.
Sigea (Luisa), I, 13.
Solís (Doña Catalina de), I, 305.
Teresa del Calvario (Sor), I, 109.
Teresa de Jesús (Santa), I, 27.
Vargas y Valderrama (Doña Mariana de), I, 144.
Vega (Doña Isabel), I, 37.
Zamudio (Doña Catalina), I, 49.
Zayas (Doña Inés de), I, 226.
Zayas y Sotomayor (Doña María de), II, 50.

ERRATAS

PÁGINA	LÍNEA	DICE	LÉASE
		TOMO I	
71	16	atos	hatos
111	20	començaste	comenzaste
115	15	Helitropio	Heliotropio
279	11	ozor	azar
		TOMO II	
71	14	adondo	adonde
85	16	aras	tiaras
246	15	o sus	y sus
346	9	estagirita	Estagirita

INDICE

Págs.

Doña María Nieto de Aragón 3
A la muerte de la Reina nuestra señora.—Canción 6
Epitalamio 11
Anónima.—Estas coplas hizo una dama a un gran señor que estaba en un gobierno, quejándose de que la olvidaba 18
Doña Felipa Ortiz de Zárate.—A la muerte de Manuel Cortizos.—Soneto 21
Sor Jerónima de la Ascensión 22
A la Circuncisión del Niño Jesús 23
Sor Luisa Magdalena de Jesús 25
Romance de la correspondencia humana a los favores divinos 26
Romance 29
Octavas 30
Décimas 32
Romance en los primeros desengaños de un alma 33
Romance 35
Romance a las perfecciones de la bondad de Dios 36
Romance a una imagen del Salvador hermosísima 38
Romance de un pecador tomando el Cristo para morir 41
Jaculatorias a Cristo Nuestro Señor, sacadas de algunos sentimientos de San Agustín 44

Págs.

Octavas *Deus meus et omnia*..... 46
Sor María de la Santísima Trinidad..... 48
Liras..... 49
Doña Francisca Páez de Colindres.—Sátira en ovillejo en tiempo de Felipe IV y el Conde Duque, siendo presidente de Castilla Castejón, en ocasión de querer quitar el uso de los guardainfantes. Año de 1651..... 52
Doña María de Zayas y Sotomayor..... 59
Canción en elogio de Francisco de las Cuevas... 61
Doña Jacinta María de Morales.—Soneto a San Pedro Mártir..... 63
Euterpe.—Al Marqués de San Felice, en nombre de las nueve.—Soneto..... 64
Doña Ana Ataide.—Soneto a la fábula de Atalanta e Hipomenes..... 65
Laura Mauricia.—Romance amoroso..... 66
Romance a un ruiseñor que llevaba liga en un pie..... 67
Sor Isabel de Jesús..... 70
Del alma enamorada a su Esposo..... 71
Letra a la soledad..... 71
Sor Marcela de San Félix..... 73
Romance a una soledad..... 77
Villancico a la profesión de la hermana Isabel del Santísimo Sacramento..... 82
Al buen empleo del tiempo.—Romance..... 84
A una ausencia de Dios..... 86
Romance de un alma que temía distraerse al salir de un retiro..... 88
El jardín del convento..... 93
Lira al desacato que se hizo al Santísimo Sacramento..... 99
Endechas a una traza amorosa para perfeccionarse un alma..... 101
Doña Ana Francisca Abarca de Bolea.—Liras a unas viruelas..... 104
Romance a una fuente..... 106
Violante do Ceo.—Romance..... 109

Págs.

Quejas a Salicio..... 111
Romance..... 113
Sor Juana Inés de la Cruz..... 115
Soneto.—Celebra a un graduado de doctor... 118
Soneto en que da moral censura a una rosa y en ella a sus semejantes..... 119
Soneto que consuela un celoso, epilogando la serie de los amores..... 119
Soneto en que satisface un recelo con la retórica del llanto..... 120
Soneto de una reflexión cuerda con que mitiga el dolor de una pasión..... 121
Soneto que contiene una fantasía contenta con amor decente..... 121
Soneto que da medio para amar sin mucha pena 122
Liras que expresan sentimientos de ausente..... 123
Liras que dan encarecida satisfacción á unos celos..... 126
Redondillas en que describe racionalmente los efectos irracionales del amor..... 128
Otra letra..... 132
Romance con que en sentidos afectos prelude al dolor de una ausencia..... 133
Soneto.—Efectos muy penosos de amor y que no por grandes igualan con las prendas de quien los causa..... 137
Liras.—Expresa el sentimiento que padece una mujer amante de su marido muerto..... 137
Endechas.—Expresa, aún con expresiones más vivas, el mismo asunto..... 140
Soneto.—Prosigue en su pesar y dice que aún no quisiera aborrecer tan indigno sujeto, por no tenerle así aún cerca del corazón..... 144
Doña Catalina Fernández de Córdoba.—Al deshacerse la madre Juana Inés de la Cruz de sus libros y socorrer con su precio a los pobres.—Soneto..... 146
María Jacinta de Abogader y Mendoza.—Décimas

Págs.

al cortarse el cabello la madre Juana Inés de la Cruz..... 148
Doña Silvia Monteser.—Soneto a San Juan de Dios..... 150
Sor Catalina de Jesús y San Francisco.—Sumergida en un abismo de melancolías, tristezas y desolaciones de espíritu, para animarse a la confianza en Dios y aliento de su interior..... 151
Doña Isabel Correa..... 153
Fragmento de *El pastor Fido*..... 154
Doña Gregoria Francisca de Salazar.—Canción..... 159
Sor Mariana Sallent.—A Santa Clara..... 162
Místicos afectos de Santa Clara..... 165
Doña Juana Josefa de Meneses, condesa de Ericeira. 168
Vanidad de las cosas del mundo..... 169
Sor Ana de San Joaquín.—Glosa..... 173
Otras..... 175
Coplas..... 176
Sor Gregoria Francisca de Santa Teresa..... 178
Mándale a una alma resista a Dios y se queja amorosamente..... 180
La pastorcilla..... 182
El pajarillo..... 183
El amor divino..... 186
La zagaleja..... 188
Doña Juana Teresa de Noronha.—Soneto en elogio de Sor Magdalena Gloria..... 190
Sor Magdalena Eufemia da Gloria.—Romance..... 191
Endechas..... 193
Romance..... 195
Soneto..... 196
Sor Ana de San Jerónimo.—El amor sencillo.—Egloga pastoril. Nise. Belisa..... 198
A la venida de las sagradas Formas robadas de la iglesia del Carmen de Alhama a este convento del Angel de Granada. Canción libre..... 202
Anónima.—Una dama adoptiva de Febo, y como tal, mejor Talía, escribió [en elogio de doña Ma-

Págs.

ría del Rosario Cepeda] las siguientes endechas reales..... 205
De la misma reina de las musas que escribió las endechas dirigidas el día del primer acto a la señorita actuante, repitió después el siguiente romance heroico..... 208
Rafaela Hermida Jurquetes. — Fábula original. — El milano y las aves..... 211
Fábula original.—El alano y el conejero..... 213
Doña María Josefa de Rivadeneyra. — Endechas reales..... 216
Doña María Hore..... 219
Avisos a una joven que va a salir al mundo. Fenisa a Filena.—Canción..... 221
Anacreóntica..... 225
Doña Margarita Hickey y Pellizzoni..... 227
Endechas expresando las contradicciones, dudas y confusiones de una inclinación en sus principios, y el plausible deseo de poder amar y ser amada sin delito..... 229
Endechas a la ausencia de un amante..... 233
Endechas endecasílabas a la mudanza no esperada de un amante en una corta ausencia..... 236
Romance imitando al de: *Aprended, flores, de mí, lo que va de ayer a hoy*..... 243
Soneto definiendo el amor y sus contrariedades. 246
Endechas aconsejando a una joven hermosura no éntre en la carrera del amor..... 247
Afectos del alma al amor divino, y desengaño y reconocimiento de la fealdad del amor profano. —Endechas endecasílabas..... 249
Doña María Nicolasa de Helguero y Alvarado..... 256
Octavas que a perpetua memoria de la gloriosa muerte del capitán de fragata don Pedro de Helguero, batiéndose con los argelinos, consagra su hermana doña Nicolasa de Helguero, marquesa que fué de San Isidro, y hoy monja del Real Monasterio de las Huelgas, de Burgos..... 257

Págs.

La esposa en la ausencia de su Amado.—Liras. 262
Delicias de la soledad..... 268
Domine ne in furore tuo, psalmo XXXVII..... 277
A los peligros del mar..... 284
Doña María Rosa Gálvez..... 289
La campaña de Portugal.—Oda al excelentísimo señor Príncipe de la Paz..... 291
La Beneficencia.—Oda a la excelentísima señora Condesa de Castroterreño, con motivo del discurso que pronunció en la real Junta de Damas en elogio de la Reina Nuestra Señora..... 295
Las campañas de Bonaparte en España.—Oda. 299
Descripción filosófica del Real Sitio de San Ildefonso.—Oda a don Manuel de Quintana..... 306
Doña María Josefa Amalia de Sajonia..... 310
Exhortación del Señor al alma..... 320
Oda con motivo de hallarnos mi esposo y yo solos la víspera de la Inmaculada Concepción: él rezando el oficio del día, y yo el parvo de la Virgen..... 323
Despedida a la Virgen del Patrocinio al salir del Escorial para Valencia..... 326
Canción al dulcísimo Nombre de Jesús..... 328
Décimas a un militar..... 330
Oración de una alma afligida..... 333
Lección para los nobles, a vista de una fuente. 338
Triste vuelta de un hombre a su casa..... 339
Anónima.—Proclama de una soltera a los que aspiren a su mano en respuesta y vindicta de la del solterón..... 341
Glosario de los dos tomos..... 363
Indice de poetisas de los dos tomos..... 373

BINDING DEPT. SEP 1 1957

653560

Antología de poetisas líricas.
v.2.

LS.C
A6346

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED